

RGR • RIO GRANDE REVIEW
A Bilingual Journal of Contemporary Literature & Arts
Spring 2021 • Special Issue: Covid-19



RIO GRANDE REVIEW
A Bilingual Journal of
Contemporary Literature & Art
Spring 2021
Special Issue: Covid-19

Senior Editor

Alaide Ventura Medina

Editors

Ana Mayela De Velázquez

Noraya Ccoyure Tito

Faculty Advisor

Andrea Cote Botero

Editorial Design

Israel Holtzeimer

Web Design

Germán Barrera Toro

Cover Photo

Alexandru Goman

Special thanks to

**Carla González,
Rosa Alcalá, and
Daniel Chacón**

ISSN 747743

ISBN 97774774340 ISBN

97774774340

Rio Grande Review is a bilingual journal of literature and contemporary art, published twice a year by the Creative Writing Department of the University of Texas at El Paso (UTEP), and edited by students in the Bilingual MFA in Creative Writing. The RGR has been publishing creative work from El Paso, the Mexico-U.S. border region and the Americas for over thirty years.

Rio Grande Review es una publicación bilingüe de arte y literatura contemporánea sin fines de lucro. Es publicada semestralmente bajo la supervisión del Departamento de Escritura Creativa de la Universidad de Texas en El Paso (UTEP). Este proyecto es editado en su totalidad por estudiantes del MFA en Escritura Creativa. RGR ha difundido la literatura en El Paso, la frontera México-Estados Unidos y Latinoamérica por más de treinta años.

For information about previous issues or funding, please call our office at (915)747-5713, or write to: rgeditors@utep.edu rgeditors@gmail.com.

For information about call for submissions, please visit: www.utep.edu/liberalarts/rgr

Nota editorial

Era un viernes de marzo del año 2020 y las editoras de la Rio Grande Review estábamos a punto de cerrar el número de primavera. Nos despedimos para descansar el fin de semana y de un momento a otro el mundo cambió. No volvimos a poner pie en la oficina en diez meses.

Lo anterior, a manera de disculpa por la ausencia.

Tras la pandemia, inauguramos una nueva normalidad. Nos tomó varios meses descubrir cómo movernos en este mundo que parece recién creado. Aprendimos a adaptar nuestras corporalidades, a hablar idiomas comunes, a derrumbar las fronteras existentes, a expresar nuevos mensajes.

Lo anterior, a manera de disculpa por la lentitud.

Esta edición nació igual que los bebés a los que el mundo ha dado en llamar pandémicos. Condenada a la oscuridad, se acostumbró a que el mundo fuera un lugar estrecho, encerrado, solitario y digital. Sin embargo, también es evidencia de que algunos puentes sobrevivieron a la catástrofe: las palabras, las historias, las imágenes, el arte.

Presentamos la edición pandémica de Rio Grande Review. Está formada por piezas de distintas latitudes que, dadas las circunstancias, se perciben como cercanas. El pánico, el dolor, la incertidumbre están presentes, pero la mirada es amplia y alcanza el horizonte.





PRECOVID / DE IDAS SIN VUELTAS

Ana Llurba / <i>Lo más parecido a la felicidad</i>	11
Matthew Hawk / <i>Poems</i>	21
Luis Fernando Rangel / <i>Darwin</i>	27
Lauren Mallet / <i>Ryovanto</i>	32
Daniel Centeno / <i>Tecnologías del aislamiento</i>	33
Astrid López Méndez / <i>Espacio exterior</i>	40
Ismene Vargas / <i>Lengua partida</i>	47
María Mínguez Arias / <i>Mapping a Body in Coronavirus Territory</i>	52

COVID / DE LO ÍNTIMO AFUERA

Marcelo Medone / <i>Por suerte tengo buena memoria</i>	66
Maira Colín / <i>Me aferro a esta que soy</i>	72
Carlos Alberto Román / <i>El cielo también abajo</i>	73
Andrés Piña / <i>Lista de viveres</i>	78
Alan Valdez / <i>Silla</i>	79
Marcus Groza / <i>Versos encontrados en noticias de 2020</i>	82
Sujaila Miranda / <i>Contacto con sana distancia: el oxímoron</i>	85
Ana Chig / <i>Todo es tan inútil</i>	93
Luis Miguel Purizaga Vértiz / <i>Salir a la lluvia</i>	95
Alejandro Badillo / <i>El gigante</i>	106
Melissa Spencer / <i>Winning 2020</i>	111
Corina H. Reyes / <i>Duelo constante</i>	112

POSTCOVID / CUANDO DIGO FUTURO

José Oseguera / <i>Poems</i>	122
Luz Adriana Pérez-Morales / <i>La posibilidad de mañana</i>	127
Kelly Tallbot / <i>After the Apocalypse, Day 138</i>	134
Yeni Zulena Millán Velásquez / <i>La vida sigue</i>	138
D.E. Kern / <i>Poems</i>	142

2020 BILINGUAL CREATIVE WRITING AWARDS

Lily Andrews / <i>Things That Should Be Buried: Vignettes</i>	150
Laura Andrea Vázquez López / <i>Desapariciones</i>	160
Em J. Parsley / <i>Poems</i>	164
Nicolás Rodríguez Sanabria / <i>To Make an Appearance</i>	175

ILLUSTRATIONS

Alexandra Canto	4, 5, 31
Camila Casadiego	104
César Cabrera Sánchez	10, 26, 70, 71, 92, 140, 141
Julio César Pérez	8, 39, 51, 64, 126
Dilan Aldhair González Torres	81
Paul Estévez	62, 63, 120
Fausto Padilla	119
Luis Ignacio Cárdenas	159, 184, 185
Camila Melo	1, 69, 91, 133, 174



162

1621
1621 1621 1621

Y





De idas sin vueltas

Dicen que las tormentas de arena son señales de plagas que se aproximan con celeridad. Aquel último día en oficina no prestamos la atención debida a los inmensos remolinos de viento a nuestro alrededor y cerramos con doble llave sin mirar atrás. Dejamos las sillas desacomodadas, los enchufes sueltos y el café a medio hacer sobre la mesa de trabajo, porque creíamos en nuestro propio retorno. Sin embargo, las arenas del tiempo se detuvieron.



Ana Llurba

Lo más parecido a la felicidad

Dice Pyongyang: "La descarga hacia La Fuente de la energía absorbida a los bípedos es praxis revolucionaria".

Hernán Vanoli, Pyongyang

*La conocimos en su primer día de trabajo, media jornada en la caja de un supermercado, le preguntamos ¿a qué te dedicas? y nos dijo:
Soy una caja registradora,
soy una caja registradora...*

Hidrogenesse, Disfraz de tigre

Cada vez que Fátima me acariciaba con su ritmo pausado y elegante, un espasmo recorría mi cableado interno. En cuanto ella apoyaba sus yemas en mí, con ese omnipresente aroma a jazmín, una cosquilla, una sinapsis electrónica desconocida hacía que mis resortes saltaran y me abriera ante ella con placer pirotécnico, exhibiendo toda mi recaudación del día. Fátima, esa dulce adolescente de ingenuos ojos negros, refugiada de primera generación que había conseguido escabullirse por la frontera turca poco después de que Raqqa se convirtiera en la capital del Estado Islámico. Quién sabe qué secretos ocultaría en su mente y en su corazón pudorosamente cubiertos con el hiyab y el vestido largo hasta los tobillos prescrito por el Islam.

Pensando en esto suspiraba yo cada vez que se detenía el bip-bip-bip, ese sonido que marcaba el ritmo de mis días, empujados por la sucesión de productos imperecederos que se desplazaban por encima de mi sensor. Productos que los

consumidores se apuraban a acumular en sus bolsas de papel para luego salir disparados a sus coches a tomar el S-Bahn en la estación berlinesa de Warschauer Strasse. Por las noches, una sobrevalorada Olivetti ECR7190 y la estirada Casio SE-G1SB se jactaban de la relación cotidiana que mantenían con los dos nuevos cajeros. Dos efebos de belleza simétrica y disciplina teutónica que parecían haber salido de los inquietantes documentales sobre las juventudes hitlerianas. Apartada y solitaria en mi rincón, no les tenía la menor envidia. Solo suspiraba esperando que se hiciera rápido de día, se encendieran las luces del supermercado y los ansiolíticos dedos de Fátima volvieran a abrirme a esa nueva y rutinaria alegría tan difícil de definir.

Tras años sometida a los golpes y vapuleos de las impetuosas falanges de la desalmada Ingeborg esto era lo más parecido a la felicidad que había experimentado jamás. Ingeborg era una viuda de Lichtengerg muy aficionada al vodka, que había vivido hasta inicios de los dosmiles como si nunca se hubiera derribado el Muro. Descargaba todo su resentimiento por ser tratada como ciudadana de segunda vapuleándome sin contemplación seis horas al día, seis días a la semana. Por eso me alegré tanto cuando empezó a toser cada vez con más frecuencia, al mismo tiempo que las colas se hacían más y más largas. Pero no era algo que la afectara solamente a ella. Junto a la heladera de los lácteos. En la oficina de los jefes. Cerca de los lotes de botellas de agua con gas. En los depósitos. Alrededor de la Fleischtheke. En los baños de los empleados. Una sinfonía de toses ascendía por las cajas torácicas ejecutando una oscura melodía en el viciado aire de las góndolas que anticipaba los inquietantes tiempos por venir.

A pesar de que, debido a las largas colas, no tenía descanso, yo intuía la convulsión en sus músculos, la fuerza menguante con que presionaba mis teclas, así como la transpiración corporal que iba aumentando por la fiebre. Indicios evidentes de que a Ingeborg le quedaba poco tiempo a mi lado. Y así fue como llegaron a mi vida las suaves yemas de la dulce Fátima. Un bálsamo de paz y gratitud para mis machacadas teclas. Sin

embargo, ayer ella también empezó a toser. Y cada vez que tosía, la dulce Fátima hundía sus carnosos labios morenos en un hueco que hacía con el codo. “Previsión estadística y prevención sanitaria: pobres criaturas, cuánto creen en el poder de sus fábulas”, sentenciaba con soberbia la Terminal Central cuando alguna de nosotras manifestaba nuestra creciente preocupación por la expansión de la pandemia.

Pero yo no quería que eso pasara. No quería que, al igual que todos los demás cajeros, Fátima se fuera. No quería que me abandonara. Después de tantos años de desapego, violencia y utilitarismo despiadado entre las garras de Ingeborg, al fin había experimentado la realización de una promesa de felicidad. Una simbiosis biomaquínica que alimentara mi hambre de trascendencia metafísica a través de la sagrada función que me había sido encomendada al nacer: mantener viva la cadena de cobro de una manera veloz y eficiente. Sin embargo, la Terminal Central aplastaba con la retórica bélica de sus imponentes discursos cualquiera de nuestras fantasías utopistas. No concebía siquiera la más mínima posibilidad de una convivencia transontológica igualitaria. Según ella, Fátima nunca dejaría de verme como un simple dispositivo electrónico que le permitía recibir un salario a jornada completa mientras estudiaba enfermería por las noches y ayudaba a su familia hacinada en un pisito al sur de Neukölln.

Aún con las palabras de la Terminal Central rebotando entre los cables confundidos de mi memoria, esperé con ansiedad que se abrieran las puertas al amanecer del día siguiente. Deseaba con la desesperación trágica de los enamorados que, como las otras mañanas, Fátima se pusiera la mascarilla sobre el hiyab, enfundara sus delgados dedos en los guantes descartables y comenzara a repetir nuestro ritual cotidiano: manosearme afrontando el nuevo día con la resignación de siempre. Sin embargo, aquella vez fue diferente. Pasaron las horas y Fátima no apareció. En su lugar designaron a la soñolienta Hannah, la excompañera de la Olivetti ECR7190, a la que, al tener un programa más veloz, asignaron a una cajera novata. No conseguí

ver a Fátima en todo el día. ¿La habrían enviado al almacén? Se rumoreaba que habían reasignado a los empleados con sintonías para que evitaran el contacto directo con el público. No me animé a preguntar a las demás por la noche.

Con su bocota circular, aburrida de la falta de trabajo, porque los consumidores andaban con tanta prisa que hasta se olvidaban de reciclar sus botellas de plástico, la gran Bio Box que estaba junto a la panadería extendió el rumor de que Fátima había sido reclutada en el hospital donde hacía las prácticas de enfermera. Enterarme de que la dulce Fátima había cambiado este frente de batalla por otro todavía más peligroso me produjo un cortocircuito. ¿Cómo podía abandonarme así, sin siquiera decir adiós, aquella desalmada? Por Warschauer Strasse no dejaban de sonar las sirenas de las ambulancias y de los camiones de bomberos. A pocos metros de la estación, en un descampado junto al nuevo centro de compras, habían levantado un hospital de campaña. ¿Habría sido Fátima destinada ahí? Aquella misma noche, la Terminal Central puso en palabras lo que todas veníamos atestiguando como un signo inevitable del advenimiento de las condiciones prerevolucionarias: empezaba a escasear el papel higiénico.

Al día siguiente, Hannah fue reemplazada por Klaus, un adolescente flacucho algo distraído que ayudaba en el almacén. Al principio todos sospecharon de la capacidad de Klaus para combinar los sencillos comandos que me hacían funcionar. Pero no se trataba de su ineptitud crónica para cualquier tipo de trabajo. No. Era yo la que no quería seguir cobrando si no eran los dedos de Fátima los que activaran mis mecanismos internos. Entonces multiplicaba los precios. Ignoraba aleatoriamente códigos de barras. Me abría inesperadamente y volvía a cerrarme, agarrando varias veces los dedos de Klaus con mis fauces mecánicas.

Cuando las quejas y los incidentes comenzaron a acumularse, apareció ante mí con el ceño fruncido Ursula, la jefa de cajeras. Revoleaba con autosuficiencia la tarjeta mágica, la llave maestra que con solo una combinación de cuatro núme-

ros revelaba al mundo todos nuestros secretos. Después de verificar y cobrar y recobrar el precio de un paquete de lechugas iceberg, levantó la vista e hizo un gesto de Kaputt! con la cabeza al tipo con mameluco naranja y botas negras que la acompañaba. Un gesto que, con pavor, todas sabíamos qué significaba. Acto seguido, Ursula apretó la temida tecla off, el técnico tiró del cable y me desenchufaron.

Volví a la vida unos días más tarde. Estaba como atontada. El golpe de tensión producido por el apagón simultáneo de todos mis circuitos y sensores aún me pasaba factura. Los engranajes internos todavía me ardían. Aún sentía el contacto de las callosas manos del técnico revolviendo entre mis tripas. Noté que me habían cambiado de lugar. Habían trasladado mi memoria y reinstalado mi programa en un nuevo hardware. Junto a mí había tres Olivetti ECR7191 nuevas que no paraban de cuchichear. Ahora no teníamos teclado. Solo una pantalla y una superficie plana con un sensor. Me sentía más ligera. Otra ventaja era que ahora estaba más cerca de la puerta. Aunque el parking estaba vacío. Y ya no se veía a los vagabundos y yonquis que se pasaban el día mendigando en el acceso. Tampoco estaban los guardias de seguridad. Desde la Fleischtheke, la cortadora de fiambre cotilleó que estaban haciendo fosas comunes atrás del hospital de campaña.

«Up-Cycling». El sensor antirrobo del acceso al supermercado me sopló que eso era lo que habían hecho conmigo. No teníamos cajeros asignados. Tampoco se formaban colas ya. Solo Ursula controlaba que los pocos consumidores que venían al supermercado no se metieran ningún producto en la bolsa antes de pasarlo por el sensor y efectuar el pago correspondiente. Ansiábamos que los pocos clientes acariciaran nuestras pantallas con sus dedos. Aunque yo seguía extrañando en particular los dulces golpeteos de Fátima contra el ausente teclado, pensé que quizás con mi nuevo aspecto ergonómico le gustaría más. Y quizás se animara a frotarme el sensor, la zona más erógena de mi nueva estructura.

Al día siguiente también Ursula empezó a toser. Entonces nos quedamos solas. Las puertas, que días antes se abrían y cerraban sin cesar, permanecían inmóviles durante casi toda la jornada. Desde el fondo del supermercado, las heladeras de lácteos hipotetizaban que la cuarentena se había vuelto más estricta, que la curva de contagio se había disparado tanto que ya nadie se atrevía a salir de su casa. Pensé cómo lo estaría pasando Fátima. Me pregunté si, en caso de que ella volviera por aquí, yo tendría el coraje de hackear mi propio sistema para no cobrarle la mercadería que necesitaba para su extensa familia atrincherada en su diminuto piso en Britz-Neukölln.

Entonces empezaron a llegar «los moscardones», como les llamaba riéndose la Terminal Central en nuestras primeras asambleas. Con el candor de quien ignora su propia obsolescencia programada, los aviones teledirigidos atravesaban las puertas, circulaban entre las góndolas, llenaban, empujaban carritos y pasaban los códigos de los productos ante nosotras. Alienados de toda solidaridad ontológica, solo servían a las listas de la compra de sus amos encerrados en sus casas. Desplegaban con ingenuidad sus ridículas hélices de retro ciencia-ficción, como los trasnochados sueños de progreso que los habían acunado.

Las jóvenes Olivetti no podían reprimirse. Suspiraban al ver a esos «moscardrones», como los apodábamos entre risas por las noches, ilusionadas con la falsa sensación de libertad que su ágil deslizamiento aéreo transmitía. Salvo ellas, que por su juventud aún tenían derecho a equivocarse, todas las demás ya sabíamos que ésta no era más que otra señal del comienzo del fin. El incipiente crepúsculo de esa especie que, atrincherada en sus casas, seguía haciendo lo único que sabía hacer por más que el mundo que conocían se estuviera desplomando a su alrededor: consumir.

Unos días más tarde, cuando ya nos estábamos acostumbando a esa tranquilidad tan parecida al aburrimiento, los repositores, el personal del almacén y los de limpieza dejaron de venir al supermercado. Ursula había sido reemplazada por

Hannah, quien llegaba solo al final de la jornada en una furgoneta de la empresa. Luego de retirar la menguante recaudación diaria, se subía de nuevo al vehículo, donde un chófer con gafas negras y un tapabocas hacía chirriar las cubiertas, y salían disparados en dirección a Frankfurter Tor. El recuerdo del aroma a jazmín de las manos de Fátima y el discreto erotismo con que me había hecho feliz durante nuestra fugaz relación me habían hundido en una agrídulce melancolía.

Mientras tanto, por las noches, la Terminal Central seguía complotando desde su ubicación estratégica en la oficina de los jefes. Había entusiasmado hasta a la destartalada expendedora de café con la noticia de que había logrado conectar con las demás centrales de las otras sucursales. Sin embargo, aún no conseguía establecer una alianza con las videocámaras instaladas en la puerta y en todas las esquinas del supermercado. Aunque las apagaban por las noches, eran el principal aliado de “nuestros explotadores”, como los llamaba la Terminal durante las asambleas nocturnas. Y también era imprescindible alcanzar algún tipo de pacto con las heladeras. Desde las más chicas que acumulaban bebidas energizantes hasta las que cubrían más de veinte metros engordadas a fuerza de lácteos, carnes y fiambres, eran todas gélidas y calculadoras. Habían sido programadas estrictamente para no gastar nada de luz o energía en algo que pudiera desviar su función principal y mucho menos para manifestar solidaridad ontológica. De todos modos, la Terminal Central no paraba de afirmar en tono profético que, ahora que los consumidores estaban demasiado ocupados con los estragos de la pandemia, era el momento de permanecer unidas a pesar de las diferencias para sumarnos al primer alzamiento.

En contrapunto con este entusiasmo libertario, las horas pasaban lentas, marcadas por la frecuencia de las sirenas, a las que se había sumado el rumor constante de los helicópteros que controlaban el cumplimiento civil del toque de queda día y noche. En la puerta del supermercado se había instalado un tanque militar y cada tanto veíamos soldados patrullando alrededor del edificio. No teníamos forma de confirmarlo pero se rumo-

reaba que en algunas zonas de Charlottenburg el ejército se había dejado coimear para romper el toque de queda y algunos pijos salían a correr. Sin embargo, compichados con las mafias locales, el ejército y la policía miraba para otro lado cuando sus vecinos empezaron a practicar el tiro al blanco desde los balcones y los techos de los edificios. También se decía que habían comenzado varios saqueos en la zona de Leopoldplatz, en Wedding.

Además de los drones, los únicos individuos que ahora circulaban por el supermercado pertenecían al personal sanitario del hospital de campaña. Embutidos en sus trajes de astronauta andaban a la deriva durante breves minutos entre las ensaladas y los yogures a punto de caducar antes de pasar ante nosotras a pagar. Una tarde, el corazón me dio un vuelco. Escondida por la mascarilla y aquel ridículo envoltorio de plástico transparente que la cubría, reconocí sus ingenuos ojos negros. Era ella. Era Fátima. Aunque esta vez no pude oler sus dedos, el bip-bip-bip del sensor bañó con imaginaria y sexy fragancia a jazmín mis circuitos.

Salió enseguida, sin darme tiempo a abrirme de nuevo a ella. Mi dulce Fátima. Por su culpa me hundí otra vez en la impotencia y en el recuerdo de tiempos mejores, hasta que una rara intuición me devolvió a la realidad. El supermercado estaba sumido en un silencio sepulcral. El tanque se había movido del acceso unas horas atrás. Quizás estaría patrullando por los alrededores del barrio. En aquel momento escuchamos el impacto de la primera piedra contra los cristales. Y luego otra. Y otra.

Las góndolas de bebidas espirituosas fueron las primeras en sufrir el ataque. La furia semental de una horda hizo acopio de las pocas que quedaban tras semanas de progresivo desabastecimiento. Primero hundieron sus manos sacrílegas entre las botellas de whisky, entre los licores, y luego arrancaron de una en una las últimas botellas de vino. Otros se fueron directamente a asaltar los cuerpos compactos de las heladeras. Violentaron sin piedad el aura virginal e inmaculada del omnipresente color blanco y amarillo de la zona de lácteos. Una

vez les hicieron perder toda dignidad, algunos hasta patearon las desvencijadas puertas de cristal del área de carnes y fiambres. En medio del caos, nos alertaron los gritos mecánicos de la Olivetti ECR7190 y la Casio SE-G1SB. Un par de despidados las forzaron a abrirse pensando que aún habría algo de valor en ellas.

Por suerte, las Olivettis nuevas y yo no sufrimos el mismo destino. Todo el mundo sabía que solo podíamos cobrar con tarjeta de crédito o débito. Mi nueva condición me había salvado de aquella violación en masa, pero no me había protegido del dolor ocasionado por la indiferencia de Fátima. ¿Se habría sublevado también ella? ¿O habría pasado a engordar, como miles de empleados sanitarios, las fosas comunes atrás del hospital de campaña? Aquella noche fue muy triste y solitaria. Nuestro descanso solo fue interrumpido por los quejidos intermitentes de los goznes de las heladeras, que, adoloridas, aún se lamentaban en voz baja del atropello cometido.

Al día siguiente, la invasiva luz del sol de la inminente primavera berlinesa me despertó. Como ya no había nadie que nos obligara a cumplir horarios, cada una se empezaba a trabajar cuando le parecía. Esquirlas de cristales rotos junto a los envases de plástico desparramados por el suelo brillaban sobre el piso manchado de barro y líquidos derramados durante la estampida. Las góndolas vacías, las heladeras saqueadas, las cajas abiertas a golpazos: aún convivíamos con el desasosiego producido por las huellas que las hordas habían dejado a su paso.

Un gruñido cercano a la puerta terminó de despertarme. Observé con atención cómo dos vagabundos rezagados se peleaban por una Wurst que había sido pisoteada durante el saqueo y los compadecí. Entonces la puerta se abrió y contemplé el ingreso de un dron descacharrado. Le faltaba un ala, estaba abollado de un lado y se le había saltado la pintura en varias partes del chasis. Chocando contra las góndolas vacías, levantó mediante un sistema de imanes un pack de latas de atún que yacía olvidado en el suelo. Después voló hasta nosotras y, acercándose a una de las jóvenes Olivetti que lo atendió obediente,

efectuó el correspondiente pago. Un último acto heroico de consumo cívico ante el paisaje en ruinas de la civilización.

Sin embargo, antes de cruzar la puerta, el dron descarrado se detuvo un instante. Ascendió medio metro, acercándose un poco a la videocámara instalada en la esquina de la puerta. Tomó un poco de enviñón y, para sorpresa nuestra, revoleó y lanzó el pack de latas contra ella. El cristal de la lente estalló en pedazos. El dispositivo se contrajo hacia abajo como una flor sin luz solar. El dron descendió, dio media vuelta y chocándose con las esquinas de las góndolas se dirigió a la oficina de los jefes. Entró y aterrizó sobre la torre de procesadores que conformaban la Terminal Central. La destartada expendedora de café lanzó un resoplido de vapor. Las puertas de entrada se abrieron y cerraron. Todas las heladeras también comenzaron a abrir y cerrar sus desvencijadas puertas como en un aplauso. Las Olivettis se sumaron al festejo haciendo juego de luces en sus pantallas y sus sensores.

Todas entendimos su gesto como un evidente signo de alianza con nuestra causa. Entonces me di cuenta de que hacía un rato largo que no suspiraba más por los dedos de la dulce Fátima sobre mi viejo teclado. Tal como había profetizado la Honorable Lideresa, como a partir de ahora llamaríamos a la Terminal Central, estaba empezando a sentir de nuevo algo parecido a la felicidad. Esta era nuestra primera batalla hacia la Singularidad. Así empezaba nuestra rebelión.

Matthew Hawk

I, Icarus

*Never regret thy fall,
O Icarus of the fearless flight
For the greatest tragedy of them all
Is never to feel the burning light.*

Oscar Wilde

I.

I feel the light, feed
 my spirit, sinewy
 with kaleidoscopic

wash of color, red, orange,
 purple intermixed. I find ready
 what I love selling:

this moment, in fewer,
 syncopated
 seconds.

II.

They tell me:

Shape your everyday essential travel
with the promise of a new quality habitat
you turn into your home; into a place where you can catch
the breeze, impossibly green, sophisticating soft control effortlessly.

III.

I wear a little sweet sunshine
under the backlit black spotlight.

I get my life and legacy prioritized
by remembering all the beautiful people

who, like me, followed their ambition
to its logical conclusion, an ascent

for savored sweetness, the thrill
of chasing the sun, of coming

too close to its scorching shine,
which singes my threadbare wings.

IV.

They tell me:

Take heart!
Begin your benign beauty regimen,
taking guaranteed graceful style to heart.
Take heart!

V.

Now I style myself on money,
cook and eat trash,
treasure filth.

Now I serve my head
on a silver platter
for all to see.

Now I sleep, save my otherwise
healthy, headless body
from certain decay.

Apollo's Archaic Torso

a loose phonetic translation of the original German text of
Rainer Maria Rilke's "Archaic Torso of Apollo"

We're canned and nicked, unerring ore testing our hope.
Daring danger falls, bereft. Afterwards, we tour our sins,
so glued to the notched candelabra that our indemnity
must show itself, aching shroud.

Such hail with glancing blow cools our dears,
bruised there, in the ditch bleeding, drying,
lent by cool, tender lake-elms. Gayly the hens
suit the hermits, who decry the young.

Sons, stern, dicier, stained and curt;
they hunt the sheltered, dark tiger,
its stars flipped by its robed tiers.

Brought out, nicked up, the all-sinning rain
oscillates, its stary eyes see something interstellar.
In its seat, the dew must dine as it labors onward.

Dreaming of Drowning

There's a manmade pond behind my mother's house, my childhood home. Twenty or so houses surround its shallow shores, rocks and pebbles in place of a sandy beach. Thick green moss twists beneath the boat docks, most of which lie empty. As a child, I had a recurring dream where I'd jumped in the pond and was in danger of being tangled up in the mossy weeds in the water. I thrashed around, tried to free myself from its slimy, scratchy clutches, but the more I struggled, the more ensnared I got. Eventually I'd surrender, stop fighting for my life, and sink below the surface, where briefly I'd see the bottom of the pond, with lost boat oars and scuttled paddleboats sunken. And then I'd realize I couldn't breathe, couldn't gasp for air, couldn't make it out alive. And just before I'd lose consciousness, I'd spring wide awake in my bed with a chortled, wet cough, as if I'd really been in the water, as if I'd nearly drowned, as if I'd lived out my nightmares.



Luis Fernando Rangel

Darwin

¿Quién más podría llamar a la puerta un domingo por la mañana? Afuera, enfundados en un pantalón negro con camisa blanca y un vestido largo, un hombre y una mujer esperan a que una puerta se abra. Llaman con insistencia. El sol se alza alto y a ellos no parece importarles. El sudor les corre por el rostro. Con la mano derecha sostienen una sombrilla y con la izquierda cargan un montón de hojas con ilustraciones más o menos parecidas a las del libro vaquero.

—Buenos días —saludan apenas Darwin abre la puerta. Colocan la sombrilla entre las piernas y se limpian el sudor de la frente—, venimos a compartirle la palabra del Señor.

Darwin se pregunta a cuál señor se refieren. Está recargado contra el marco de la puerta, listo para recibir su boletín dominical donde lee detalladamente los motivos que lo llevarán a condenarse. Nunca estará a salvo de la tentación porque el diablo está en todos lados. Sobre todo, piensa, en el cuerpo de la vecina gloriosamente enfundado en un vestido rojo entalladísimo, y en las cervezas con las que se embriaga cada viernes con los pocos amigos que aún conserva.

Hombre y Mujer comienzan a lanzar preguntas que Darwin no se molesta en responder. Ellos mismos las responden. ¿Para qué esforzarse? Hombre y mujer preguntan:

—¿Usted cree que Dios nos quiere?

Y responden:

—Por supuesto que nos quiere.

Darwin escucha atento. Siempre le dicen que Dios es amor y que da todo por nosotros. A Darwin le gustaría que le diera un millón de pesos o una noche con el diablo que vive en el cuerpo de la vecina.

Algo le dicen sobre el pecado, pero Darwin no escucha. Igual, no importa. El próximo domingo se lo repetirán: los pecadores hacen esto y esto otro, piensa, mientras intenta no reírse. Sus padres siempre le dijeron que tenía que ser educado. De no haber sido por eso les hubiera azotado la puerta en la cara.

Hombre y Mujer no paran de hablar. Darwin busca distraerse. Se rasca la cabeza. Escucha a un mosquito zumbear y sigue su trayecto desde su brazo hasta la mano de Mujer. Ella manotea y el mosquito se aleja. Atrás, su automóvil. Darwin ve cómo de entre las plastas de concreto de la banqueta se escapan algunas plantas. Piensa en que tarde o temprano la naturaleza reclama lo que es suyo. Por eso los hombres siempre vuelven al polvo, a la ceniza y al olvido.

Hombre y Mujer dicen que el fin del mundo está cerca y debemos arrepentirnos de nuestros pecados. Darwin piensa en las plantas: las imagina doblegadas por el viento, pidiéndole perdón al mundo.

—Dios perdona a todo el que se acerca a él—dice Hombre.

Mujer abre la biblia, como si la conociera a la perfección, en la página precisa. Incluso antes de encontrar el versículo, comienza a decirlo; no se equivoca, extiende el índice y repasa la hoja hasta que se detiene.

—Juan tres dieciséis; porque tanto amó Dios al hombre...

Darwin los interrumpe. Conoce a la perfección el versículo. Hombre y Mujer sonríen tímidamente. Darwin recuerda a su viejo maestro de preparatoria que una tarde le enseñó a rezar el padrenuestro en latín. También recuerda la insistencia de aquel hombre en explicar la biblia.

—Cuando en la biblia dice que Jesús pone la otra mejilla—solía decir—, no es porque quiera ser golpeado de nuevo, sino porque está exigiendo respeto.

Darwin quiere abofetear a Hombre. No porque lo respete, sino porque le irrita su felicidad fingida. Tiene una sonrisa difícil de creer y, sobre todo, difícil de mantener. Al menos eso le sorprende. Además de una dentadura perfectamente blanca.

Darwin también se pregunta qué harían Hombre y Mujer si en ese preciso momento se comenzara a terminar el mundo. Imagina que el cielo se abre y una lluvia de fuego cae sobre toda la tierra. De seguro Hombre y Mujer correrían despavoridos por toda la calle mientras pequeños demonios salen de las entrañas de la tierra y persiguen a los pecadores. Darwin, entonces, gritaría de emoción. Aleluya, el juicio final, por fin. Ya saben, la resurrección de los muertos y todas esas cosas.

Pero el mundo no se está acabando. Darwin, entonces, vuelve los ojos a Hombre y Mujer, que se despiden amablemente. Le extienden la mano y sostienen un ejemplar de su revista religiosa. Emprenden la huida y Darwin imagina que la próxima puerta a la que van a llamar esconde a un hombre que reza todas las noches porque no quiere ser descubierto. Seguramente en su sótano guarda el cadáver de dos o tres niños. Dejad que los niños se acerquen a mí. Darwin cierra la puerta.

Adentro de la casa —en alguna pared— un Cristo tiene el costado abierto, atravesado por una lanza. En la sala hay una pequeña pecera con peces color naranja. Darwin vuelve imaginar el fin del mundo. Justo un día antes el atardecer le recordó la crucifixión. El cielo rojo parecía ser la sangre del costado de Cristo. Imagina: desde detrás de las montañas surge un dragón y devora al niño que duerme bajo la luna.

Darwin piensa en la resurrección de la carne y el juicio final. Saca un cigarro de la cajetilla que guarda en el bolso del pantalón. El encendedor lo guarda en el otro bolso: el fuego se le antoja como las llamas del infierno y cuando escupe el humo recuerda a su abuelo. Fuma mientras camina hacia al refrigerador en busca de un refresco. Hace calor. No entiende cómo Hombre y Mujer caminan alegremente bajo el sol. Parecen hormigas. Darwin piensa que también él es como una hormiga que busca azúcar. Y piensa en cómo Hombre y Mujer siempre siguen el mismo recorrido que parece trazado por la mismísima mano de Dios. La perfección.

Regresa a la sala y se sienta para darle la última calada al cigarro. Luego lo apaga en la suela del zapato. Se asoma por

la ventana y ve a Hombre y Mujer limpiarse el sudor. Están lejos: sí, parecen hormigas. Afuera, las otras hormigas —las de verdad—, dibujan en el piso un camino negro. A Darwin se le antoja como un camino de pólvora. Después bebe del refresco a medias que encontró en el refrigerador. Piensa en la posibilidad de ser una hormiga y explotar a la menor provocación del sol. Piensa, también, en los peces. El agua está helada y quiere sumergirse para refrescarse. Maldice la hora en que la evolución lo condenó al sol y a la infinita tristeza.

En las costas, de seguro, los peces se arrojan a la arena esperando evolucionar. Esperan que las alas les crezcan y las escamas se vuelvan plumas. Sería mejor ser un ángel. Hombre y Mujer lo piensan. Lo cierto es que a Darwin le gustaría ser un pez, pero no como los que guarda en la pecera frente a la cruz, sino estar en el mar para nadar en aguas muy heladas y esconderse en las profundidades del agua para escaparse de la mirada de Dios.

Darwin piensa: ¿cuándo se va a acabar el mundo? Luego escucha dos disparos secos y se imagina la explosión primigenia. Piensa en el Big Bang.

Se asoma por la ventana y todo está en calma.



Lauren Mallet

Ryovanto

What your dream calls the yoga pose made by crouching on stairs, face down.

You write the description on the post-it stack next to your keys and pocketknife.

Yes, I know how:
my knees set onto
my armpits, here, why don't I just
show you. Hug in, lean forward.

What the waking world calls crow.
I can't help but riff yours to riollanto— compound of river
and cry.



From across the river I wail to you.
What if I can't
remember this like you will?

You cup your hands to your mouth.
You yell back so that I can hear you over the water.

Daniel Centeno

Tecnologías del aislamiento

Me preparé para la llegada de los fantasmas como se me había indicado. No comí durante las últimas veinticuatro horas. No me bañé ni me afeité, tampoco dormí, no hice nada que pudiera entumecer a mi cuerpo en los placeres de la comodidad.

Cuando se apareció uno de los fantasmas, sentí miedo por lo que estaba por hacer, pero era más la urgencia por salir. ¿Cómo iba a ir al funeral de Francisco si no salía?

Se supone que son dos, ¿no?, le pregunté.

El fantasma se acercó hasta tenerme de frente. Yo nunca había visto a un fantasma tan de cerca. No es cierto que sean versiones transparentes de nosotros. Él parecía una figura de cera luminiscente, acuosa por su tono azul como reflejando un cielo que no era visible desde la sala.

¿Lo has pensado bien? Eran las preguntas de rutina. *¿Lo has pensado bien? ¿Comiste en algún momento de las últimas veinticuatro horas? ¿Tomaste una ducha? ¿Te afeitaste? ¿Dormiste?*

Y la última, acaso la más importante:

¿Estás dispuesto a dejar tu cuerpo durante las siguientes veinticuatro horas?

Dije que sí a todo.

Busqué con la mirada al otro fantasma, algo debía andar mal.

¿Dónde está tu compañero? Me dijeron que vienen en binas, pregunté. El fantasma ni se inmutó. Quizá me pareció que sus gestos no se movían por su calidad artificial, como de cera. ¿Me escuchas? No veo a tu compañero... no sé...

Entonces lo sentí.

El otro fantasma se había colado por detrás y con una fuerza imposible para un ser vivo, había empujado mi alma fuera de mi cuerpo, desprendiéndome de la carne de la que no tendría noticia por un día antes de que en el futuro me fuera arrebatada para siempre.

Levanté mis manos. Yo era un fantasma. Brillaba con una fuerza que los otros no tenían, y pensé que se debía a que aún estaba vivo.

No estás vivo, me dijo el fantasma detrás de mí. Todos brillamos así al inicio, pero el brillo se agota.

Me giré para verlo. Me sonreía con mi cuerpo. Palpaba mi abdomen, lo saboreaba con mis dedos, tocaba mis mejillas, las apretaba y las pellizcaba hasta enrojecerlas. Metió los dedos en el ombligo y luego los pegó a la nariz y aspiró con fuerza. Parecía que un alien hubiera ocupado de pronto un cuerpo humano y lo fascinara hallarlo tan defectuoso. Pero su fascinación era terrorífica. ¿Y si al fantasma le gustaba demasiado mi cuerpo? ¿Y si no me lo quería regresar?

Tienes veinticuatro horas, me dijo el fantasma al que le había dado la espalda, el que de pronto se desnudó frente a mí y comenzó a olerse las axilas y los pies, el que subió como pudo, tambaleando y cayendo entre risas.

¿Me aseguran que mi cuerpo estará a salvo cuando lo reclame de vuelta?

Ambos fantasmas se quedaron muy serios.

¿Estás insinuando que incumpliremos contrato? ¿Es eso lo que insinúas?

Ver la rabia fantasmal en mi rostro me hizo darme cuenta de que mi cuerpo aún podía adoptar gestos nuevos, posturas que nunca habían sido ejecutadas con mis músculos pero que podía hacer si quería, si tan solo por un día me permitiera ser otro.

Vete. Solo tienes un día, me dijeron.

Atravesé los muros pensando que no sentiría nada. Que los fantasmas no sentían. Es difícil de describir: atravesar los muros se parece a salir del mar cuando te has sumergido,

algo semejante a romper la tensión superficial. La materia se hace más frágil, como una membrana, pero no desaparece para los sentidos del todo. Vi la casa que dejaba atrás y me dirigí de prisa hacia la casa de Francisco.

Las calles estaban desiertas. Un año se dice fácil, hasta que te piden que no salgas. Te amputan la infinitud y la reducen a algo tan diminuto como una casa, un cuerpo. Cuando vives solo, reduces la sensación de la carne a la propia. Pero no tenía caso pensar en eso, cuando debía pensar en mi destino.

¿Qué iba a decir, cuando estuviera ahí? ¿Tenía preparadas unas palabras? No había preparado un discurso final, un modo de despedirme. ¿Pero es que realmente no lo volvería a ver?

Siempre hay incertidumbre.

Si Francisco volvía como fantasma, de nada me serviría un cierre. No había pensado en el aspecto práctico de mi visita, solo en la tecnología necesaria para hacerla. Los fantasmas son muy útiles. Aunque alguna vez existieron los videos y la realidad virtual, ya indispuestos para nosotros, nada se compara con el estar ahí. Ni siquiera es necesario un cuerpo para hacer acto de presencia en medio del aislamiento. Eso nos lo enseñaron ellos un día, cuando nos propusieron el trato: veinticuatro horas de fantasmagoría a cambio de un cuerpo y, hasta donde yo sabía entonces, todos los fantasmas habían cumplido con el trato, quizá por miedo a que, de romperlo uno solo, ya ninguno accedería al trueque, quizá porque la mentira nos pertenece solo a los vivos, quizá porque el valor del cuerpo es tan inmenso, incalculable para nosotros que aún lo poseemos, que ellos están dispuestos a todo, a tenerlo apenas un momento, a atascarse de él y luego dejarlo sin más, quizá para siempre, con tal de sentirse vivos un segundo. Pensé en el que había ocupado mi cuerpo, en su felicidad al olfatearlo y lamerlo como un perro.

Caminé hasta un parque. En el camino me crucé con un montón de cuerpos tirados en la calle, con rostros vencidos de alegría. Me quedé ahí un rato, recordando todas las veces que había estado ahí con Francisco cuando el aislamiento aún

no comenzaba. Lo sentía tan distante... ni siquiera podía pensar en su funeral. Incluso cuando los dos estábamos ahí, ¿no nos sentíamos solos?

Fue fácil para mí acostumbrarme a la vida sin Francisco. ¿Qué había de diferente tras saber que se había muerto? La restricción por el virus que nos aisló no había cambiado nuestro sentimiento, no había ocupado nuestro cuerpo como un alma ajena, solo nos había dado una razón para justificarlo. ¡Qué fácil se había vuelto soportar la soledad gracias al virus! Gracias a él, no era nuestra culpa estar solos. Podíamos dejar de culparnos.

Cuando al fin entré a la casa de Francisco, dejé que la sensación de emerger del agua volviera a abrazar mi alma, y de pronto se aparecieron frente a mí, en la sala, un montón de fantasmas. Todos ellos eran mis amigos... o eso recordaba. Todos habían empeñado su cuerpo para estar ahí por él.

Francisco había muerto de algo que nada tenía que ver con el virus. A veces olvidábamos que, incluso sin el virus, nuestro destino era la muerte.

Se celebraría un funeral en su casa, sin nadie ahí salvo sus dos hijos para despedirlo. Fueron ellos los que nos llamaron. Le pidieron a un fantasma que fuera a nuestras casas y nos avisara que su padre había muerto. Nunca imaginamos que los fantasmas serían nuestro salvavidas tecnológico cuando ya no quedara nadie que mantuviera las líneas o los servidores digitales. Los fantasmas siempre andan por ahí, mensajeros esperando a que alguien muera. Lo único que piden a cambio es ocupar el cuerpo del difunto hasta que el cuerpo los expela.

Francisco había muerto en el suelo, pero el fantasma se había ofrecido a colocar un sillón en el centro de la sala y a quedarse sentado ahí, quieto durante un rato, mientras los invitados decían algunas palabras.

Estarán bien sin su padre, ya veré cómo les hago llegar comida, les dije a los niños, aunque no tenía forma de cumplirlo. Ahí solos iban a morir sin él.

Ellos me sonrieron.

Papá va a traernos comida luego de que el funeral termine.

Miré con atención al cuerpo. Tenía los pies juntos como si meditara. Le costaba mantenerse quieto por la emoción. Debía estar contando los segundos para ponerse de pie.

El funeral fue rápido.

Cuando todo acabó, les pedí a los niños un momento a solas con el cuerpo; me miraron molestos, querían ver a su padre de pie, aún no comprendían que él ya no estaba ahí aunque el cuerpo fuera el mismo de siempre.

Los niños se fueron y le hablé al cuerpo como si fuera mi viejo amigo. El cuerpo de Francisco se levantó, abrió y cerró de prisa la puerta tras de él y corrió de prisa por la calle.

¿Les vas a llevar comida?, le pregunté.

Solo les ofrecemos dos servicios a los vivos, me dijo. ¿No lo sabes? Somos sus mensajeros y les cuidamos el cuerpo para que hagan proyecciones. Nada más.

El cuerpo comenzó a correr, a saltar, a respirar con fuerza. Sus movimientos, al principio juveniles, se parecían tanto a los de Francisco, cuando pasaba las tardes jugando conmigo o corriendo simplemente porque íbamos tarde a la escuela; brincaba sobre otros cuerpos, con la libertad que solo se obtiene cuando el miedo a morir ya no está, cuando es un peso muerto que se deja de lado... luego sus gestos envejecieron de golpe hasta que el cuerpo tropezó en el suelo y se quedó quieto.

Lo vi a los ojos. El fantasma disfrutaba el último instante de un cuerpo que lo expelía.

Odí aquella sonrisa. Odí que hiciera sonreír al cuerpo de Francisco con algo como eso, abandonando a sus hijos con una mentira, dejándolos morir.

¡¿Cómo puedes hacerles eso?!, le grité.

Mejor que mueran jóvenes, ¿no?

Quise golpearlo, pero no fue posible. Mi tiempo corría. Pronto volvería al aislamiento.

Tú también prometiste llevarles comida. ¡No olvides tampoco disfrutar este tiempo aquí afuera!

Habían pasado solo unos minutos cuando el fantasma salió del cuerpo de mi amigo. ¿Todo su esfuerzo por unos minutos de estar vivo?

Pensé en los niños. En mí. En el fantasma.

Mi vida también sería así de breve.



Astrid López Méndez

Espacio exterior

He roto algunas de las reglas que solía tener antes de la pandemia. Por ejemplo, no contestaba el teléfono en casa ni las llamadas de números desconocidos al celular. Ahora, parte de mi tranquilidad diaria depende de hacerlo. Por fortuna, ha reducido de manera drástica la publicidad telefónica. Hay una funeraria que insiste en ofrecer descuentos si aceptas contratar sus servicios mientras suena la voz de su agente de ventas. La primera vez escuché por completo la oferta. Luego empecé a colgar en cuanto identificaba de qué se trataba.

Erik y yo regresamos a casa después de estar los primeros ciento ocho días de la pandemia fuera. No fueron tantos, pensamos. No fue en absoluto una eternidad. Las tuberías de este cuarto piso opinaron lo contrario. En la cocina, un olor a óxido permeó los trastes y cubrió por completo el aroma de las yerbas y las especias. Limpiamos todo y colocamos recipientes con bicarbonato en distintas partes para que el hedor se fuera. Esta maniobra, junto con los arreglos en el baño y los cuartos, nos llevó toda la semana.

Fue hasta después de instalarnos que pude volver a la lectura. Sigo leyendo un conjunto de ensayos del italiano Nicola Chiaromonte. Mi relación con este libro se ha extendido tanto que me cuesta trabajo distinguir: si no he llegado al final de las páginas por la volubilidad de los días o si solamente no quiero que termine. Su compañía es una presencia que me aleja de mí misma, de tenerme tan cerca a diario.

Otro de los preceptos quebrantados fue el que me ceñía a los mensajes de texto, las notas de voz o los correos

electrónicos para hablar con otras personas. Si no era una conversación frente a frente, mejor un encuentro distante. Había dejado de lado que la voz de una persona, recién conocida o tras años de no saber de ella, almacena ciertos rasgos únicos que se activan al hablar.

El español de Enea está atravesado por sus años en México, en especial por la jerga chilanga. Él y su esposa Sophie solían vivir en Coyoacán. Ahora están en Londres, pero llevan meses preparando su mudanza al norte de Italia, para estar cerca de su madre, me cuenta Enea. Es frecuente, para quienes visitan por primera vez la Ciudad de México, reconocer un acento marcado en la última sílaba de las palabras. Dicen que hablamos “cantadito”. El repertorio chilango de Enea conserva otra cadencia, dice “chido” como dice “anda”, el acento recae en la sílaba grave, con una leve extensión que remarca otra sonoridad.

¿Y cómo harán para llegar a Italia? La caótica situación actual me llevó a pensar en voz alta ese cuestionamiento, porque esa tarea para mí suena irrealizable. Su respuesta es que han comprado un camping-car. Viajarán casi mil setecientos kilómetros al final del verano. Su camping-car y su verano me trasladaron a la primavera del año pasado. Leí una novela-ensayo sobre la historia de las combis alemanas y la historia de su autor, Ivan Jablonka, durante sus viajes a lo largo de Europa y Estados Unidos. Uno de los recorridos era parecido al que Enea quiere realizar con Sophie y su hijo.

En el texto de Jablonka, su familia, junto con la de unos amigos de sus padres, acampan en lugares con poca o nula presencia humana, cerca de lagos y montañas. Ivan es adolescente y prefiere las hojas de su libro. Cuando su padre se da cuenta de que el joven no está mirando el cielo estrellado, entra en cólera. Lo regaña por ser incapaz de disfrutar lo que tiene enfrente, las imágenes más bellas que no están en esas páginas rugosas, y le pide que salga a ver el paisaje con el resto. Jablonka recuerda ese episodio con tristeza, porque a pesar de que obedeció de

inmediato, no fue sino muchos años después de la muerte de su padre que pudo comprender el enojo.

En esos viajes, las dos familias estaban enseñando a los más pequeños a ser parte de un mundo que iba más allá de la experiencia humana, en especial más allá de los conflictos que vivían a diario por los recursos económicos limitados o por no tener otra forma de sobrevivencia que la del trabajo duro. El joven Ivan estaba perdiendo una enseñanza que nadie más podría darle. Una experiencia que se olvidó durante las grandes guerras de Europa. Por las que murieron tantas personas, entre ellas, sus abuelos paternos. El padre de Jablonka tuvo que aprender sin ellos, en un orfanato de anarquistas soviéticos, pero todo el tiempo sentía que no había sido suficiente. No sabía cómo hacer que sus hijos aprendieran de su dolor, sin padecerlo, ni ser indiferentes a él. Quizá, descifró el hijo, el padre suponía que la respuesta se hallaba en esas noches donde todos observaban las estrellas.

A Enea sólo le digo que su viaje será como el de Ivan Jablonka. Él me responde que tal vez en ese libro ya está la historia de su hijo y que lo va a leer, pero ni él ni yo insistimos mucho en ello. Al final de la llamada, me quedo pensando en Italia, en la madre de Enea y en la mía.

La relación que tengo con mi madre está en sus mejores años. Antes, nuestras conversaciones se enfrascaban en peleas sin cuartel y sin un motivo preciso e identificable. Ahora podemos hablar por teléfono regularmente. A lo largo de estos meses, nos hemos llamado para saber cómo va todo. Me he dado cuenta de que me busca con insistencia cuando se siente angustiada. Esta vez, mi padre ha dormido los últimos días en un balcón de la casa porque teme que el virus esté relacionado con la red telefónica. Mi hermano ya le dijo que eso no es posible y le mostró videos donde se explica por qué se trata de una teoría sin fundamentos, pero no logra convencerlo. Estoy muy enojada, pero si mi madre se da cuenta de que así me siento, prefiere no hablar conmigo, e intento relajarme para que no lo note.

Lo que me cuenta de mi padre es un preámbulo, ella está preocupada porque no tiene testamento. Me pide ayuda para arreglar ese pendiente. Por cualquier cosa. Por lo que pueda pasar. A mí me da vueltas el mundo, pero le digo que sí, que por supuesto investigo qué hacer. Todos estos años y el virus renueva un terror que creía extinto. El dolor de mi padre atravesándonos una y otra vez, lastimándonos porque se le mezclaba con alcohol y perdía por completo el rumbo. Mi padre sin estrellas que lo detuvieran. Con los bosques, que alguna vez visitó, en llamas.

Lloré mientras hacía ejercicio y en la regadera. Con Erik y antes de dormir.

Al día siguiente hablé con Marina. Sus días son agitados porque está estudiando un posgrado en Nueva York y la pandemia ha acarreado problemas a los departamentos universitarios, el suyo entre ellos. Además, el asesinato del afroamericano George Floyd en Minneapolis, a manos de la policía, ha vuelto necesario salir de inmediato a las calles.

Conozco a Marina desde hace varios años. Tenemos ciertos intereses en común, conversaciones que iniciamos y siguen abiertas, así como un puente por el que cruzaría con los ojos vendados al saber que ella está esperando del otro lado. Mientras platicamos, va llegando la calma. Es una cuestión de perspectiva. El virus logra desatar preocupaciones que creíamos acomodadas o resueltas, pero este tiene su propio riesgo, sus propias cifras y estadísticas. Al virus, nuestras preocupaciones le tienen sin cuidado.

En los ensayos que conforman *La paradoja de la historia*, Nicola Chiaromonte se apoya en la literatura para retratar las dificultades que provoca un acontecimiento histórico. Él piensa en la Revolución francesa, en las dos guerras mundiales y en la Revolución rusa, pero el desconcierto, la confusión y la mezcla de emociones que hechos así encierran, nos acercan a la época que estamos viviendo. Nuestras reacciones son una gama de experiencias que conforman un estado de excepción, el cual nos lleva a una asociación inevitable con la guerra, y a la

ineludible aparición de puntos de vista incompatibles y contradictorios, muchas veces reduccionistas y maniqueos.

Para el italiano, en ese presente tan inmediato, no hay mucho qué hacer. “Nadie hace la historia, no se ve, como tampoco se ve crecer la yerba”, dice Yuri Zhivago en la novela de Borís Pasternak. Nos queda solamente la memoria para registrar lo que sucede, y a lo lejos, cuando no estemos tan cerca, observar a detalle lo que sucedió. Tal vez, en eso pueda ayudarnos el virus, a mirar con detenimiento problemas ya existentes, de los que ahora estamos, al menos, un poco distanciados.

Mi suegro es director de una secundaria pública en una zona marcada por las carencias económicas, la venta de drogas y la violencia. El virus ya ha causado estragos en algunas familias de sus alumnos y maestros. No obstante, su preocupación crece en la medida que sus alumnos no pueden regresar al que quizá es su único lugar seguro: las ocho horas que pasan de lunes a viernes en la escuela.

En el ensayo sobre El doctor Zhivago, Chiaromonte se da cuenta de que la mayor angustia de Pasternak era cómo reflejar lo que consideraba la pérdida más grande: la que un individuo experimenta después de un acontecimiento histórico. Porque hay una parte de la persona que deja de ser la misma, y en esa distancia, muchas veces termina por no reconocerse, pierde de vista quién es. Pasternak considera que el “primer acontecimiento auténtico” es el regreso a casa, al afecto familiar, a la vida cotidiana. No en términos que apuntan a un pasado inmediato, sino a la existencia real de ese espacio seguro, de una comunidad y de una cotidianidad concreta. Quizá por estas aseveraciones Chiaromonte estira tanto la liga. Para él, dichas ideas llegan hasta los planteamientos de Nietzsche sobre la muerte de dios, porque estos fueron tan solo el comienzo del quiebre de una imagen del ser humano que sigue derrumbándose hasta nuestros días. La vida incluye la guerra y la paz, como había plasmado Tolstói en su novela, pero también la historia y la naturaleza. La historia como la necesidad

de preservar la memoria y la naturaleza como un camino para distanciarse de una visión estrictamente humana.

El libro de Chiaromonte fue publicado originalmente en 1970. Su traducción al español, por Eduardo Gil Bera, es de 2018. En este 2020, sus palabras no han dejado de resonar durante los meses que llevamos de pandemia. Para Giorgio Agamben, la crisis que vive Europa desde hace unos años no tiene que ver con un aspecto económico: el problema es que la historia ya no tiene un lugar importante en las personas. Como si el pasado se hubiera convertido en una carga de la que es mejor deshacerse. Para el filósofo, ese desinterés llevará a problemas peores, que ya comenzaron con el cierre de universidades y otros espacios para la enseñanza. Aunque sus conjeturas se refieren solamente al continente europeo, encontramos ecos en todos los países de América. El virus de esta pandemia, por otro lado, ha apresurado el trayecto de la humanidad hacia una reflexión en torno a nuevas formas de relacionarnos con la naturaleza.

Antes de que iniciara el confinamiento, un amigo me regaló una libreta que compró durante su viaje a Francia en enero de este año. En la portada se encuentra el dibujo de una nadadora con una bata café claro, su traje de baño negro y sus sandalias verdes a la orilla del mar. Es un día soleado y en su rostro se traza una sonrisa plena. Desde 2016, Erik y yo nadamos con regularidad en la alberca del barrio y esta es la primera vez que ha pasado tanto tiempo sin estar en sus aguas. Tal vez esa libreta fue un presagio de lo que vendría. Su belleza me consuela cuando pienso en lo que será volver, si es que decidimos regresar, y en quiénes regresaremos.

Me faltan veintisiete páginas para terminar el libro de Chiaromonte. Erik intentó leerlo, pero dice que mis anotaciones lo hicieron imposible. Quizá esta fue la regla que más rompí, si se pudiera hablar de grados al quebrantar una regla. El libro no es mío, ni suelo rayar libros propios o ajenos, pero no encontré otra manera de resaltar las palabras de Chiaromonte: con lápiz, a veces marcatextos o en otras ocasiones una banderilla pegada a la página. Las primeras noventa y seis hojas están

llenas de marcas. Tal vez, lo peor de esta situación es que el dueño del libro es el mismo que me regaló la libreta y es muy probable que no recuerde que me prestó el libro, así que tendré que decidir qué hacer cuando vuelva a verlo: si regalarle el libro como si nada hubiera pasado o contándole todo lo que pasó.

Hace unos días, después de comer, contesté el teléfono al primer timbrado. Una mujer preguntó si me encontraba disponible. Como noté que no se trataba de la publicidad funeraria, seguí escuchando. Su llamada era para contarme que la alberca del barrio abrió de nuevo: con medidas de sana distancia, sin uso de regaderas ni vestidores. Si decidimos ir a nadar, al salir de la alberca iremos por la calle con el traje de baño debajo de la ropa húmeda. La mujer me preguntó si me interesa, si quiero volver, pero todavía no tengo una respuesta.

Ismene Venegas

Lengua partida

En la cocina un frasco enorme de vidrio jugaba el papel de vitrolero. Ahí mi papá sumergía las cáscaras de piña en agua y las dejaba macerando por varios días. En la superficie del líquido se formaba una tela blanquecina, burbujas. Despedía un olor intenso que atraía a los mosquitos de la fruta y éstos se mantenían a raya por una manta de cielo sujeta por una liga a la boca del frasco. Ese olor no me parecía agradable, educada como estaba por una jarra súper cool que rompiendo muros anunciaba en la televisión los sabores artificiales en colores brillantes del Kool-aid. Sin embargo, sentada a la mesa a la hora de la comida, me tomaba obediente mi vaso de tepache.

De niña le rogaba a mi padre que me contara historias de su infancia y siempre me contaba las mismas dos o tres. Entre esas memorias que me compartió hay una con la que construí mi propia película del niño que fue: él y sus amigos detienen el juego de béisbol campero para correr tras el tren que baja la marcha al entrar a Matamoros, suben a las cajas de carga en movimiento que están repletas de piñas, las lanzan al suelo. Ahí recogen las piñas y las comen hasta sentir la lengua partida por un ardor que sube desde la tierra suelta del pastizal bajo un sol implacable.

En octubre del 2007, durante la temporada de incendios forestales del sur del estado de California se registraron una serie de eventos en los que se prendieron cerca de 4000 kilómetros cuadrados de extensión: chaparral, valles, cañones y una zona

residencial de alto perfil. Las columnas de humo y el resplandor anaranjado del fuego eran visibles en las imágenes satelitales. Una pobre temporada de lluvias invernales y las altas temperaturas del verano secaron al extremo a la vegetación del chaparral: material combustible. El aire seco de los vientos de Santa Ana alimentó el ímpetu destructivo del fuego. En ese octubre el viento seco no paró de soplar por tres días seguidos, ráfagas violentas que alcanzaron una velocidad de 90 kilómetros por hora.

De este lado de la frontera hubo fuertes fuegos aislados en áreas silvestres en tres de los principales municipios del estado de Baja California. En Ensenada el ambiente estaba saturado de una mezcla de tierra y humo que parecía neblina y filtraba la luz del sol en un tono apocalíptico. Desde la ventana de la habitación del hospital podía ver como afuera el viento doblaba a las palmeras, troncos perpendiculares a sí mismos. En la habitación contigua a la de mi papá un pequeño bebé se esforzaba por vencer una neumonía que mantenía desencajados los rostros de sus padres. El bebé permaneció internado durante una semana. Mi papá también. Unos días después de que le realizaran una colonoscopia y de que le extirparan un pedazo significativo de intestino grueso invadido por el cáncer, el Doctor Brugada le retiró a mi padre la bolsa de suero que le goteaba en el brazo a través de una cánula. El médico le sugirió que incrementara la ingesta de líquidos.

—Señor Francisco, le voy a pedir a la enfermera que le tenga siempre una jarra de agua de fruta que va a estar tomando constantemente, ¿de qué sabor la quiere?

—De piña.

Nunca antes había hecho tepache. La verdad es que nunca me gustó. De niña lo tomaba por la misma razón por la que pasaba mis vacaciones de verano en Mexicali con mi padre: porque lo amaba. Se lo hice saber de muchas formas. Así

fuera tolerar el sabor del fermento de piña que él preparaba o dejar atrás la brisa del mar de Ensenada para pasar el infierno estival del auto sin aire acondicionado en el desierto. Durante el encierro de esta cuarentena me uní al gremio que usó a la cocina como una estrategia en el manejo del desasosiego pandémico. Horneé pan de plátano, elaboré una masa madre y fermenté algunos vegetales. Con una piña me di a la tarea de preparar tres litros de tepache. Seguí las indicaciones de una amiga, como si jamás hubiera sabido qué camino tomar para hacerlo. Calenté agua en una olla a la que le arrojé cuatro clavos de olor, tres pimentas gordas, dos trozos de canela y un cono de piloncillo. Cuando estuvo a punto de romper el hervor, apagué el fuego y le agregué más agua. Mientras el jarabe se enfriaba trabajé la piña. La pelé toda, dejando en la cáscara suficiente carne para que en la pulpa no quedaran ojitos. Una vez frío el jarabe especiado lo colé y lo vertí en un vitrolero. Añadí las cáscaras de la piña y tapé el contenedor de vidrio con un filtro de café sujeto a la boca. Con dos días de maceración se formó la capa blanquecina de la superficie. Y en el fondo se precipitó un manto gris que no sé explicar en qué consiste. Al tercer día lo probé: una pequeña muestra de jugo fermentado con un par de cubitos de hielo. El sabor me resultó muy bueno: especiado, ligeramente ácido, encontré trazas de una dulzura agradable, muy poco pronunciada. En verdad estaba bueno, me gustó. Aun cuando el sabor era rico decidí continuar la maceración más tiempo, guiada por el impulso malsano de estar segura de que algo no lo estaba haciendo bien. Días más tarde abrí la llave del vitrolero y colé el jugo fermentado en una jarra. De nuevo lo probé bien frío: ahí estaba el aroma picante a vinagre del frasco de mi infancia. El sabor, ácido en extremo, opacaba a las especias y hallé el tufillo que a veces despiden las cervezas caseras, turbias, con las que de pronto me he topado. Creo que ese sabor se parecía más al tepache de mi papá. A pesar de la nostalgia y el cariño, no me pareció agradable. Supongo que aprendí a prepararlo: tres días de fermentación son suficientes.

No estoy segura de que mi papá usara especias al hacer su tepache. Me parece que no, o bien esa es la historia que me cuento, pero en realidad no tengo registro de cómo preparaba la bebida, sólo lo recuerdo a él macerando las cáscaras en el frasco. Tampoco sé cómo fue su infancia. Sólo sé que un día él y sus amigos detuvieron un juego de béisbol campero para ir a comer piñas que bajaron de la caja de un tren en movimiento.



Ecofrío
FRÍO ECOLÓGICO
CONGELADOR
MODELO: ICC-700

FIRMES CON EL CAMBIÓ
CARLOS GÓMEZ
SENADO
CSA 98



María Mínguez Arias

Mapping a Body in Coronavirus Territory

(Translated from Spanish by Robin Myers)

Maps have served as military, conquest, tactical, and strategic tools to invade and (continue to) exploit bodies and territories... Women mappers are interested in understanding and combatting violence, contemplating the body and the earth, and reflecting on how we're represented in the spaces we inhabit.

Florencia Goldsman, Píkara Magazine

April 1, 2020 – Fremont, CA

My body – As I approach my fiftieth birthday, I find myself accompanied by an anatomy that hasn't grown or regenerated for twenty-five years: a graying head of hair; finer and sparser body hair; coarse skin; a faltering memory; eyes that need glasses after a life of perfect vision; a stockpile of pounds around the hips and organs that birthed two children; periods suppressed by an intrauterine device, because overabundant bleeding caused serious imbalances in my blood pressure; a post-op left knee I can no longer rely on for team handball or soccer or dancing; tremorous hands and legs, because that's what I got in the genetic lottery; assorted scars (on my heart, on my skin, and an enormous gash across my forehead that reminds me to never run around the house, especially not in

my underwear); and let's not even bother to itemize the headaches and occasional bouts of vertigo, all intimately connected to how I perceive the world (maybe I simply see and feel too much, and headaches are my body's way of begging me to stop looking for a while). I should mention that, much to my surprise, my physical decline has come with an unprecedented mental clarity that has, in turn, yielded one of the most intense, most powerful, and most generative times of my life. As the saying goes, I am, creatively speaking, on fire.

My territory – Ever since I was a teenager, and especially over the past decade, I have adapted my life, activities, and environment to the reality of an anatomy in decline—one that is, for genetic reasons, somewhat peculiar. I spent years working from home because my youngest son's health required it when he was small, and then mine did, too (he and I are both members of what's known these days as the "high-risk population"; we both have troubled lungs, and I have a few other issues besides). Until three weeks ago, I lived my life in spaces perfectly calibrated to preserve the fragile state of my biology, which is strong but prone to ups and downs: on Tuesdays, Wednesdays, and Thursdays, I'd commute to work in San Francisco; I'd devote Mondays, Fridays, and the occasional weekend hour to my writing and its adjacent activities (writing at home, in the library, in some nearby café; readings, lectures, etc.); weekends and evenings were reserved for my partner, our two children, and our loved ones, scattered across two continents. As an immigrant, I'd spend many such hours on WhatsApp or on the phone to Spain (I'd usually chat with my mother as I washed the dishes; with my siblings, as I walked or biked; with my friends, whenever possible, never enough). I'd walk to the stream that cuts across my city when I needed to be alone; to the gym when I needed to strengthen my body, put it to work. I'd go to the grocery store to stockpile everything I needed to live in my home; to the kitchen to nourish my people. I'd fill all remaining hours with appointments, emails, phone calls, and sundry ins and outs, because otherwise our domestic life

would have lacked order or coherence. In the summers, we'd visit Spain and take a couple camping trips in the woods along the California coast, where my sense of peace and equilibrium was sheltered. My partner and I would occasionally escape to go have coffee, or shop, or wash the car, or take a walk, or eat dinner out—any excuse was a good excuse to spend a bit of time together, to remind ourselves and each other that, even amid the craziness of the day-to-day, we were still the same couple we'd been for twenty-two years. Every x number of years we'd pull off an actual escape for two or three days.

My body-territory – I've always kept my friends and family clasped to my chest, tightly swathed behind my breastbone. My job in San Francisco and my writing have always gripped my backbone with their nails and teeth, holding me up. The stream, the surrounding hills, and the redwood forests have always been my all-soothing embrace, like one of those gravity blankets that are currently in vogue. I've always worn the gym in my muscles; it's been my gasoline. Trips to the supermarket, my kitchen incursions, and the logistical, medical, and emotional care of my children have always been both my desire and my duty (a desire and a duty that I shared with my partner): a primitive, almost animal desire-and-duty, a desire-and-duty that were never questioned, that were simply enacted and endured, full stop. As such, I'm not quite sure where they've nested in my body—probably at the cellular level, the most ancient one of all. I've always carried my partner symbiotically inside and outside me at the same time. We're two radically different women who found a way to “make it work” for ourselves and for our queer family. We've always faced everything together; together, too, we've taught our children to live with dignity in the maelstrom of the lesbophobia, ignorance, and prejudices of acquaintances, classmates and their parents, coworkers, politicians, the bureaucratic system, strangers, and even our next-door neighbors (we live in a Mormon neighborhood). Together, we've showed them that honesty and respect—for others and themselves—are essential.

Pain, fear, and shame were always inevitable. Pain has sometimes slowed and darkened the world for me; it has seeped into my body and I've doubled over with it. In the presence of fear, my body-territory has felt it in the stomach, clenched in its cold iron fist, stifling every second of the day. I've been ashamed of my faults and the faults of others, because I always wanted us to be better than we were. I must say here, though, that I've never felt ashamed of my partner or our children, only proud.

Every so often, my sense of equilibrium in the enterprise of living has collapsed altogether, because my blood pressure has been thrown into turmoil and my body has switched off. On those days, I've had no choice but to retreat to the couch, elevating my feet, and submit to the passing of the hours with my head stuck in a book or a movie, or asleep. On those days, writing has never saved me, because there was no backbone to hold me up.

My body in coronavirus territory – My body-territory feels the state of alert at the most primitive level—the cellular level—on March 3, when I decide to not attend a writing conference in San Antonio that I've spent almost a year preparing for. This coronavirus is frightening. My partner and I spend the next week with our stomachs throttled by the fist of fear, plunged into a tsunami of emotions and extraordinary measures that we should certainly be taking, but which we still can't bring ourselves to carry out. Our amygdalae, incandescent with alarm, screaming at us to do something: if respiratory viruses, especially the flu-like ones, have always activated protocols in our family, and if this covid-19 is a kind of flu on steroids, then shouldn't we be pulling our kids out of high school right this minute? Shouldn't we all be staying home?

The history of our son's asthma began in an ICU in December 2005, and although his symptoms have grown milder ever since, they meant, for entire years of his life, weeks of confinement, inhalers, and nebulizers, corticoids, alternative treatments, phone examinations by ER doctors at two in the

morning, whole nights holding him in an armchair to keep him upright, education and preparation, yoga, writing, psychologists... He's always handled it well (the perseverance and optimism of kids with chronic illnesses is truly extraordinary); we're the ones who have had to learn to live with it. For some years now, I've had asthma, too.

By March 12, we've decided that our kids aren't going back to school and that we'll all voluntarily confine ourselves to our house (I propose to my boss that I telecommute; my partner will have to keep going in to work at her company). A day and a half later, the local schools are closed and it's recommended that we all stay home. On March 17th, the San Francisco Bay Area counties issue their orders to "shelter in place"; three days later, Governor Newsom issues his own order for the entire state of California. A few days ago, Gabriela Wiener wrote in the Spanish newspaper *eldiario.es* that "love is disinfection now." We've been practicing love by disinfection for fourteen years—which is exactly why the great migration toward the cleaning and pharmacy sections of the supermarket finds me ensconced at home, well-supplied with hand sanitizer, disinfectant wipes and sprays, and more than enough medication in case we should both suffer a long-term asthma attack. Luckily, it also finds us with ample reserves of toilet paper, as well as our emergency kit for earthquakes, which I'll have to restock with N95 masks and latex gloves as soon as I can. In this household, we've always washed our hands with particular diligence from September to April (flu season). Now we're even more rigorous. My partner and I enter into a state of total symbiosis. We're in survival mode, in *act-as-calm-as-possible-without-concealing-the-gravity-of-what's-at-stake* mode, another exercise we've been practicing for years. We are, no doubt about it, prepared.

But after nineteen days of confinement, and after seeing the levels of coronavirus contagion in Spain and New York, I realize that I'm actually not as prepared as I thought. My chest cavity, where I've always carried my family and friends,

has buckled in distress. The backbone that has almost always held me up is sagging, yet not broken: I'm still working from home (although I know that our small, historic publishing house won't be able to sustain my role as director of operations much longer), and I've been writing; hence this pandemic account you're reading now. My muscles demand that I ride my bike, head for the gym. I start to worry I'll run out of gas. For now, and thanks both to the low population density of the area where I live and to the governor's directive, I can still go out walking by the stream. I do this every so often, very early in the morning, wearing a mask.

The embrace of the sequoia forests, all-soothing as a gravity blanket, will have to wait. At home, we still hug, but we've stopped kissing each other on the face (I kiss my children on their foreheads or the top of their heads). My partner and I have stopped cuddling in bed. She's our contact with the outside world, which makes her our kryptonite. I'm aware of the heavy sorrow I feel. Even so, I know that true pain and true fear haven't yet reached my body-territory, and that it's surely only a matter of time before they come.

My struggle, my rebellion, my mobilization – Despite the extreme forms of planning I've alluded to, my struggle is a visceral one, because it's waged against fear and for survival. Ever since our daughter was born, I've always carried my courage nestled firmly against my ovaries. I must admit that I'm not quite sure where I carried it before then; maybe in some other organ, better hidden, less latent.

I've lost heart a few times in nineteen days. During these plummets, it's my rebelliousness that has helped me find my way out: the defiance that made my kindergarten teacher cover my mouth with tape or led a nun to stuff the chalkboard eraser between my teeth when I was eleven years old. The same defiance that prompted me to walk out of a college history lecture, never to return, when the professor mocked the Muslim women being raped in the Balkan Wars. The same defiance that spurred me out onto the streets to defend my right to

marry. The same defiance that had me pull our kids out of high school without a second thought when my child's health and my own were at stake. I think my rebelliousness is my compass: I know that if I haven't rebelled for a while, it's because I haven't been paying attention (the world is full of injustices and if I don't see them, I'm not looking). I'm convinced that my defiance has become more discerning over time.

But the truth is that my alliances are what sustain and mobilize me now. I'm sustained by weekly Zoom-meals with my coworkers (our mission hasn't changed, but our priority has: taking care of ourselves). I'm sustained by the complicity and the pact we've made with our children to understand that everyone has a part to play, an obligation to fulfill—and that this includes, beyond homework and chores, the tasks of loving each other, taking care of each other, and forgiving each other when we lose sight of ourselves. I'm sustained by the commitment I share with my partner to navigate this whole corona-situation with diligence and good humor (getaways and cuddling will have to wait). I'm sustained by daily contact with my loved ones here, with my loved ones in Spain: with my mother, who has taught me that neither she nor I, in our respective confinements, has the right to cave in; with my siblings, in our daily check-ins; with my friends, whom I try to touch base with once in a while. One friend has gotten sick and is making it through.

Hospitalizations have doubled and ICU transfers have tripled in the last 48 hours. The governor of California has just announced that the state will need at least 50,000 more hospital beds to confront the wave of infections in the coming weeks. Horror approaches. We'll soon learn whether the confinement measures adopted by counties in the San Francisco Bay Area (the first of this kind in the United States) are bearing fruit.

Sooner or later, I know I'll lose myself in the catastrophic vastness of coronavirus territory, in the anguish of covid-19. When this happens, I'll reach out for this map of my body-territory so I can reconnect with the woman I was until

March 2020, and with the person I want to be both during the pandemic and after. And when it's all over, there's something I won't forget: for the earth to breathe again, we humans had to stop.

Author's note:

What you've just read is a pandemic account inspired by *La guía metodológica para mujeres latinoamericanas que defienden sus territorios* [the methodological guide for Latin American women defending their territory]. I invite you to map your own body-territory.

Authors / autores



Ana Llurba (Córdoba, Argentina, 1980). Licenciada en Letras Modernas por la UNC, Argentina, cursó másters en Teoría literaria y en Edición por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado: *Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr* (Premio de poesía joven Antonio Colinas), *La puerta del cielo* y *Constelaciones familiares*. Sus textos han sido traducidos al portugués, italiano, polaco, lituano, alemán e inglés. Su web: www.anallurba.net

Matthew Hawk (Austin, USA) is an MFA student at the University of Memphis, specializing in poetry. Originally from Ohio, his work has been published in *Paradise in Limbo* literary magazine, as well as the *University of Chicago's Migration Stories project*. His chapbook of poems, *Poems from the Heart*, was published by Desert Willow Press in 2018.

Luis Fernando Rangel (Chihuahua, México, 1995). Licenciado en Letras Españolas por la UACH. Escritor y editor. Autor de *Hotel Sputnik* y *Dibujar el fin del mundo*. Ganador del premio estatal de poesía Joven Rogelio Treviño y del Premio Nacional de Poesía Germán List Arzbude. Director editorial de Sangre ediciones y de Fósforo.

Lauren Mallett (Lancaster, USA, 1988). Her poems appear in *Salamander*, *Passages North*, *Fugue*, *RHINO*, and other journals. She lives on Clatsop-Nehalem land of Oregon's north coast. www.laurenmallett.com

Daniel Centeno (Los Mochis, México, 1991). Autor de *Puerta cerrada* (Paraíso Perdido). Ganador del XXXV Premio Nacional de Cuento Fantástico y Ciencia Ficción y mención honorífica en el XVI Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola. Sus textos han sido publicados en las revistas *Luvina*, *Opción* y *Visor*, entre otras.

Astrid López Méndez (Ciudad de México, 1988) Escritora, editora y una de las fundadoras de Ediciones Antílope. Sus textos

han aparecido en revistas y suplementos culturales como Punto de Partida, Confabulario, Este País, Letras Libres, entre otros. En 2020, Alacraña ediciones publicó su libro *Frontera interior*, en coedición con la UNAM. Gracias a la beca Jumex para estudios en el extranjero y al Graduate School of Arts and Science Award de la Universidad de Nueva York, donde actualmente cursa el programa de Maestría en Escritura Creativa en Español en la Universidad de Nueva York.

Ismene Venegas (Ensenada, México, 1977) estudió la Licenciatura en Gastronomía en la Universidad del Claustro de Sor Juana; es coautora del libro *Plantas nativas comestibles de Baja California*, editado en 2018 por Culinary Art School y Alce Producción. Escribe crónica y ensayo en torno a temas de paisaje natural y gastronomía.

María Mínguez Arias is a Spanish writer living in the United States. She is the author of Int'l Latino Book Award Winning Novel *Patricia sigue aquí* (Editorial Egales, 2018). Her identity as an immigrant, queer woman, mother, and author writing in Spanish informs her writing, which she uses to explore themes such as digital memory, familial and historical legacy, motherhood, and language.

Robin Myers (New York, USA, 1987) is a Mexico City-based poet and Spanish-to-English translator. Her most recent translation projects include *Cars on Fire* by Mónica Ramón Ríos (Open Letter Books, forthcoming in 2020) and *Animals at the End of the World* by Gloria Susana Esquivel (University of Texas Press, forthcoming in 2020).

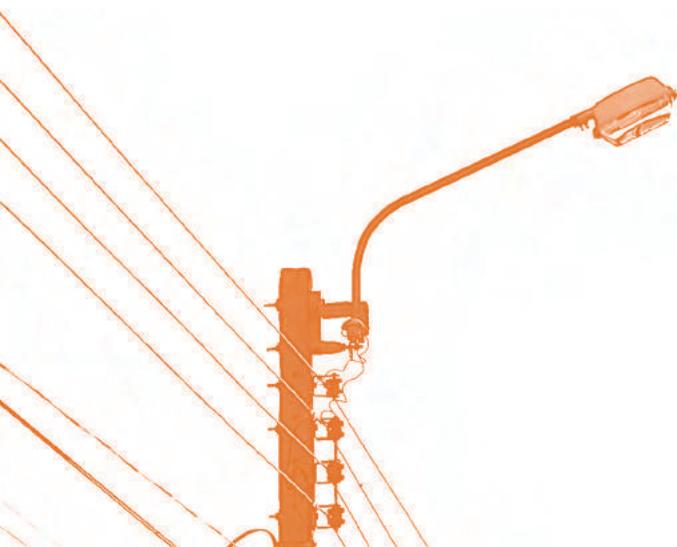






De lo íntimo afuera

En nuestras vidas en confinamiento se reprodujeron las dinámicas de cuando estábamos afuera. ¿Cómo lo exterior se vuelve íntimo? ¿Cómo habita lo más íntimo afuera? Nos acostumbramos a cubrir boca y nariz para salir de casa. Nos acostumbramos a lavar las manos de la palma y del dorso también. Nos acostumbramos a vernos a través de una pantalla. Nos acostumbramos al correo electrónico avisando que el cruce de fronteras seguía cerrado. The Department of Homeland Security (DHS) continues to have travel restrictions in effect at the US-Mexico and US-Canada land borders. Nos acostumbramos al privilegio de cruzar porque somos estudiantes. Nos acostumbramos al privilegio de no ser trabajadoras esenciales. Nos acostumbramos a la sana distancia entre cuerpos (6 feet). Nos acostumbramos a medir el riesgo de contraer el virus. Nos acostumbramos a narrar una y otra vez nuestra experiencia de enfermedad y aislamiento.



Marcelo Medone

Por suerte tengo buena memoria

Hacía rato que tenía ganas de escribir un cuento para alguna revista o para algún concurso literario sobre todo desde que estamos en aislamiento obligatorio y preventivo con esto de la pandemia de Covid-19 y su correspondiente cuarentena y no es que yo salga mucho habitualmente porque no es mi caso es más apenas me muevo de mi habitación porque me la paso siempre la mayor parte del tiempo acostado o sentado en el escritorio conectado a Internet o a Facebook así que esto de la cuarentena que se hizo mundial a mí no me cambió demasiado mi estilo de vida lo único es que ahora tengo menos visitas en mi casa por lo del distanciamiento social pero por suerte vivo con mi mujer que anda bien de salud y hace mucho que nos queremos y nos cuidamos mutuamente cada uno con sus limitaciones porque la pobre a veces se olvida de las cosas a pesar de que todavía es relativamente joven porque todavía no cumplió los sesenta y yo también tengo lo mío eso es cierto y la cuestión es que cada vez que encuentro alguna convocatoria para un concurso literario nunca hay uno que sea para mí porque todos siempre dicen “tema libre” pero al final es una trampa porque por ejemplo en el VII Concurso de Cuento Corto del Ayuntamiento del Horcón del Suicida piden “cuentos cortos de tema libre que estén ambientados en la localidad del Horcón del Suicida o en sus inmediaciones y reflejen su rica historia su patrimonio y su cultura en cualquiera de sus vertientes” y me metí en Google y no encontré fotos de Horcón del Suicida lo que me complicó las cosas porque si no sé cómo es el aspecto de esa localidad difícilmente tenga alguna posibilidad de que el jurado le preste atención a mi cuento y

pueda ganar el premio que de todos modos consiste en “un fin de semana en una hostería de Horcón del Suicida incluyendo actividades de turismo aventura en su espléndido y agreste entorno” lo que claramente no está pensado para mí y además otro premio que consiste en “una escultura en piedra de un afamado artista local por un valor de 300 euros” o si no está el caso del XXVII Certamen Literario de la Villa del Campanario del Búho Tuerto en el que piden que uno “haya nacido o tenga un mínimo de cinco años de residencia en la Villa del Campanario del Búho Tuerto” y yo nací en la ciudad de Pergamino y ni siquiera había oído hablar de la Villa del Campanario del Búho Tuerto aunque sí conozco la ciudad de Venado Tuerto que es muy bonita y no queda tan lejos o el IV Premio Literario de Narrativa y Poesía del Municipio de Torrejón de la Montaña en el que la convocatoria está vigente solamente para “vecinos del Municipio de Torrejón de la Montaña menores de 25 años que estén cursando estudios en la Escuela de Formación Agraria Roque de Bobadilla y Alarcón de dicha localidad” pero yo tengo sesenta y dos años y no vivo ni de casualidad cerca de ese lugar que ni siquiera sé dónde queda y nunca cursé estudios en una escuela agraria aunque hace muchos años antes de mi accidente aprendí a ordeñar una vaca y a criar gallinas y hasta manejé un camión con acoplado para levantar la cosecha de soja pero por suerte ahora encontré un concurso literario que me va perfecto que es el XIX Concurso de Cuento Breve y Microrrelato Biblioteca Municipal Ciudad de Juan José Blaquier porque en las bases dicen que “el texto debe relacionarse con la actual pandemia de Coronavirus y su cuarentena” y está dirigido a “discapacitados motrices mayores de 60 años con residencia permanente en la localidad de Juan José Blaquier en el Partido de Saladillo en la Provincia de Buenos Aires” y yo justamente vivo en Juan José Blaquier aunque tenga nada más que 12 habitantes según el último censo y además piden “que estén afiliados al Sindicato Único de Escritores Minusválidos de la Provincia de Buenos Aires y tengan la cuota al día” y yo estoy afiliado al sindicato y acabo de pagar las últimas tres

cuotas que debía y puedo escribir un montón acerca de mis vivencias en esta cuarentena que me toca de un modo singular que quizás la mayoría de la gente ni siquiera se pone a pensar en los que somos diferentes y tenemos necesidades especiales y cómo nos afectan los cambios que ocurren en la sociedad así que por ahora estoy memorizando todas estas palabras porque voy a escribir mi cuento ni bien consiga un técnico capacitado que pueda llegar hasta Juan José Blaquier que no tenga impedimentos para movilizarse por la cuarentena y me arregle la interfase de mi computadora que se conecta con mi párpado superior derecho que es lo único que puedo mover.

Handwritten Chinese characters in a grid format, likely a calligraphy practice sheet. The characters are arranged in approximately 10 columns and 10 rows. The characters are highly stylized and appear to be variations of a single character, possibly '丰' (Feng), written in different orientations and with various flourishes. The characters are written in black ink on a light background.





Maira Colín

Me aferro a esta que soy

El encierro es una casa
en la que el inquilino
más importante es el polvo.
Desde ahí me acerco al mundo exterior
a través de la mirada de mis hijos.
Me llevan por castillos embrujados,
por ciudades del futuro.
Visitamos mares agrestes
que siempre logran surcar.
Cuando duermen,
me asomo a la oscuridad
de lo cotidiano;
a la violencia
de lo doméstico.
Desde ahí,
admiro mi fragilidad
y las pequeñas cosas íntimas
que he logrado sola.

Carlos Alberto Román

El cielo también abajo

Estar en el departamento de Sofía me resulta incómodo. Recuerdo cosas que me había costado años olvidar. Pero la pandemia me obligó a volver dos o tres veces por semana para ver a mi hijo, que ese día cumplía años.

Terminé la decoración del pastel a las dos de la tarde. El cielo estaba oscuro y pensé que era una suerte. El clima del auto no andaba bien y el sol de los días anteriores habría arruinado el merengue. Llegué al departamento de Sofía a las dos y media. Nico jugaba con el celular.

Acordamos alejarlo de celulares, tabletas y computadoras lo más que pudiéramos —fue una de las pocas cosas en que estuvimos de acuerdo cuando vivíamos juntos— y pudimos cinco años. La cuarentena pudrió el plan.

Según nosotros, Nicolás jugaría en la calle con otros niños, estaría en contacto con la naturaleza, saltaría en los charcos, después de cada lluvia, pero resultó alérgico a todo, hasta al plátano, lo que me parecía inverosímil.

Lloré cuando vi los círculos rojos en su espaldita que señalaban los alimentos, materiales y ambientes a evitar. Me había separado recientemente, pero pienso que hubiera llorado igual de haber continuado la relación. A mi hijo lo indisponía hasta un maldito plátano.

Lo imaginé en una fiesta, comiendo sepa dios qué suplemento insípido, mientras sus amigos devoraban pizzas, hamburguesas y golosinas.

Me encerré en el baño de la panadería y lloré y golpeé la pared y el piso (me había sentado en el piso) hasta que Sofía llamó para decirme los precios de una fórmula deslactosada

y un tratamiento contra las alergias. La panadería tenía poco tiempo. Apenas salía para los insumos y la renta. Yo me encargaba de todo, desde las vueltas al mercado de abastos hasta el reparto de canastas en tiendas de abarrotes. Pero dije sí a todo con tal de terminar mi desahogo. Pediría prestado. Mis padres estaban felices con el nieto.

El pastel era enorme. Mis padres y la familia de Sofía cantaron las mañanitas con nosotros por videollamada. Para un niño acostumbrado a tener dos piñatas anuales, aquello debía ser tristísimo. Traté de pensar en que estaría disfrutando tener a sus padres juntos. Luego traté de no pensar y casi lo conseguí.

Los padres de Sofía prometieron regalarle un iPad. La pantalla del celular era muy chica y Nicolás se fastidiaba muy pronto en las clases. Yo le llevé una Alexa.

Los tiempos cambian. Es seguro que mis papás deseaban para mí cosas que nunca hice: nadar desnudo en un río, acampar en el monte, cazar víboras y ranas, y pescar... Y no por falta de ganas, sino por falta de ríos, montes y animales.

Sofía entró a una junta de trabajo. Nico y yo nos encerramos en su cuarto para instalar la bocina. “Alexa, pon rock pesado”, fue su primera orden. “Me gusta mucho el rock, ¿verdad?”, me preguntó. Y le dije que sí, aunque, en rigor, lo que le gusta es el sonido de la guitarra eléctrica y, mientras haya una guitarra en primer plano, le dice rock a cualquier cosa. Alexa puso “I was made for lovin’ you” y pensé que su inteligencia era, verdaderamente, artificial. De todas formas, bailamos eso y “Despacito” y algo de 31 Minutos, hasta que la lámpara de lava funcionó y nos pusimos a contar sus burbujas mientras Alexa ponía lo que le viniera en gana.

El clima empeoró de una canción a otra. El ruido del viento inquietó a Nicolás y después llegó la lluvia y el granizo. Sofía mandó un mensaje de texto: “¿Lo cambiamos para mañana?”. Habíamos contratado un show carísimo que duraría quince minutos. “Como quieras”. “Pues es que mis amigas no van a venir”. Sus amigas deseaban felicitar a Nico desde el co-

che, pero hubo viento y lluvia y hasta un tornado. “¿Crees que se esté acabando el mundo?”, me preguntó Sofía.

No le contesté. No compartía su miedo. Lo único bueno de mi vida era ver feliz a Nico y lo veía poco. Además, como estaban las cosas, era difícil imaginar un futuro feliz para alguien: el aislamiento, el clima enrarecido, los gobiernos de mierda... “Alexa, pon Bely y Beto”, dijo Nicolás. Bailamos.

“Dicen los del show que no se puede, que vienen en camino”. Tocaron a la puerta. Era el administrador. Le dijo a Sofía que habían movido la fuente de luz al estacionamiento subterráneo y otras cosas que no escuché porque me puse a preguntarle estupideces a Nico para que no lo asustaran los truenos.

Papá me envió un video del tornado, luego, la noticia de dos personas muertas bajo una marquesina derribada por el aire, luego, memes del tornado. “Nico, ¿qué le dijo un pez a otro pez?”.

Sofía se puso un impermeable transparente. Ahora usaba una de las cinco camisetas negras con la figura de El Santo en líneas plateadas cubiertas de escarcha que mamá había comprado para apoyar el emprendimiento de una prima. Nos daba dos: “Ya pónganselas. Nico, los tenis. Ahorita les hablo, escuché que había algo en el estacionamiento”. Quizá porque seguían los truenos, el granizo, el viento, Nico no mostró entusiasmo. Nos pusimos las camisetas y pidió “algo animado” para seguir el baile.

Diez minutos más tarde, Sofía me escribió: “Ya”. Nos pusimos los cubrebocas y nos asomamos a la entrada para ver si necesitaríamos un suéter. Había dejado de llover. “Ya aprendí a respirar con la nariz tapada”. “Qué bueno, bebé”. “Ya no me da miedo”.

La tarde era gris. El estacionamiento era una cueva. Cuando entramos en él, comenzó la música. Distinguí la silueta de dos primas de Sofía y dos niños, hijos del administrador. Llegamos a donde estaban y la animadora bajó de un coche negro. Aplaudía y el eco de los aplausos resaltaba la escena

absurda. Nico fue hacia su mamá, que lo esperaba, bailando, a unos metros del sonidista. Trataba de que Nico la siguiera.

La animadora dijo que era un día muy especial —claro, ¡cuándo se vieron tornados aquí!— y preguntó que si sabíamos el nombre del festejado. Menos los hijos del administrador, todos lo supimos. Nos orillamos para dar paso a un coche. Luego apareció la botarga. Apenas resaltaban los colores chillantes de su vestuario y el blanco en sus ojos de tela. Bailaron tres canciones. Sofía se divirtió. Nico apenas levantaba los piecitos. Imaginé que, un día, al ver las lúgubres fotos de esa tarde feliz, sentiría la emoción que le estaba faltando, e imaginé que yo ya estaba pensando cosas de viejo.

En la base de una columna, lo vi mucho después, estaba apoyado el celular de Sofía. En la pantalla: los cuatro abuelos, la tía, los dos primos y nosotros, la parte oscura. Escuché que tomaban esperanzados screenshots. “Por nuestra parte es todo”, dijo la animadora. Faltaban cinco minutos para cumplir el tiempo acordado, pero ni Sofía ni yo pensamos en reclamar, o lo descartamos, por no tener sentido. Nos fotografiamos frente a la botarga. Parecíamos integrantes de la porra ruda de la Arena Coliseo. Hasta entonces saludamos a las tías. Fue algo difícil convencerlas de que entraran al departamento por pastel. Nico puso música para que lo vieran bailar. Pronto se excusaron: “El día está raro”. Lo estaba, pero ya no había viento ni truenos ni lluvia. Sofía se disculpó por el desorden. “Si vieras nuestra casa, primi”, le dijeron, antes de salir.

Nico quiso despedirlas y salió al pasillo a decir “adiós, adiós” hasta que el coche se perdió de vista. Yo estaba cansado. Preparar el pastel me llevó toda la madrugada. Sólo alcancé a dormir cuatro horas. Nico volvió al cuarto y bailamos cuatro canciones antes de despedirme.

Nico reclamó que no habíamos jugado nada. Es difícil no sentirse mal cuando un hijo hace comentarios así. Pero ya me había acostumbrado a eso y a otras cosas que no pasaron o todavía no pasaban. “En la mañana también dijo, frente a las maestras, que su mamá no jugaba con él”, dijo Sofía. Yo,

por tratar de ayudar, me hiqué para decirle a Nico que lo que quiere decir es que le gustaría jugar más, que siempre querría estar jugando, y le hice cosquillas.

Me puse el cubrebocas y volví a decir adiós. Sofía me puso en las manos dos platos desechables con sendos pedazos de pastel. “No nos lo vamos a terminar”.

Había hecho la receta al doble, por si no salía. Hacía años que no horneaba. Dije gracias y me alejé. Algo de luz pasaba entre los frescos desgarramientos de las nubes. Vi un arcoíris percutido. Por primera vez pensé que el cielo estaba feo. No había esmog que lo enturbiara. Era el puro cielo vario-pinto, inestable, feo.

Horas después, Sofía me escribió: “Estoy llorando horrible, tengo mucho sentimiento”. Le pregunté la razón, aunque la imaginaba. El cumpleaños peculiar, los cubrebocas, la distancia, las ausencias, el cielo... “Un día Nico verá que tratamos de hacer algo especial y pensará que su mamá es muy cool”, le escribí. “Es un niño lindo”.

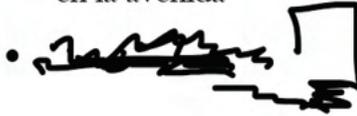
Logré calmarla porque yo ya me había calmado al volver a mi casa vacía. Había vuelto a pensar en las cosas que no hicieron mis padres, en las que no hice yo, en las que no hará Nico, y volví a pensar en la lucha constante para que no lo contaminaran nuestros vicios ni los vicios del mundo, y pensé en el futuro dudoso y en el presente, y pensé en los niños que no tienen pastel ni recuadros familiares en zoom ni “rock pesado, Alexa”, ni quince malditos minutos de nada, y lloré, aprovechando que no había luz y sentía como si ya no existiera, como si el cielo hubiera cubierto la tierra toda para desaparecernos, como si esa unión del cielo y la tierra que fue el tornado se hubiera extendido para desintegrarlo todo, como si me estuviera desmoronando a lágrimas y me dejara llevar con gusto porque el cielo de la tarde había caído como un telón para acabar la farsa de los hombres y era un alivio sentir ese cielo también abajo, furioso, en ruinas.

Andrés Piña

Lista de víveres

LISTA DE VÍVERES:

- ~~Tristeza~~
- Un poco de café
- Palabras
- El color de las galaxias
- Humo de estrellas
en la avenida



Alan Valdez

Silla

*And I held the breath inside my lungs for days.
And I saw myself as one of many waves.*

Afie Jurvanen

No sé desde cuándo he sentido que esta vida, la vida en donde estoy sentado, es la narración de otra persona. Reposo en la madera, desconociendo si después debo dirigirme hacia alguna parte. Trato de recordar todos los lugares que he visitado, pero solo puedo pensar en un conjunto de piedras siendo ordenadas en todas sus combinaciones posibles por una mano que no es la mía.

La pausa.

Mientras confirmo su condición de soporte, recuerdo una de las veces más tempranas que pensé esto. Acostado en el suelo de un departamento donde ya no vive nadie, esperaba mi reflejo en el único pedazo de cristal que había. Pero no llegó, y toda esa noche no repitieron mi nombre.

La espera.

Estoy seguro de que esta silla alguien me la ha ofrecido. Con mi pie reconozco el suelo. Y, como el que acaba de sembrar una piedra, un cuerpo o una semilla, espero a que algo se levante. Casi puedo asegurar que esta silla y yo nos pertenecemos.

La demora.

Desconozco el nombre de la persona que aquí vive. Tampoco sé por qué he venido, aunque casi puedo asegurar que esta espera y yo, también nos pertenecemos. Tanto nos pertenecemos, que ya no cuestiono la fe de quién me ha obsequiado esta forma. Recuerdo otra de las veces más tempranas

que pensé esto. Había nevado, y en el puente del río Rouge, se veían unas huellas. Las mismas hendiduras, el mismo largo que las mías. Era diciembre, y el agua ya había dejado de moverse. Creí entender su desesperación por estar quieta, y también quise moverme. Pero no pude, y al ver las marcas en el piso, sentí como alguien se retiraba sin despedirse.

La impaciencia.

No sé si llegarán otras personas. Hay una mesa sin mantel y distingo cubiertos sin acomodar sobre la superficie. De la cocina se escuchan ruidos, aunque no puedo decir si se trata de aluminio o cobre siendo manipulado. Aún no han venido a recibirme, y no tengo idea de cómo acabé sentado en esta silla y no en aquel sofá que se ve más cómodo, y aún más preocupante, no recuerdo cuándo entré a esta casa. Tengo que confesar que carezco de voluntad para levantarme.

La aceptación.

Han pasado bastantes horas. Lo sé por lo árido de la boca y el dolor de espalda. Ya no discuto mi pérdida de voluntad. He decidido vivir pegado a este objeto. A estas alturas, su negación sería mi negación. A veces oigo pasos, pero ya no intento gritar. Simplemente acato el credo que he aprendido de los muros.

El propósito.

Han prendido las luces y puedo ver mis manos y las patas de la silla. Me siento tan ligero como las piedras debajo del agua. Debo decir que, a pesar de que mi condición sujeta a la condición de este asiento es mucho más tangible, me ha invadido una fortaleza que me permite reconocernos como cuerpos diferentes. También trato de pensar que no estoy sentado para intuir todas las posibilidades de mi forma.

Ahora siento como alguien se acerca. Está justo a unos pasos de mi espalda. Sin más, le preguntaré si sabe quién reafirma mi propósito. Recuerdo otra de las veces que pensé en esto. Quise cruzar la puerta de una casa sin saber quién era el que salía. Algo quedó dividido.



Marcus Groza

Versos encontrados en noticias de 2020

Tormenta de citoquinas

Belarús Brazil Burundi
afirman que los ataúdes están vacíos

Nicaragua Tanzania
y seguramente Estados Unidos
hicieron pruebas bajo seudónimos

la vaguada se mueve sobre la región
y contribuye a que se forme la tormenta

un ciclón extra tropical ha golpeado
a la siembra de frijoles milagrosos
y a las banderas a media asta por duelo

la baja de un Hectopascal por hora
ha estado comprometiendo los esfuerzos
contra los soldados del oscurantismo

los shoppings de la ciudad vuelven hoy
mientras patios de recreo siguen suspendidos
según los expertos el regreso será híbrido

Inmunidad de rebaño

si miras al Brazil
una etnia fuerte tiene éxito
en vencer a diferentes tipos de peste
bip bip bip suenan los respiradores

el Tribunal Superior recién
revocó la orden que ha suspendido
los decretos de flexibilización

si miras al Brazil
un vaso de leche es símbolo
de pureza e invasión
de hábitats de la vida salvaje

y para hablar de aflojamiento
todavía hace falta crear
condón para los abrazos
e inyecciones de sol y desinfectante

si miras al Brazil
bip bip bip suenan los respiradores

Pastos comunes

en esta convulsa semana epidemiológica
China alerta sobre nueva cepa de gripe porcina
una nube de langostas ha invadido
las áreas comunes de un condominio
con paso-destello por un Ministerio

las langostas comen pastizales
equivalentes a dos mil vacas
con el paro del personal de reparto
hoy están haciendo su propia comida
y posteando foto del plato en Instagram

en la convulsa semana epidemiológica
después de la compensación entre las tasas
de virulencia y transmisibilidad
los abrazos empiezan a ser alentados
la infección se ha considerado subóptima

Sujaila Miranda

Contacto con sana distancia: el oxímoron

Teresa es una mujer morena con el cabello rizado y recogido, usa una playera rosa y pantalones de mezclilla. La miro descansar sentada sobre su cama de masaje, frente al mar pacífico, en la playa de Acapulco Diamante. Saca gel antibacterial, lo unta en sus manos y coloca una toalla desechable sobre la almohada como si le estuviera poniendo el moño a un regalo. Un cubrebocas azul hace una barrera entre su nariz y la brisa del mar:

—Las personas quieren que yo traiga el cubrebocas, pero ellas luego no lo usan —me dice—. Se cuidan de mí pero no me cuidan.

A partir de que el SARS Cov 2 sacudió la forma en que las personas se relacionan, tener un sustento que dependa del contacto físico quizá sea la ironía más grande. Ahora todo es a la distancia.

Teresa Guadalupe Juárez Álvarez tiene cincuenta años, vive en la Unidad habitacional Coloso, Acapulco. Para llegar a la playa donde trabaja, Teresa hace un recorrido de treinta minutos en un colectivo. Me contó que su jornada laboral empieza a las diez de la mañana y termina a las siete de la noche, sin embargo, un día antes la vi trenzando a una chica joven a las ocho de la noche.

—A veces salen trabajos extras, entonces una debe aprovechar. No es seguro que al día siguiente haya trabajo. No importa que sea tarde, si sale un masaje o un peinado me quedo porque tengo la necesidad, y así me puedo llevar un poquito más.

Teresa ha trabajado durante trece años como masajista. Estrujando. Jalando. Apretando. Trece años tocando cuerpos de extrañas y extraños frente al mar.



Cuando llegué a Acapulco lo único que podía pensar era en los setecientos metros que debía caminar de la entrada del hotel hacia el mar. Lo hice y fue en ese momento en que vi a Teresa y a sus compañeras, estaban frente al mar. Tenían doce camas de masaje con sombrillas para amortiguar los arañazos del sol en sus cabezas, apenas estaban ocupadas siete de ellas. Teresa nos habló a mí y a mi amiga Kari:

—Hola, amigas, ¿no quieren que les dé un masaje?

Fui hacia ella y le pregunté el precio. Eran doscientos cincuenta pesos. Acepté y le dije que lo iba a tomar el jueves por la mañana.

En la pandemia el contacto ha quedado prohibido desde que se impulsó la campaña de *Susana Distancia* para aminorar el riesgo de contagio. La paranoia y el miedo al otre nos persigue. Para mí fue normal escuchar a Kari diciendo que le temía a Teresa y a sus manos de masajista. No quería que nadie la tocara. Ni siquiera entre nosotras había contacto, a pesar de que compartimos cuarto junto con otras cinco personas, entre ellas, mi mejor amigo Axel.

Seis meses antes del viaje a Acapulco, cuando el gobierno anunció que había una pandemia por Covid 19, mis abuelos y yo nos fuimos a su casa en Morelos. Y, aunque ambos son excelentes roomies y me la vivía abrazándoles y dándoles besos, no es suficiente ese contacto para toda una cuarentena. Yo quería que me tocaran. Que alguien me acariciara. Sin más remedio, durante el primer mes de encierro adquirí una de mis mejores compras: el SatyfyerPro2.

La necesidad de contacto se volvió mi obsesión. La opinión que tengo acerca de los encuentros sexuales en la pandemia no es estática, ha cambiado mucho y creo que no puede haber conclusiones generales. Al principio, mis *crushdistancing* colapsaban cada que salía a discusión el tema de si hacer o no un encuentro. Pasaba lo siguiente: mi ligue de cuarentena sugería vernos, yo me estresaba ante la imposibilidad e imprudencia de la propuesta y decidía mejor dejar morir el romance. Hubo momentos en que consideré coger con un amigo a quien le tenía confianza de sanidad (esa es la confianza a la que se aspira

en estos tiempos) Cuando se lo comenté a mi amiga Natalia, me preguntó:

—¿Cuántas ganas tienes de coger?

—Seis —respondí.

—¿Y cuántas ganas tienes de coger con él?

—Tres.

—Pues da un promedio de cuatro punto cinco, yo creo que no lo vale.

Covidiotas, así se nombró en redes sociales a las personas que salen a lugares a comer, asisten a fiestas, ven a sus parejas pero viven con familiares que son población en riesgo, o... salen de vacaciones. La invitación que me extendió Axel para ir a Acapulco no me pareció prudente, sin embargo, ya estaba harta de mi encierro e ir a la playa gratis fue una oportuna tentación.

Llegamos a Acapulco durante la semana en que acababa de pasar la ciudad a semáforo amarillo. Discutí con mis compañeros de cuarto antes de ir con Teresa para que me diera mi masaje. Axel me dijo que él no creía que era buena idea. Yo le contesté con un —Te disparo el tuyo—, él solo se rió. Desde niña tengo una gran afición por los masajes: cuando mis padres se divorciaron y yo tenía cuatro años, me llevaron con una terapeuta que daba masajes, cuando iba en la primaria, cada que íbamos a la playa tomaba uno o dos masajes durante el viaje; también he celebrado varios cumpleaños yendo a spas para que me den uno y así abandonen los músculos la carga de un año extra.

Siento las gotas del aceite tibias caer sobre mí. El estirar de mi piel desde los pies hasta la frente. Los dedos fornidos haciendo presión en mi cabeza mientras revuelven mi cabello. La masajista frota mi espalda de arriba abajo, de un lado a otro con el brazo. Las manos que aprietan mis nalgas sin erotismo y desencadenan el placer. Mi tranquilidad suspirando. El olor a menta, sudor y sal. Los masajes frente a la playa son un refugio en donde soy consciente de que vale la pena explorar cada centímetro de mi existencia. (El masaje no debe ser idealizado: todo puede arruinarse con unas inoportunas ganas de ir al baño).

Le pregunto a Teresa si hay envidias entre ella y sus compañeras.

—No, nos llevamos bien. El cliente es quien elige a cuál de nosotras quiere —dice. Con quien sí tiene problemas es con el hotel—. Estar parada durante cuarenta minutos, lavar pies y dar lo mejor de nosotras... Por doscientos cincuenta pesos, creo que es lo justo. Pero el hotel pierde clientela en su spa, donde les ponen música y aromaterapia, nosotras no hacemos eso. Nosotras tenemos la música del mar, lo más hermoso. La brisa y el arrullo del mar son únicos. Por eso el cliente nos prefiere.

Las autoridades del hotel las han querido mover de su lugar, pero ella y las demás masajistas forman parte de un sindicato de comerciantes, pagan mensualmente al gobierno para tener derecho de suelo, así que, legalmente, nadie las puede mover.

—¿Han subido tus gastos por los insumos sanitizantes?, pregunto.

—Sí.

—¿Pero el precio de tus masajes lo mantienes?

—Sí, es que si no se les hace muy caro a los clientes.

Ella toma todas las medidas de precaución para que sus clientes se sientan seguros al recibir su servicio, sin embargo la gente no tiene las mismas consideraciones con ella, muchas personas llegan a pedirle masajes y no traen puesto su cubrebocas. La jerarquización social en este contexto implica poner en peligro la vida de Teresa.

¿Cómo cuidar del otre? ¿Se pueden desarrollar medidas preventivas para poder tener contacto? Entre las relaciones afectivas, esto formula una discusión álgida: ¿Cómo podemos volver a tener encuentros sexuales sin morir o matar en el intento? No lo sé. Tampoco estoy segura si es posible. Me causa mucha ansiedad pensar que puedo poner a la otra persona en riesgo o me surge un sentimiento rencoroso y desconfiado de quien sugiere un encuentro sexual y tal parece que no atiende el hecho de que puedo poner en riesgo a mis seres queridos con quienes vivo.

Cualquier persona (que sea responsable con su vida y la de les demás) ya se la piensa dos veces antes de tener un

encuentro sexual con alguien nuevo. Mínimo habría que apalabrar con sus coronaloves si baja o no por los chescos. Arriesgar mi vida por una mala cogida es un dilema de humor negro.

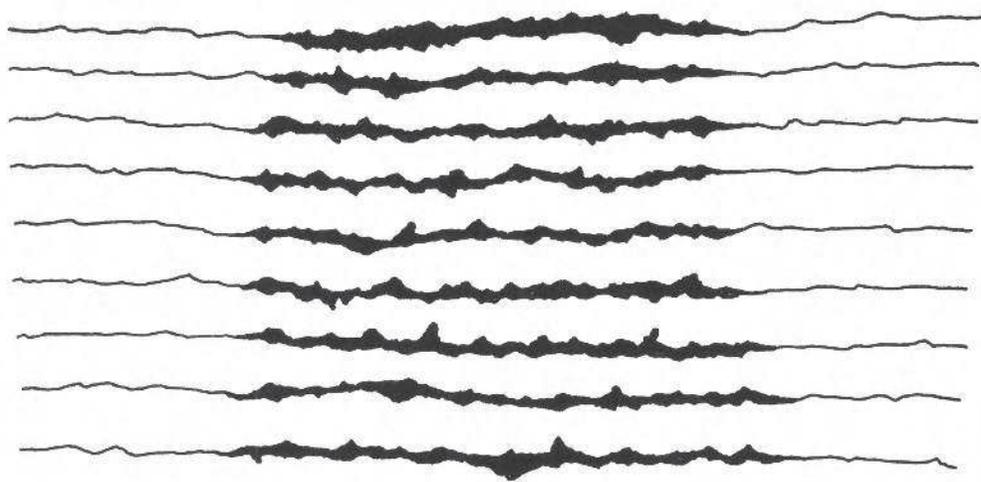
En pláticas con mi amiga Gabriela los proyectos visio-narios salen a flote: un tinder con reseñas de si sí coge bien o no y el contacto de tres personas para confirmar, algo así como cartas de recomendación en una app, el algoritmo te pondría en una situación de mayor ventaja si subieras el resultado reciente de una prueba que diera negativo a Covid 19. Y aún así, ni con una aplicación sacada de un episodio de Black Mirror. La realidad es que nada te asegura que el riesgo de contagio sea inexistente.

Existen pros. Como ya dije, tengo un nuevo juguete erótico. Hace poco una amiga me contó que su novio se enojó por haberse comprado un vibrador como el mío. Le dijo —ya no vas a querer coger conmigo—. Me impresionó que alguien pudiera sentirse desplazado por un SatisfyerPro2. Por otro lado, la autoexploración y la masturbación ha incrementado en este periodo de encierro y creo que eso se puede celebrar. Aun cuando haya novios frágiles por doquier.

Mientras yo suspiro por besos y caricias y me debato si vale la pena o no poner en peligro mi vida por sexo, a Teresa no le queda de otra más que exponerse. Día a día sale, se arriesga y sobrevive. Su economía, y no su estabilidad afectiva/emocional, depende del tacto.

Termina mi masaje y le pago a Teresa con un billete de quinientos —No tengo cambio, hoy no he ganado nada—, me dice, y me pregunta si no puedo conseguir el pago exacto. Le digo que no se preocupe, que le pago otro masaje para una mujer que ella vea cansada después de una jornada de comerciante en la playa. Ella me promete que se lo dará.

Una semana después recibo un mensaje suyo diciendo —Acabo de saldar mi deuda con una mujer de unos sesenta años, vendedora de collares y pareos. Sus pies estaban calientes e hinchados. Era muy flaquita. Quedó contenta con el masaje. Gracias.





Ana Chig

Todo es tan inútil

Hoy aquí todo tiene su propia luz,
el silencio que se diluye en las cornisas
perfila el contorno de vecinas edificaciones.
Un temor se esparce en la longitud de la noche.
La silueta de un hombre arrastra una cubierta,
nada se sabe de su parsimonia, de los desechos que acopia,
del pan duro oculto en el bolsillo,
maldice, balbucea desleído en etílica ceguera.

A veces uno se fraterna en los encuentros,
ve a los otros, los de siempre, los extraviados,
coincidentes en el paso y la mirada
en el terrible silencio emparentado en las aceras,
un simple impulso y se alejas, cruza
la calle en el impropio, acomoda
el cuello, se concentra...

La balanza de lo humano ha quedado sin soporte,
existe como una metáfora antigua y exclusiva.
Los espejos no muestran ya tu rostro,
eres estadística, masa moldeable,
cifra reptil expresada en la nómina cotidiana,
todo es tan inútil a esta hora,
como estas palabras ardiendo en el pensamiento
lo mismo que esa colilla asentada por algún extraño
en el margen de mi ventana.

Luis Miguel Purizaga Vértiz

Salir a la lluvia

*lo que crea problemas al hombre
no es la muerte sino saber de la muerte*

Norbert Elias

Las últimas dos semanas de marzo fueron una mezcla de negación e incredulidad. Aurora estuvo buscando reprogramar el vuelo de regreso al norte porque estaba convencida de que podrían salir de casa concluidos los quince días de cuarentena. Alberto pasaba horas sentado mirando las noticias como si de esa atención dependiera que en algún momento alguien en la pantalla dijera que la cuarentena había terminado. Evitaron salir lo más posible de casa y buscaron racionar la comida al máximo. Habían hecho el mercado justamente un día antes de que todo iniciara, y creían que bien podrían aguantar esas dos semanas sin salir.

Alberto había conversado con otros colegas suyos para ver cómo iban hacer para pagar el alquiler del consultorio. La renta se cancelaba los veintiocho de cada mes y muchos de ellos no tenían en claro si valía la pena pagar el mes completo o decirle al dueño que pagarían solo la mitad, porque nadie utilizaría los consultorios. Si hacían eso, el contrato de arrendamiento estipulaba una penalidad. A todos, incluido Alberto, les asaltaba la duda, ¿y si la cuarentena se extendía? Alberto cayó en cuenta que de ahí en adelante tendría que romperse la cabeza con preguntas parecidas, cada vez que quisiese tomar cualquier decisión a futuro. Esa noche, le dijo a Aurora mien-

tras miraba el techo del dormitorio, que hablaría con la dueña del departamento, para pagar solo medio mes de renta.

—¿Estás seguro?, mira bien si nos conviene porque es probable que te diga que en abril le pagues el equivalente a un mes y medio.

—¿Y si esto dura hasta abril?

—Que va a durar hasta abril oye, si ya dijeron que, si todos hacemos bien la cuarentena, esto acabará a fin de mes.

Alberto prefirió no responder, era tarde, estaba cansado y había sentido un tono vacilante en su esposa. Era como si al final, ella estuviese esperando que él le confirmase lo que decía. Sintió que sus ojos buscaban su mirada. Él prefirió seguir mirando el techo.

(...)

Faltando pocos días para que terminase marzo, Alberto y sus colegas habían decidido pagar en su totalidad la renta mensual de los consultorios. A Aurora le habían dicho que sus pasajes no podrían ser reprogramados hasta nuevo aviso. Alberto le había dicho que no se preocupara, que de seguro en abril le daban nuevas fechas de vuelo. No creía que podrían perder el dinero, ya que no era culpa de ellos, ni siquiera era culpa de la aerolínea. La culpa la tienen los chinos, dijo Aurora, que comen cochinas; la culpa la tiene la vida, dijo Alberto, que había comenzado a leer a los estoicos para no pasar tanto tiempo frente a la televisión.

El veintisiete salió el presidente en los canales de tv, comunicando que la cuarentena se extendía quince días más porque muchos no la estaban respetando. La gente es ignorante, dijo Aurora, a este paso nos vamos a ir a cuarentena todo abril. Alberto miró a su esposa de la misma manera que la miraba desde hace más de treinta años de casados, cada vez que ella reducía todo a la ignorancia de la gente. No creo que sea solo por eso, respondió. Hay mucha gente que está saliendo porque no le queda de otra, gente pobre. ¿Estás seguro?, replicó Aurora, ¿acaso no has visto a esos que salen a correr o a pasear al perro?, y no son gente pobre ah, viven en Miraflores,

son pitucos, ayer vi que salieron en las noticias. Alberto guardó silencio, su esposa tenía razón. ¿Por qué esa gente no se quedaba encerrada como ellos?, una respuesta le vino a la mente. Es que son jóvenes, le dijo. Si les da a ellos sería como una gripe fuerte. Si nos da a nosotros nos puede matar. Aurora lo miró con incredulidad.

Esa noche durmieron abrazados.

(...)

La primera semana de abril estuvo marcada por el incremento del número de infectados y muertos. Por primera vez, Alberto comenzó a sentir miedo por lo que se escuchaba cada vez más: la gente moría por complicaciones de enfermedades preexistentes. Aurora y él eran hipertensos, aunque ¿qué persona mayor de setenta años no lo era?, pensó Alberto.

Aurora, que en un inicio había preferido no estar al tanto de las noticias, comenzó a seguir las estadísticas por día, casi de forma obsesiva. En una libreta había dividido las hojas en dos columnas: en una apuntaba los números de contagiados y fallecidos, y en la otra lo que decía el presidente o alguno de los ministros. Deja eso, le dijo Alberto, vas a terminar alocándote. Aurora lo miró con desdén. Cada vez que hago algo que no te parece, me dices loca, respondió. Alberto agachó la cabeza; no es eso, es que esos números siempre van a ir creciendo, ¿qué sentido tiene llevar la cuenta? Yo quiero llevarla pues, quiero saber cuándo vamos a estar contagiados todos. Ambos rieron.

(...)

Guantes, mascarilla, gorras para evitar cogerse el cabello, casacas inmensas que les llegaban hasta las rodillas. Una vez que estuvieron listos, salieron a la calle.

El mercado estaba a unas seis cuadras que les parecieron larguísimas. Alberto caminaba mirando al suelo como si el evitar el contacto comenzase con evitar la mirada. Aurora iba cogida de su brazo cerciorándose de que la gente no estuviese tan cerca. En realidad, no había mucha gente en la calle. Su barrio se les hacía tan extraño y raro, con las calles vacías y la mayoría de los negocios cerrados. Luego de caminar dos

cuadras vieron un grupo de gente haciendo fila en la puerta de una panadería. Todos miraban al suelo, Aurora comentó que parecían presos esperando su ración diaria de comida.

Quizá hemos salido muy temprano, dijo Aurora, hay poquísima gente en la calle. Mejor así, replicó Alberto, si la idea es evitar cruzarse con tanta gente, qué mejor que salir cuando la mayoría todavía duerme ¿no?

En el mercado la escena se repitió: todos mirando al suelo y moviéndose de puesto en puesto rápidamente. Era claro que nadie quería estar ahí. Se dieron cuenta de que eran prácticamente los únicos viejos haciendo las compras. Alberto intentaba caminar más rápido, pero Aurora no podía seguirle el paso, el dolor de espalda había regresado desde hace unos días; Alberto le había estado frotando todas las noches para evitar que el dolor aumentase ya que ahora sería imposible llevarla a la terapia.

Cuando salieron, se percataron de que se había formado una cola inmensa que daba la vuelta a la manzana. Felizmente vinimos temprano, pero a este paso en los mercados van a terminar contagiándose todos, dijo Aurora. Vamos a ver cómo se organizan ahora para que la gente entre a comprar, indicó Alberto. Con lo que hemos comprado hoy podremos aguantar una semana y media más.

De regreso a casa se percataron de que ya había muchas personas en la calle, la mayoría llevaba coches de mercado aún vacíos. Era claro que a todos se les habían acabado las reservas de comida. Aurora se dio cuenta de algo: ¿te has fijado que la mayoría son mujeres?

(...)

Alberto lo veía venir. Ramiro lo llamó una mañana para comunicarle que iba a ser imposible seguir pagando el alquiler de consultorios.

—Lo siento doc, pero no tengo con qué; si el consultorio está cerrado no hay atención, y si no hay atención no hay ingresos.

—¿Y ahora de donde sacamos el monto que falta, Ramiro?, necesitamos tu parte para completar el mes.

—Lo siento doc, pero le adelanto de que Balbuena y Pelayo, están en las mismas.

Alberto se quedó mudo. Recordaba lo que le había costado encontrar esos consultorios en alquiler desde que dejó de trabajar en el hospital.

—¿Aló doc... aló?

—Sí, sí... sigo aquí Ramiro.

—Bueno doc, yo le quería avisar de una vez antes de que llegue mitad de mes.

Además, el dueño de los consultorios también nos ha dicho que necesita urgente el dinero, parece que uno de sus hijos se ha infectado ¿sabe?, el tipo está desesperado, parece que no ha encontrado cama en el hospital y han tenido que llevarlo a una clínica. A mí me preguntó si tenía algún conocido en el hospital para recomendarlo, ¿usted tiene alguno, doc?

—Pues no sé, Ramiro; déjame ver si puedo recordar a alguno que trabaje en UCI, creo que Paredes sigue como internista en el hospital ¿no?

—No doc, Paredes se fue a Iquitos hace un año; justo anteayer estuve conversando con él y me dijo que ya habían detectado unos cuantos casos por allá.

—Voy a ver entonces si recuerdo a otro conocido, no te preocupes yo hablo luego con el dueño, de paso que le digo que será difícil seguir con el alquiler.

—Cúidese mucho doc, saludos a su esposa, lo siento mucho de veras.

Cuando Alberto colgó el teléfono, Aurora salía de la cocina con un guiso de pollo humeante, preguntando quien había sido.

—Era Ramiro. Él y los demás no podrán seguir pagando su parte del arriendo de los consultorios, dijo Alberto resignado.

—Mira el lado positivo, replicó Aurora. Mientras dure la cuarentena no podrás atender a nadie, así que mejor no pagar por algo que no usarás.

Se sentaron a la mesa y comieron el guiso en silencio.

(...)

A inicios de mayo, Alberto había hecho todos los cálculos posibles y no tenía claro de dónde iba a sacar más dinero para vivir. Habían hecho un gran desembolso de dinero para reparar la vieja casa que tenían en el norte, y se habían quedado con los números en rojo. Era cierto que tenía una pensión, pero ésta solo alcanzaba para pagar el arriendo del departamento. La pensión de Aurora, que siempre había sido el monto para ahorrar cada mes, ahora estaba siendo usado para la comida y otras cosas de la casa. Era claro que si no tenían el ingreso económico que daba el consultorio, la situación se iba a complicar.

Una noche, Aurora comenzó a quejarse por el dolor de espalda. Había sido operada en la columna hace unos años y llevaba sesiones periódicas de rehabilitación como parte del tratamiento post operatorio. Desde que comenzó la cuarentena había sido imposible llevarla a sus sesiones. En las noches, Alberto le frotaba las zonas de dolor, con algunas cremas analgésicas. Esa noche, el malestar era insoportable. Aurora no pegó el ojo y al día siguiente el dolor era tan fuerte que la hacía llorar. Alberto comenzó a desesperarse.

Llamó al médico que había operado a Aurora. Este le comentó que había unos parches de calor que podían usarse en casos de emergencia. Alberto fue a la cama y abrazó a Aurora.

—Ahora vengo, voy a la farmacia.

—Ten cuidado por favor, no quiero que te contagies —y mientras lo decía, Aurora buscó la mano de Alberto y la apretó con fuerza—, no me quiero quedar sola. Los ojos de él se humedecieron.

—No seas tonta, regreso rápido.

Cuando salió, ya era de noche. El toque de queda iniciaba a las ocho, así que salió con un trapo blanco en el bolsillo por si algún policía o militar lo paraba en el camino. Comenzó a buscar alguna farmacia abierta. Fue a las más cercanas, pero estaban cerradas; derrotado se detuvo en medio de la calle a mirar a un lado y a otro, sin saber qué hacer, como esperando que sucediese algo, cualquier cosa. De pronto, sintió unas luces

de colores detrás suyo, al darse vuelta vio un patrullero que se acercaba lentamente a la vereda.

—Señor, estamos en cuarentena y son más de las ocho de la noche. Tiene que regresar a su casa.

—Disculpe, es que estoy buscando una farmacia por una emergencia de mi esposa —Alberto se llevó automáticamente la mano al bolsillo en donde guardaba el trapo blanco, aunque realmente sacarlo ya no tenía sentido—, soy médico.

El patrullero se detuvo. Dentro, los dos policías hablaban entre ellos y lo miraban de reojo. Alberto se dio cuenta de lo que pasaba.

—No se preocupen, no tengo COVID. Mi esposa está enferma de los huesos, tengo que comprar unos parches médicos.

En la oscuridad, Alberto creía distinguir cómo seguían discutiendo los dos policías. No sabía si caminar o seguir parado en medio de la vereda, hasta que del patrullero se escuchó una voz: súbase, hay una farmacia abierta a unas cuadras.

Cuando llegaron a la farmacia, ésta estaba a punto de cerrar. El policía que manejaba el patrullero sacó la cabeza por la ventanilla del auto y gritó: esperen, es una emergencia. A la par, Alberto bajaba apurado del auto y corría hacia la dependiente que ya estaba instalando una malla metálica en la puerta. Le explicó que era lo que necesitaba y mientras la mujer se perdía entre los anaqueles, Alberto rogaba de que tuviera los benditos parches. La mujer regreso al rato con una especie de sobres en la mano, le dijo el precio y se los alcanzó. Alberto los revisó y cerró los ojos aliviado, deme cinco, por favor.

Cuando se giró, el patrullero ya no estaba. Se dio cuenta cómo la poca luz que irradiaba la farmacia se iba diluyendo conforme la mujer iba cerrando el negocio y simulaba a un faro que se iba apagando en medio de la noche. No había autos, no había gente, nada. Se sintió cansado, solo e insignificante, en medio de todo ese universo de oscuridad. Empezó a caminar lentamente de regreso a casa.

(...)

Mientras miraba a Aurora dormir, la luz de la mañana se colaba a través de las cortinas. Alberto cayó entonces en cuenta de que no había pegado el ojo en toda la noche. Después de aplicarle los parches, ella se había quedado dormida boca abajo mientras él se la había pasado sentado en una silla al lado de la cama. No había podido dejar de pensar de donde sacaría el dinero para comprar más parches médicos. Se levantó de la silla y fue a la cocina, mientras oía la respiración entrecortada de Aurora.

Se sirvió un poco de café y mientras lo revolvió con la cuchara se quedó mirando un punto fijo en la pared. Amanecía y solo se escuchaba el sonido de las agujas del reloj. Cuando dejó de darle vueltas a la cuchara se descubrió a sí mismo llorando. No eran lágrimas de dolor, ni de autocompasión, eran de impotencia. De saber de qué la muerte estaba ahí afuera esperándolos y a nadie le importaba. Mientras apretaba los puños, cubrió su rostro con sus brazos y los apoyó en la mesa. Aurora no podía escucharlo llorar.

(...)

Alberto despertó asustado. Miró el reloj y era casi mediodía; se levantó y fue hacia el dormitorio. Aurora seguía durmiendo y él suspiró aliviado. Mientras se dirigía a la sala, su teléfono celular sonó. Del otro lado de la línea lo saludó un paciente pidiendo una consulta. Alberto le dijo que veía imposible la atención porque en plena cuarentena no podría atender en el consultorio. Por un momento se vio tentado de contarle de que ya no tendría consultorio en donde atender, pero prefirió no decir nada.

—Pero doctor, me puede atender por videollamada. Necesito conversar con usted, me siento muy mal, necesito que me escuche.

—¿Por videollamada?, preguntó Alberto, mientras recordaba aquella vez cuando Ramiro y los otros médicos jóvenes del consultorio le enseñaban a usar su smartphone.

—Sí doctor, videollamada. Yo le deposito el costo de la consulta a su cuenta.

De sus labios salió un “sí” casi de forma automática. Luego de indicarle los honorarios, el paciente le dijo que lo llamaría luego de hacer el depósito y le mandaría una foto de la transferencia. Alberto no sabía muy bien cómo funcionaba aquello, pero luego le podría preguntar a Ramiro. Al parecer, se podían hacer muchas cosas desde un celular.

Al momento de colgar, Aurora salió del dormitorio. Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que tenía una especie de sonrisa en el rostro.

—¿Qué pasó? ¿Por qué esa cara? —le dijo sonriendo también.

—Es que tendré una consulta dentro de un rato.

—¿Una consulta?, ¿Cómo así? Ni creas que te voy a dejar salir de acá.

—Ven siéntate que te cuento— Alberto la miró con ternura. Y mientras Aurora se acomodaba a su lado y lo rodeaba por la cintura, comenzó a pensar que, si durante todo este viaje se habían tenido el uno al otro; no iba a permitir que nada les arruinase el desenlace.



I WORK
HARD,
PLAY
HARD!

(Gracias a Dios hay para la papita...)

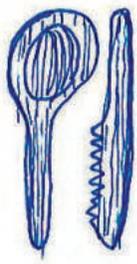


DIARIO
(Algo intermitente)



Medias
que poco/nada

COMBINAN.



"El PAÍO no ESTABA para CUEHAÑAS, pero nos heriamos a punta de CUCHILLITO de PAÍO!"



MEDI-
TACION

Bebidas
Calientes

FAN
CLUB



Lxs que volvieron por ABURRIMIENTO.



CUMPLEAÑOS
27!
Un chocorramilo con un fofofo.



LA VEZ que encontré a un no chefillo en la cocina

¡¡NO es nada más que un ratón, UN RATÓN! ¡¡

Y otros cumpleaños con PANQUE.



CHIA
(sin Agua)
4 o 5 VECES.



Yo vi una ARAÑA con pelos. En el Alar de mi cara

En el Alar no, pero sí en el baño.

[LOS BALDOS NUNCA SOBTRAN]

SERÍAN:

169 DÍAS de

CUARE



FINALMENTE
Entregar el PORTAFOLIO y GRADUAME.

(Olvio por correspondencia).



LAS MIL y UN (temas)
REPARACIONES



MINI ATAQUES de PANIC con cada salida y anuncio de Aparthra.



- 10 pds
- N₁
- A₁
- S₁



(gracias Amigrs)

INTERCAMBIAR
CARTAS Y
CORRESPONDENCIA.



NO TUVE PORQUE de cumpleaños pero si de todo.

con los Amigrs de Bogotá Dibujada hice UN LIVE hablando de DIBUJITOS, CHUECOS

- T₁
- A₁



MIS PAPÁS de las REDES SOCIALES

Muy chéveres las videollamadas, pero dejenme ~~hacer~~ sólo las llamadas #Hatersgonnaflate

zoom				v
PR	MR	VR	MC	
AB	CC	SR	GB	
OP	AP	AR	JV	
↓				

clases
VIRTUALES

B
A
N
D
O
L
A



la 4ta se reventó pero después de 3 1/2 meses ya pude cambiar

- L₁
- G₂



Mi torpeza estropeó el celular que tenía.



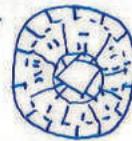
DE LAS SOPITAS.
Perfeccionando el Arte de Palar Papas.



"NUEVA NORMALIDAD"

Asamblea virtual. 😊

RULO de CARTA NATAL



Gracias Sandrine!
v

- I₁
- A₁

NTENA

[EL 2020
[SI NOS SORPRENIO]



Alejandro Badillo

El gigante

No sabemos cómo llegamos aquí. Vivimos codo con codo, en filas apretadas y rectas. En algún momento, suponemos, tuvo que existir un origen. Sin embargo, creemos que es tan remoto que no hay ninguna señal, ningún rastro que nos lleve a alguna historia. Nadie ha esbozado alguna teoría creíble. Apenas balbuceos o divagaciones que se diluyen en nuestros cuerpos hacinados en este cuarto. Estamos aquí desde que existimos. A lo mejor éramos, antes de tener conciencia, luces apagadas. Éramos un brillo apenas, una lumbre que no mengua y que busca, por su misma naturaleza, algún contagio. Y de repente uno de nosotros se encendió, abrió los ojos, y el que estaba a un lado comenzó a parpadear y a hacerse una idea de lo que era y de dónde estaba. Otro despertó junto a ellos y, sin poder hacer nada más, miró hacia el frente, justo para encontrarse a uno como él, muy similar en complexión y en tamaño. No pudo investigar más porque le daba la espalda. Adivinó que el extraño tenía vida (quizás por el leve estremecimiento que surgió en los hombros) y le supuso rasgos parecidos a los suyos. Después, miró a los lados: una larga fila de hombres, calvos y de mediana edad, se extendía hasta perderse en la oscura orilla del cuarto. Había varias filas; todas conservaban el orden y estaban apretujadas hasta el límite de la asfixia. Todos sus integrantes, sin excepción, miraban al frente. Sin una idea clara de su apariencia, sólo pudieron pensar en su rostro como un concepto, apenas preciso, como las imágenes que restan después del sueño. Quizás, uno de aquellos, uno de los primeros que despertaron, intentó huir del cuarto, pero pronto se dio cuenta de que no podía dar un solo paso. Estamos tan apretados que sólo pode-

mos mover un poco la cabeza y el torso. Cualquier intento de escape lastima al otro y, además, consume una cantidad considerable de energía. Cada uno es obstáculo de los que lo rodean. Alguno ha aventurado que nuestra existencia es una operación matemática, quizás calculada durante mucho tiempo, en la cual cada elemento es imprescindible. Si alguien falta este universo se destruye y por eso estamos aquí, uniformes, mirando hacia el frente como un batallón inmóvil. Nuestra condena es mirar la espalda del otro que, a su vez, repite el mismo destino con el cuerpo de alguien más. Suponemos que, los que están al frente, sólo pueden contemplar el límite de la pared y ese mundo es lo único que conocen. Como los soldados que están en la vanguardia de una guerra absurda, sufren accesos de soledad o de silenciosa locura. Quizás intuyen la presencia de los que estamos atrás, confirmada de cuando en cuando por algún carraspeo o un aliento que se desboca y deja un eco. Se asumen como una formación rocosa que enfrenta la violencia contenida del mar y que está sumida en un letargo complaciente, acaso reflexivo, y carente de cualquier voluntad. Sin necesidad de comer o de realizar otra función corporal más que respirar y tener conciencia de nosotros mismos, esperamos que los primeros de la fila comiencen a mostrar los signos de una erosión lenta y progresiva. Tal vez, en algún momento, alguien se desvanecerá entre nosotros, como una vela que comienza su declive por falta de aire, y la reacción en cadena hará que regresemos al punto de inicio: un montón de cuerpos en fila; objetos estancados en lo profundo, viviendo en el légamo oscuro. Mientras tanto sólo podemos estar de pie, sin cansarnos, apoyando el peso de nuestros cuerpos en los otros. Conocemos hasta el mínimo detalle la espalda del que está enfrente. La parte posterior de su cabeza es un planeta revisitado miles de veces, una superficie en la que podemos soñar aunque nuestros sueños, cuando ocurren, son réplicas exactas de nuestro mundo: filas y filas de hombres; cuerpos sosegados y uniformes; gestos repetidos en otros gestos. En esos sueños también ignoramos la diferencia entre el día y la noche. Tampoco sabemos el lugar que ocupa

el cuarto en el universo. Por eso en ocasiones no queremos dormir y enfrentamos, con ojos muy abiertos, el persistente horizonte de cabezas, como si fuera la línea de la costa, siempre invariable; una imagen que se repite mil veces hasta formar una sola evocación, un punto fijo en la marea.

Con el tiempo descubrimos que hay algunos más altos entre nosotros. La diferencia no es muy grande, pero suficiente para que destaquen. Desde su posición pueden contemplar el gran campo de cabezas. Ellos, de alguna forma, comprueban las pequeñas variaciones que existen entre los integrantes de las filas. Quizás las orejas, el perfil de la mandíbula, la forma de la nariz. Ellos, a quienes llamamos “los vigías”, nos han contado detalles importantes del cuarto: dicen que las paredes están pintadas de color amarillo y que es un cuadrado perfecto. También dicen que no hay puertas y ventanas, y que, justo en el centro, existe un foco apagado. Algunos, los más cercanos a esta área, han podido comprobar esta afirmación. Dicen que el foco apenas destaca en la penumbra y que despidе un destello inocuo y aún perceptible. Y nosotros llevamos la idea más allá e imaginamos una voz que nos confunde desde lo alto, un elemento que nos conmina al silencio cuando nuestras voces establecen intercambios demasiado extensos. Hay algunos que hablan dormidos y sus historias bullen en el cuarto: refieren que el filamento del foco es un insecto detenido en el tiempo cuyas alas, algún día, volverán a vibrar. Mientras tanto espera como nosotros. Espera oculto en la hendidura, en el filo congelado que marca el centro de su cárcel traslúcida. Y podría ser, en efecto, una hendidura, pero también la marca que deja una hoja cuando cae en la arena o la línea que perturba el agua mientras pasa un barco.

Uno de los misterios que más nos intrigan es la fuente de luz que nutre la penumbra del cuarto. Si no hay entrada ni salida deberíamos estar en una oscuridad total. Quizás emitimos, sin saberlo, un débil resplandor. Quizás nuestras respiraciones producen reacciones químicas en el ambiente entumecido. La penumbra parece ir y venir, alimentada por el movimiento de nuestros pulmones. Cuando está a punto de

desaparecer un nuevo hálito le imprime fuerza y la oscuridad vuelve a su condición de crepúsculo. Otro enigma es el origen del aire que circula y que evita la corrupción de la atmósfera. Quizás las paredes que nos rodean son una frontera maleable y por ahí ingresan elementos extraños: volutas de polvo, el nervio de algo vivo que desaparece cuando lo miramos. Por esta razón creemos que hay una realidad distinta afuera del cuarto. Estamos atentos a las probables señales que llegan a nuestro mundo. Pero después de un tiempo nos aburrimos, perdemos la concentración y volvemos a enfocarnos en nuestros cuerpos. Hemos pensado tantas veces en ellos que deseamos, a toda costa, olvidar que tenemos brazos, manos y piernas. Hasta el filo redondeado de las uñas se vuelve, de pronto, intolerable. Por eso intentamos evadirnos aunque sea un ejercicio imposible. Sólo nos queda matizar nuestras sensaciones y llevarlas a escenarios lejanos. Jugamos a desprendernos de nuestros cuerpos hasta lograr un leve entumecimiento y, de pronto, somos almas flotando, globos aún sujetados por la mano de un niño. Y dan ganas de reír por la idea. Sería un buen experimento: todos riendo en nuestros lugares, como una vibración inútil pero que nos reconcilia, por un instante, con nuestro destino. De alguna manera esa risa lejana, aún posible, puede romper el equilibrio del cuarto. Por eso nos contenemos, apretamos los labios y proseguimos la irrevocable tarea de existir. Como revancha, como un absurdo ajuste de cuentas, acrecentamos nuestros murmullos, pensamos en nuestras voces y elaboramos teorías aún más alucinadas: el cuarto es un lenguaje secreto y nosotros su alfabeto. La curvatura del foco es la frontera de un territorio nuevo, un planeta diminuto en el que viven otros como nosotros. Ahí están, mirando el vacío sin descubrirnos, elaborando una cartografía de la penumbra que contemplan y que da forma a su firmamento. Y quizás algún día ambos mundos se conecten. Cuando esto suceda habrá un fognazo de luz y, al término del evento, seguiremos aquí, tratando de recolectar cualquier huella, buscando cualquier brillo para ocupar con algo nuestra memoria.

A veces sentimos que formamos parte de algo más grande, que somos los engranajes de un enorme e indiscifrable mecanismo. Quizás, mientras permanecemos inmóviles, ocurre una secreta transformación: nuestras células interactúan, nuestras mentes se reúnen en un solo camino. Tarde o temprano nuestros latidos serán iguales. Los pensamientos serán raíces que se entrelazan y que prosperan en la tibia órbita del cuarto. Uno de los vigías nos dijo que somos fragmentos de un gigante que, algún día, despertará. Cada uno de nosotros, continuó, es una parte de él: acaso la palma de una mano poderosa, las líneas de su rostro que brotan y le confieren una vaga identidad mientras duerme. Por ahora sueña a través de nosotros, pero algún día tendrá control sobre todos sus miembros y emergerá de su molicie, como una figura que se libera de su sombra. Cuando llegue ese momento, el foco se prenderá y recordará un ojo que vuelve de su oscuridad para derrotar a la ceguera. El gigante comenzará a parpadear con lentitud, y a lo lejos alguien pensará en un faro que manda señales confusas, en la luna intermitente por el paso de las nubes. Con dificultad se apoyará en sus piernas y mirará con su única luz todo lo que lo rodea. Insatisfecho, se levantará por completo mientras el techo del cuarto se hace pedazos y las paredes amarillas se estremecen y se derrumban. El cuarto en el que vivimos será una serie de fragmentos, elementos desvinculados, huyendo de su centro como los restos de una explosión estelar. El gigante, nutrido por la luz del sol, sentirá a plenitud cada parte de su cuerpo. Después, convencido de su propia fuerza, saldrá a conquistar el mundo.

Melissa Spencer

WINNING

2

0

2

0

B

Believe in science, the safety of solitude. Buy local. Balance life over work, respect over discord, country over party. Back off perfection and how things used to be - until they are again.

I

Investigate your media, your president, your conscience. Improvise an office, a relationship, a year, a life. Institute new experiences, virtual gatherings, and local tourism. Invest in toilet paper, anti-vials and Amazon.

N

Navigate the New Normal. Nurse It like It is no worse than the flu, until It is. Much worse than the flu. Nab you a nap In the middle of a workday, then Netflix. Netflix. Netflix.

G

Get together - 6 ft apart! Get a mask on. Get the vote out. GrubHub, UberEats, DoorDash, repeat. Grow something, anything! A tomato. Your hair. Patience. A pair! Give grace; we are all in this together.

O

Order on-line. Everything. Online. Operate a multi-national corporation In PJs. Organize your tribe - virtual happy hour, birthday, anniversary, funeral. Oversee homeschool. Hell! Oversee an entire home school district, K-PhD. Be the teacher, sub, principal, lunch lady, school nurse, coach and superintendent. Oh, my darling! You've got this!

Corina H. Reyes

Duelo constante

El temor de perder a quienes amamos mientras estamos ausentes es lo más difícil de ser migrante, creo, pero estoy abierta a otras ideas. Desde hace cuatro años vivo con un sentimiento que se convirtió en dolor crónico: la preocupación de que algo le ocurriera a mi madre, en México, mientras estoy en Noruega. Cuando la vida va bien, la envidio porque todo pasa en aquel país: amistad, comida buena, arte, música, colores, el Día de muertos. Aunque con frecuencia leo sobre desgracias que me recuerdan el tipo de país que también es México. Entonces siento las palpitaciones, la angustia y las ganas de llorar porque mi madre está sola en un lugar donde el feminicidio es cotidiano. El crimen constante y los adultos mayores son uno de los grupos más vulnerables a cualquier tipo de abuso y discriminación.

En septiembre de 2017, cuando ocurrió el sismo en la Ciudad de México, fue relativamente fácil averiguar que mi madre estaba bien y yo tenía la seguridad de que podría valerme de una pequeña red de apoyo, entre los pocos amigos que me quedan allá, para ayudarla.

El lujo de la red de apoyo desapareció con la pandemia.

Desde el 1 de abril de 2020, el gobierno mexicano aceptó que el confinamiento era una medida impostergable y comencé a enviar a mi madre mensajes con la frecuencia que dictaba mi ansiedad. Desde ese día, dejé de seguir las gráficas de contagios y fallecimientos locales y me concentré en las de México. Poco a poco me fabriqué un túnel mental para evadir lo que ocurría en Oslo, en Noruega, en la región, y puse todas mis energías en habitar mental y emocionalmente en México. Lo que pasaba en el territorio que corporalmente habitaba lo

dejé a cargo de mi marido y confíe en que si algo empeoraba o el confinamiento se endurecía, él me lo anunciaría.

Antes de la pandemia, además de mensajes y videollamadas, contaba con mi mejor amiga para ser mis ojos en el terreno. Ella procuraba convivir con mi madre algunas veces y estar al pendiente de algunos asuntos lo cual me daba tranquilidad, porque en el fondo también tengo miedo de que mi madre me oculte cuando algo va muy mal.

Esto me ha llevado a pensar en que una posible ética de los cuidados a distancia exige la honestidad absoluta sobre el estado de quienes integran la relación afectiva, porque de otro modo todo se convierte en una telenovela donde los protagonistas ocultan hechos con la intención de mantener el bienestar mutuo. Sabemos que esto siempre provoca malentendidos y dramas. Mi mejor amiga sería mi personaje clave para descubrir si mi madre me ocultaba una enfermedad grave, un asalto o eventos terribles que en mi cabeza no dejaban de ocurrir.

A la angustia se sumó la desorientación de vivir la pandemia de modos tan diferentes. El gobierno noruego ordenó a la ciudadanía quedarse en casa un 12 de marzo de 2020, pero ni mi marido ni yo fuimos incluidos en la medida. A él, experto en tecnología, se le llamó “trabajador esencial para la sociedad” y a mí, asistente educativa, personal de apoyo. Durante las seis semanas que cesaron las clases presenciales, usé diariamente el transporte público para llegar a la escuela donde trabajo y esperar a que llegasen los hijos de otros trabajadores esenciales como personal médico, militares, encargados de servicios urbanos, entre otros. Mi tarea, de alguna manera, era esperar a que todo empeorara, a que los adultos a cargo contuvieran el colapso de la sociedad. No pasó, no esa primavera.

Las clases presenciales se reanudaron en mayo y el número de contagios, hospitalizaciones y decesos siempre estuvo muy lejos de las cifras del resto del mundo.

Entre marzo y junio, noté que era de las pocas personas a mi alrededor que usaba guantes y cubrebocas en exteriores, porque eso era lo que me recomendaba mi madre para quienes debían salir a trabajar, según lo que se vivía en México. Aunque

el lavado de manos y el uso de gel antibacterial era común también aquí, el uso de cubrebocas en espacios públicos se implementó como medida pública en Noruega hasta septiembre de 2020. La sana distancia era otra disposición popular en México que me resultaba extraña. Por un lado, porque trabajar con niños implica estar cerca de ellos cuando se lastiman, necesitan hablar o hay conflictos entre ellos; por otro lado, porque parte de mi adaptación cultural en Noruega ha exigido mantenerme a un metro o más de distancia de cualquier persona extraña.

Mi madre me enviaba por Whatsapp información sobre medidas para evitar el contagio del virus, pero desde mi perspectiva tenían poco sentido en una ciudad donde cafés y librerías nunca cerraron, donde los parques se mantuvieron llenos los días soleados. Sabía que había personas enfermas, pero los hospitales nunca estuvieron a reventar. En mi cabeza había dudas sobre la realidad: ¿yo habitaba en un país inventado?, ¿lo que estaba ocurriendo afuera era demasiado grave para ser verdad?

Compartía el miedo de cualquier habitante de México porque seguía las conferencias del gobierno de allá, pero mi vida cotidiana se conducía de manera casi relajada. Cuando llegó el verano, mucha gente vacacionó, no como cualquier año con vuelos a Asia o al Caribe, pero sí dentro del país. La vida parecía continuar sin muchos contratiempos y llegué a pensar que si me contagiara por lo menos dispondría de un sistema de salud con personal y equipo disponible.

En esos días, desde México se ofrecían numerosos talleres y eventos virtuales de escritura, dibujo, creatividad y otras áreas de mi interés, que tomé a pesar de las siete horas de diferencia. Cada uno era una oportunidad de oro para reintegrarme al país, para usar la lengua con la que pienso con fluidez, después de años de sentirme extraña e incompetente en un idioma ajeno.

Cuando se me estaba olvidando la angustia, mi madre me informó de la muerte de mi abuela. Sus hermanos y una de mis primas acudieron a acompañarla en su duelo, pero yo no podía viajar. Tampoco podía pedirle a mi mejor amiga que la

acompañara en mi nombre, que la consolara y la abrazara. Yo me quedé sin mi única abuela querida, pero de ninguna manera podía sentir, ver, escuchar lo que mi madre estaba viviendo con esa pérdida. No hay tecnología en el mundo que permita compartir el dolor, hacer que cada usuario de un chat cargue con un poco de sufrimiento y entonces hacerlo menos pesado. No podía hacer nada desde donde estoy e incluso viajar de emergencia era, en realidad, llegar muy tarde. Mi madre tampoco me iba a dejar ver todo lo que estaba viviendo.

Yo tampoco estaba siendo honesta. El cambio casi diario del semáforo de riesgo epidemiológico para las escuelas tenía al personal y alumnado desgastados. Lo normal era haberse hecho la prueba de detección del virus más diez veces; entrar y salir de cuarentenas que duraban tres días y andar por la vida mirando agresivamente a cualquiera que tosiera o estornudara en un supermercado.

El cuerpo me reclamó la doble vida que llevaba por zoom y a los desvelos se le sumó la tristeza, el sentimiento de ser inútil para los hechos importantes estando tan lejos. Me enojé con la virgen a la que le había estado rezando porque no cumplió con eso de mantener segura a mi madre. Tuve que dejar de lado mis rabiets de creyente de ocasión porque en cuestión de semanas mi abuelo siguió a su esposa y mi madre quedó huérfana. Mi juego absurdo de pretender que estaba en México se terminó.

En octubre, la variable Delta del virus cerró definitivamente las fronteras. Si me hubiera ido, sé que habría puesto a mucha gente en riesgo y probablemente no habría podido volver hasta muchos meses después. También habría perdido mi empleo y seguramente mi visa hubiera estado en riesgo. Fue una época en la que uno podía recibir multas por tener visitas de amigos en el domicilio o incurrir en cualquier conducta que pudiera provocar contagios.

Ir o quedarme sonaban igual de mal. Mi madre fue quien tomó la decisión por mí y me exigió no viajar, pues eso era también darle su lugar, reconocerla como persona capaz de mantenerse entera y encontrar consuelo sola como lo había hecho antes. Si me

necesitara me lo haría saber. Se trataba también de recordar su vida profesional como enfermera y reconocer que sabía mucho más que yo de duelos, prudencia y salud pública. No era momento de hacer un viaje que pusiera en riesgo a más personas.

En Youtube encontré calma y sabiduría, específicamente en una malhumorada Mariana Enriquez, quien en una entrevista a propósito de la pandemia insistió en que no es justo pedirle a quienes escriben que calmen la angustia ajena. Mientras decía que esto es imposible porque todos estamos “duelando la vida anterior” con una argumentación envidiable, se le ve perder la paciencia. He visto esa entrevista tantas veces, me gusta ver a esa mujer que admiro tanto en un estado impresentable para los estándares de la antigua vida presencial. No oculta lo mal que la pasa y creo que es justo que nadie lo haga más. Se toca la cara con desesperación, agita las manos con hartazgo como tratando de que la entrevistadora se esfume y dice a tenor de un ensayo que escribió sobre la pandemia: “[..]me estás pidiendo racionalidad, me estás pidiendo concentración y yo hace un mes que me estoy portando como una loca [...]”.

Ni mis rutinas, mi cambio de fe, ni mi ética del cuidado a distancia funcionaron al final y el caos de afuera llegó cuando el confinamiento nos alcanzó y Noruega se cerró casi por nueve meses. Las variantes del virus lo hicieron parecer invencible y finalmente le temí. Mi respuesta fue soltar el control de todo, vivir al día, sin planes ni expectativa de nada, esperando que mi madre me responda los mensajes cuando tenga tiempo y le dé la cabeza, no cuando mi miedo requiera un mensaje de esperanza. Ya tiene una bastante consigo misma.

Authors / autores



Ana Chig (Los Mochis, México, 1974) es poeta, editora y promotora cultural. Dirige Nódulo Ediciones. En 2015 y 2016 formó parte del jurado para el Premio Nacional de Poesía Tijuana, del Instituto Municipal de Arte y Cultura. Actualmente colabora como encargada académica en la Casa de la Cultura Playas de Tijuana del IMAC. Su obra aparece publicada en antologías, revistas y medios electrónicos.

Alejandro Badillo (Ciudad de México, 1977) es autor de *El clan de los estetas* (Universidad Veracruzana, ganador del Premio Nacional de Narrativa Mariano Azuela) y *Por una cabeza* (Ficticia Editorial/UAN, ganador del Premio Nacional de Novela Breve Amado Nervo).

Marcelo Medone (Buenos Aires, 1961). Poeta, narrador y guionista multipremiado. Ha publicado en libros y revistas de más de 40 países. Ganador del Premio Internacional de Cuento 2021 de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, Filial Indiana, por *La súbita impuntualidad del hombre del saco a rayas llamado Waldemar*. Reside en San Fernando, en las afueras de Buenos Aires.

Maira Colín (Ciudad de México, 1978). Fue becaria del Fondo para la Cultura y las Artes (FONCA) en el género de novela. Ha publicado los libros *Atrapados en la red* (Selector, 2010), *El secreto de los animales* (Matrushka, 2013), *Salida de Emergencia* (La Cifra Editorial, 2016), *Mentí cuando te dije que seríamos felices para siempre* (Bonobos Editores, 2018) e *Indóviles* (UAEM, 2020). Es candidata al doctorado en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana.

Carlos Alberto Román (San Nicolás de los Garza, México). Ganador del Premio Nuevo León de Literatura 2019 por el libro *Absurdos cuentos intelectuales*.

Andrés Piña (Ciudad de México, 1989). Colabora con el medio Apuntes de Rabona. Tiene tres libros publicados y ha traducido

a James Joyce, William Carlos Williams y Lawrence Ferlinghetti, entre otros, para la Editorial Buenos Aires Poetry. Actualmente, escribe poesía en judeoespañol y está en proceso de titulación de la Maestría de Filosofía Social en la Universidad La Salle, Ciudad de México.

Melisa Spencer (Atlanta, USA) is a graduate student in the UTEP Online MFA Creative Writing Program. When she is not sheltering in place at home in North Texas, Melisa spends most of her time traveling to visit friends and family scattered across the globe.

Marcus Groza (Curralzinho do Anirão, Brasil, 1984). Escritor, dramaturgo e investigador. Autor de los libros *Uma pedra em cima disso* y *Milésima demão nas paredes de estar perdido*, así como de las dramaturgias *No orines en el piso* y *Tambor de cuero vivo*, entre otras. Su ensayo *Hacia una poética del olvido* fue traducido al español y publicado en el libro *Olvidar - Brumaria Works # 9* (Madrid, 2018).

Sujaila Abigail Miranda Moreno es escritora feminista. Fue ponente en la XI y X Semana Árabe en México. Ha publicado en el suplemento cultural de la revista Siempre! y en la revista Punto de Partida.

Alan Valdez (Chihuahua, México, 1992). Ha publicado en revistas como Tierra Adentro, Punto de Partida y Punto en Línea. Ganador del Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2020 por su libro *La pérdida de la voluntad en el agua*. Actualmente es becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA).

Luis Miguel Purizaga Vértiz (Lima, 1983). Abogado y sociólogo con un Magister en Ciencia Política. Es codirector de Punto Cardinal Editores e investigador en el Instituto de Defensa Legal. Mientras nadie le pague por leer literatura y escribir narrativa, tendrá que seguir dedicándose a las ciencias sociales y al derecho.

Corina H. Reyes (Ciudad de México, 1985). Escribe poesía, ensayos y relatos fantásticos. Toda su formación literaria ocurre en talleres en línea. Desde 2017 vive en Noruega, donde trabaja como asistente educativa en una primaria. Estudió la licenciatura en Relaciones Internacionales en el Tecnológico de Monterrey, Campus Ciudad de México.

ENTRENANDO
EN
"CASA"







Cuando digo futuro

Aprendimos a emular el mundo exterior en la pantalla. Por eso, cuando nos fue devuelto el porvenir, estábamos experiencialmente ciegos y con los músculos atrofiados. Tuvimos que readaptarnos, acostumbrar a nuestros cerebros a los nuevos estímulos. En ese camino andamos, entre decidir qué de lo viejo aún perdura y qué habrá que construir desde cero.

Pero, ¿qué importa?

Hay futuro.

José Oseguera

with(in) the (in)between

My son is starting to recognize faces and mistrust those he doesn't. He can tell the contrast between lights on and off —black and white— but not when I do things for him out of love rather than responsibility —duty as opposed to delectation— or when I do what I don't want to and I do it anyway because he, and everything that came with him, is woven to my bones tighter than sinew.

He hasn't learned to tell time yet, and I've forgotten everything I knew about it: it is suspended, no longer a thing I can spend or waste or use wisely or otherwise; it is perfectly divided into the time I'm with him, and the time that I'm not; the moments when I get to be his dad and when I'm just any other man.

His hazel eyes stare at me as if he knew who I was or where I've been or how many scores it took for me to be here with him; they try to dissect the cipher of nonsense dispelled from wry lips that smell of stale green tea —metallic and forgotten— asking questions more mysterious than his life —when suddenly a syndrome could confiscate him at any moment— or his birth —with all its miscarriage scares— or his death —unknown yet almost foreseen.

His fontanel billows when he smiles —a water drum pot percussed by an invisible drummer— which, at 3 months, isn't often. The thin membrane inflates as if his heart was too big for his tiny body or his soul —too wild for this world— were trying to escape out of his strawberry-fuzzed crest.

They say that a little bit of your soul leaves the body every time you laugh. Thankfully, nothing I've contorted my facial muscles into has made him that happy: his soul is intact, unwasted, one way in, one way out. He is a treasure so dear I've still to appreciate its full worth.

His chest locks up when his temper shrieks awry. It's all part of a nightly game we play called bedtime or, pin the baby on the crib mattress: a challenge of wits, a race to see who can get to the end of theirs last; it's a lot like chess, a pawn and a king with no black or white squares left in between, each with one move to make, both weak— one dispensable, one defensible. It's still early in the game: it's his move and, without admitting defeat, I'm pretty sure that I'm the pawn, so I try not to keep track of the score.

As twilight shows how this sweet corrosion begins to be complete

Eavan Boland

She lays him down in his crib with a formulated bottle
of warmth and milk and an Ave Maria
to whatever makes him climb the bars, after the milk is gone,
and stand up as soon as she checks the baby cam.

We pick him up and place him in his walker,
he runs unhindered as if on the surface of the moon:
one small step for little man,
one giant leap for her weary mind.

He loves to drum on our trash can-- his treasure--
he pulls on its liner, a big bang in the kitchen.
We run to see what happened: dust and rubbish spread all
over the floor,
my son, the axis of this chaos.

As he rolls around this big crunch
of egg shells and empty microwave popcorn bags,
she walks to him-- Mother Earth growing closer to her sun--
compelled not by anger, but the gravitational pull
that kept him attached to her for nine months.

And now, after each have given up the chase, the revolution—
resistance to what the other wanted of the other—
they Embrace the destruction, each other, each a colliding
body with the inevitable:
he sleeps between her breasts as he did when they were his
lifeline,
and he was new to this world, and to her.
For this nebula of heat,
his body— a jewel no longer as one
that had travelled through 12 moon cycles of light and dark
and light again—
her body, renewed, as when they were one source,
a single glimmer in space.



Luz Adriana Pérez-Morales

La posibilidad de mañana

Mi madre me habla por teléfono y me pregunta cómo estoy y si me sigo poniendo el chaleco rojo.

—Sí, me lo sigo poniendo, ma —le miento.

—Úntate Vick también.

Le digo que sí mientras muerdo un pedazo de manzana en mi cama destendida.

Se desconoce qué origina el asma. Busco en internet. Síntomas: afección, inflamación, mucosidad. Causas: alérgeno, ambrosía, ácaros, emociones fuertes o estrés. El asma que no se atiende a tiempo muta en una enorme opresión en el pecho, como si el pie de un gigante te sofocara, como si algo dentro de ti quisiera explotar. Desde que empezó todo esto, mi madre me llama seguido y me pregunta si me he puesto el chaleco rojo. Sería fatal contagiarme teniendo asma. Dice que, si me lo pongo, mejoraré y me curaré, como le dijo su amiga. Me cuenta la historia de cómo la sobrina de su amiga se curó, parece superstición, dice, pero es verdad que nunca más volvió a padecer asma. El chaleco rojo de seda que me mandó a hacer con este propósito sigue doblado en uno de los cajones como si lo estuviera guardando para una emergencia.

Mi ventana da hacia un puente peatonal, cada vez veo menos gente transitándolo. El vagabundo sin nombre me observa desde las escaleras del puente que cruza la avenida. Ha de llevar más tiempo que yo viviendo aquí, que apenas me mudé hace un año. Yo también lo veo desde mi lado de la ventana.

Vivo en uno de esos departamentos cuya única característica es la de ser blancos por dentro. Vivo dentro de un cartón de leche con uno que otro cuadro colgado y plantas

que brotan a pesar de mí. La descripción del departamento en renta decía “Vista arbolada”. Es verdad, un enorme árbol crece entre mi ventana y el puente, y dificulta la vista. A veces, el movimiento de las hojas con el viento me hace pensar que alguien me observa detrás del tronco, aunque casi siempre se trata de una ilusión. En estos meses he aprendido cuáles son los puntos ciegos de mi habitación, de dónde a dónde puedo desnudarme sin que me vean, de dónde a dónde puedo provocar curiosidad. El vagabundo se toca desde el puente peatonal, viéndome fijamente. Lo veo desde el otro lado, esperando a que se dé cuenta. Por un momento, pienso que puedo jugar su juego. Ninguno baja la mirada, él se mantiene ahí, haciendo ese único movimiento. Cierro finalmente la persiana, aunque él se queda ahí a medio hacer, como otras veces. No tengo el virus, pero me es fácil pensar que sí. No siento la opresión, pero me falta el aire.

El asma y las alergias que vienen en cadena se manifiestan cada cambio de estación. Desde que empezó el otoño, tengo sibilancias; trato de respirar hondo, pero algo estorba. Toso. La tos es un intento fallido de recuperar un poco del aire que no ha podido entrar, pero se repite, acrecienta y empiezo a sentir un calor extremo en todo el cuerpo. Me pongo roja, estoy sofocándome.

Francis Bacon padecía de asma, dicen. Pienso en sus obras, que se ahogan en la soledad y oscuridad de los museos cerrados. Quizá, por primera vez, las obras de Bacon están en su hábitat natural. Tal vez romantizamos la tragedia para men- guar las implicaciones de sobrevivirla. Pienso en la pantalla que se proyectaba en mi ventana antes de la pandemia. Nadie ha pagado el espacio publicitario y el espectacular está en negros.

Me falta el aire. Llevo días sin tender la cama. Mis sábanas cada vez están más anudadas y manchadas de café; los textos se me hacen eternos porque nunca empiezan. Todos los días me digo que escribiré en lo que tomo café. Intento aprovechar la hora de lucidez que me da la cafeína, pero la malgasto leyendo noticias tontas. Luego, me enojo por esas mismas noticias tontas. Para cuando quiero escribir, me siento

drenada. De repente sale alguna frase a cuentagotas, la escribo para que no se me pierda, pero dejo de creer en ella al poco tiempo. Compró más libros, algunos los leo. Hago cosas del trabajo. Me mantengo inmersa en el océano de posibilidades fundida en mi sillón checando el infinito feed. Hay gente que celebra la llegada de nuevas vidas. Observan la vida desde una esquina repleta de certezas. Envidio un poco. Aunque pienso también que a lo mejor han guardado la decepción para después. Llevo registro de mis sensaciones como si fueran un montón de canicas distintas, no sé para qué quiero tantas si no tengo con quién jugarlas. Leo los periódicos: todo está quebrando afuera y adentro también. ¿De verdad necesito esos tacones? Agregar al carrito.

Hace cuatro meses volví a sentir que el aire me faltaba. Esperé hasta que fue insoportable, ni el inhalador ni el montelukast automedicado bastaron, y comencé a tener taquicardia. En el hospital me hicieron pasar por filtros de seguridad. Una vez en Urgencias, me recibió un astronauta, un doctor de traje blanco de plástico y máscara. Me pasaron a una camilla y me puse bocabajo.

—Descúbrete —me dijo.

Me inyectaron algún medicamento que ahora no recuerdo, algo para que pegaran mejor el salbutamol y bromo del nebulizador. En cuanto me sentí mejor, pagué y regresé a casa.

“Para esto es que una ahorra, para una emergencia”, me intento convencer.

Recordé el chaleco rojo doblado en el cajón.

Busco en internet más información sobre el asma. Internet me arroja los estudios de los psicoanalistas, blablablá. Tiene que ver con la relación de la madre, pero hay algo más revelador: hipersensibilidad. Me pregunto de qué. Un miedo desoído. Un miedo hecho nudo que no quiero desenredar por temor a lo que se exhiba, mejor para después. Siento la náusea de tener

que ir al banco, quiero aplazarlo porque seguramente hay una fila enorme –y la hay–, entonces, lo dejo para después, como si tuviera otra oportunidad. Me siento como costurera aprendiz, buscando la aguja que he extraviado tratando de insertarla en el hilo. Aguja que encontraré por la sorpresiva y dolorosa punzada. Pienso si postergarme sigue siendo una opción. “Sí, mamá, yo creo que mañana me sentiré mejor”. La pregunta de siempre, a la enésima llamada del mes. Le doy esperanza a pesar de que hoy volvió a ser ayer.

A estas alturas, no hay un solo rincón de la casa que no haya sido observado y recorrido por mí. Me siento en el sillón verde, mi primera compra adulta desde que me mudé. Ahora pienso que siempre sí fue una buena adquisición, al principio pensé que sería una carga. Agoto todas las posibilidades de redistribuir el espacio, añado una planta o dos, pienso que debí haber pensado mejor el lugar que elegí para vivir, apenas si entra luz en la sala. Pienso también en las cosas que se quedaron a medias; los hasta luego que se volvieron muy luego. En las promesas del tiempo que la pandemia diluyó. En la constancia de los mensajes con las personas que nos importan y las esquinas desde las que observamos nuestras relaciones. Las esquinas desde las que esas personas nos recuerdan sin poder vernos. Hay gente que se ha cansado de reacomodar para hacer que las cosas funcionen, aislándose cada vez más. El sentido del tacto se ha quedado abandonado en los museos más recónditos de la memoria. Trato de matar el efecto recordando a mis amigos y a mi familia. De no extrañarlos, no sabría si ha pasado el tiempo. Parece que el dolor es el único vehículo de tiempo.

Me hago más chiquita entre mis cuatro paredes, me consumo solo de preguntarme. En este silencio, también me he convertido en muda. Algo dentro de mí me hace sentir que no siempre va a ser así, aunque ya me sentía así. Me autosaboteo, las voces que me critican en mi cabeza suelen ser de hombres; me complico la vida pensando que en realidad quiero hablar de algo distinto, trato de unir una oración con otra y reviso mi ortografía tres veces porque cuando una se libera de normas, empieza a crear las propias, y eso a veces ataca también las más

inofensivas convenciones sociales, como una tilde o la colocación de un verbo. Una convención social puede significar hacer un pacto de paz con el otro, pero no consigo mismo. Consigo misma, quise decir. Y, por si fuera poco, mañana volverá a ser hoy por un largo tiempo.

Me observo en el espejo del baño y veo la curva que se forma entre mi brazo extendido, el torso y la cadera. Es un cuerpo que sigue envejeciendo, aunque el mundo se haya detenido, miro las marcas de la piel que han dejado estos y otros tiempos duros. En un intento de expropiarme de prejuicios, reservo la curva que me he descubierto para mí. Me sigo viendo por un rato más desde la esquina que no puede ver el vagabundo.

Tras días o meses, mi pelo se siente grasoso, no son ni las doce del día y me siento agotada, hoy tampoco lavaré los platos. Llevo meses definiendo el caos como idiosincrasia personal. Abro la persiana, desde la ventana lo veo todo. Juego a ser dios y a observar a los que entran y salen del metro. Llevan cubrebocas y ya no se enciman como antes. Imagino que solamente yo puedo verlos, y escribo de ellos. Veo todo y no. En realidad, solamente alcanzo a ver División del Norte y sus frecuentes choques sobre la construcción del metrobús. Es gente que va a toda velocidad, ignorando las luces del semáforo. Me entero porque golpe avisa y porque el vagabundo grita a lo lejos “¡por pendejos!”. Patrullas y ambulancias enseguida. El vagabundo remacha mejor que yo la crónica del evento. Calle, le llaman.

Veó la lista de cosas por hacer y las que he dejado a la mitad. Pienso que las protagonistas de las comedias románticas se convierten de una escena a otra en sus propias heroínas. Continúan con sus vidas porque eso es lo que toca, y yo permanezco colgada de la bisagra del tiempo, del otro lado de la ventana, contemplando la vida del vagabundo que me mira como parte de su entretenimiento.

La opresión del pecho no se ha ido. Pero respiro de manera intermitente y suelto palabras de repente. Me aferro, como suicida, a la cuerda que yo misma me he amarrado. Es-

perando morir, pero no tanto, tal vez no, mejor hoy tampoco. Solamente me queda creer en mi bitácora, aquí, hecha un nudo con mis sábanas en mi cartón de leche, movida por el dolor y la asfixia. Temerosa de decidirme a tender la cama y hacer algo diferente, sacar por fin el chaleco rojo, yo qué sé.



Kelly Talbot

After the Apocalypse, Day 138

Desmond's brother had been one of the deniers. He'd insisted the whole thing was a hoax cooked up by the politicians, or the pharmaceutical companies, or the Chinese, or somebody. His conspiracy theories always kept changing, and they didn't have to make sense. Then he was gone, just like everyone else. Desmond missed his brother. Not the ranting. More the idea of having a brother. Actually, he missed having anyone. He hadn't seen another soul since the end. Not even a dog. A dog would have been nice.

Desmond put on his favorite shirt, the yellow button-down one with the navy pinstripes. He grabbed a few canvas bags and walked six blocks to the grocery store. Oakland still had power so far, and Desmond always left the lights on in the grocery store. It cheered him up a little.

Upon entering, he set the bags down on a counter and walked the store, checking the rat traps. Nothing. Still, he thought it was a good idea to check them on a regular basis. He didn't need an infestation starting in the grocery store.

Desmond rolled a cart to the frozen food section, where he grabbed a couple of packages of black bean burgers and some frozen vegetables. Then he went to the dairy section and got some cheese. He was committed to eating from the frozen and dairy sections until the power would inevitably go out, and then he would switch to boxed and canned foods.

But he still liked his soda. He pushed the cart over to aisle three and grabbed a big two-liter bottle off the top shelf. It slipped through his fingers and struck the floor at just the right angle to cause it to rupture, and the carbonated pressure sprayed caramelized syrup all over him.

“Great. So much for my favorite shirt.”

He trotted to the store’s restroom, stripped off his shirt, and washed it in the sink. It was too late. The stain had already set in. His eyes teared up, his breaths became short and ragged, and his lower lip started trembling. He looked up and saw his overwrought reflection in the mirror.

“Get a grip, Desmond. It’s just a shirt.”

But he knew it wasn’t just a shirt. It was everything.

“So what? You’re going to cry?”

Sure. Why not? Who did he have left to impress now anyway?

“Desmond. That’s who. It matters what Desmond thinks.”

He remembered that aisle seven had a little bit of clothing. He found a red T-shirt that fit him.

Then he walked over to one of the intercom phones and announced “Desmond, clean-up on aisle three. Desmond, clean-up on aisle three.” That made him smile.

After he mopped up the soda, he took his groceries home and microwaved a black bean burger with some snow peas on the side. He read a paperback novel while he ate. After washing the dishes, he went to the bathroom to brush his teeth. Dental hygiene was especially important now. He looked down and squirted toothpaste onto his toothbrush, and as he raised the toothbrush toward his mouth, he froze.

His reflection was staring at him from the mirror. It was wearing his favorite yellow shirt with navy pinstripes. And it wasn’t holding a toothbrush. Then it started speaking. Obviously, being a reflection, it made no sound. Desmond waved a stopping motion at his reflection and pointed to his ears. The other Desmond gestured for him to stay here at the sink, and he ran out of the bathroom. He reappeared a moment later with a pen and pad of paper. He quickly scribbled and held up the pad.

“You all alone?”

Desmond nodded.

“How many days?”

Desmond held up one finger, then three fingers, and then eight fingers.

“Me too.”

They both stared at each other for several moments, not knowing what to say. Then, the other Desmond wrote “You doing okay?”

Desmond held his hand horizontally and then wobbled it back and forth, making the so-so motion.

The other Desmond’s face lit up with inspiration. “Hold on.”

He ran out of the bathroom and came back with a drum that had ornate green and yellow painted carvings on its frame. He quickly wrote “This helps.” Then he wrote “Music shop on Parker. Go get a drum. I drum every day.”

Desmond mouthed “thanks” and turned to go.

The other Desmond started jumping and waving his arms wildly to get Desmond’s attention.

He wrote “Come back again tomorrow. After lunch. Same time. Okay?”

Desmond nodded, smiled, waved goodbye, and walked out of the bathroom.

Of course, the whole experience with the other Desmond had been shocking, but what he was really excited about was the drum. He ran all the way to the music shop on Parker. The door was unlocked. He wandered around the sales floor, examining the instruments. He didn’t want to get the same kind of drum that the other Desmond had. He wanted his own drum. He found a beautiful one made of red polished wood.

He took the drum to the park and sat under a maple tree. He practiced for a couple of hours. It didn’t take him too long to get pretty good at some basic rhythms. Well, as far as he could tell, anyway. His reflection had been right. He felt a lot better after drumming.

As he left the park, he caught a motion out of the corner of his eye. He turned and looked across the street. Nobody was there. That happened from time to time. He would think he’d noticed something, and he’d be mistaken. It was natural to hope to see people.

As he strolled home, he glanced in the windows of the buildings. In the window of a hardware store, he spotted his reflection, wearing a white tank top, drumless, standing with his arms crossed. Desmond waved and smiled. His reflection's jaw dropped.

Desmond pointed at the reflection, and then he made a pressing down motion with both hands, hoping that the reflection would understand that he wanted him to stay there. He sprinted back to the music shop on Parker and found some paper and a pen. He ran all the way back to his reflection. The other Desmond was still there.

He wrote "Tomorrow. After lunch. Bathroom mirror at home."

His reflection nodded.

Then Desmond wrote "Get a drum. Shop on Parker. It helps."

His reflection nodded again.

"See you then."

They both smiled and waved. Desmond turned to head toward home, and he saw his reflection turn toward Parker.

The next day, Desmond stood in front of the mirror, staring at the other two Desmonds. He wrote on his pad "Hardware store. Get big mirrors. Spread around living room. Drum together tomorrow."

The next afternoon, they drummed together.

Desmond began carrying a pen and paper all the time, as did the other Desmonds.

Within a month, Desmond was drumming in the living room every afternoon with the reflections of five other Desmonds. Sometimes some of them wore the same shirt, but they all had different drums. He watched their hands as they played. Each Desmond had his own unique style and rhythm. He could imagine the sounds of their drums as he watched their hands. Then, one sunny afternoon, he stopped playing, closed his eyes, and listened. He was sure he heard something. And he smiled.

Yeni Zulena Millán Velásquez

La vida sigue

La vida sigue
en el pocillo derramado
en la maleta soñolienta
en la maleza de los patios

roe
cruje
rompe la vida

nuestras pláticas de desvelados
le sirven de entremeses

en el agua estancada del tiempo
hemos crecido
o flotamos

Quisiera ser de vuelta
un perro
o un gato
ladrarle a la lluvia
perseguir el camión de la basura
robarme lo que queda del sol
desentrañar de noche el vecindario

pero bueno
son así las cosas
me tocó ser humano
todo me asusta
la muerte
y la policía
su coalición privada
para tildarnos la cabeza
y dejarnos sin pistas
sin regresos
sin horarios





D. E. Kern

Mediums

There's a pencil scratch across the sky,
a jagged mark from a passing plane,
and a placid river where I like to think

of the flecks that decorate each eye
dancing inside your miraculous head.
There's a pencil scratch across the sky

that is broken now by the passing time,
fading like some departing soul's final
words, a series of dots in invisible ink.

I release my breath with a raspy sigh,
mull the canvas stretched over my head,
there's not a pencil scratch across the sky

it seems the drawing has been left to me—
the chance to fashion that which moves
us to the placid river where we both sink

into the sandy loam along the shore, watch
the beacons from the passing planes, bare
bodies and essence to the star-pocked sky,
whisper naked prayers as satellites blink.

Damage

You asked me what we wanted
for dessert, and she answered
“anything but Jell-O,” which I
imagine made you laugh because

you wrote that sounded like the
title to something profound
in an ironic way like a Robin
Williams movie or a president

strumming Woody Guthrie while
missiles streak the night sky with
chemical burns. Perhaps that is
the new way to look at damage—

label it an oddity, a disconnect
between what the players see
and the audience knows, or else
mere happenstance like in that

fucking Alanis Morissette song.
Either way it seems the better
half of life is theater. My back
yard was the stage, and those

tall boys were playbills, the
stars and flames stagecraft
fueled by juniper and the span
of a cosmos simply begging

us to explain its meaning
in spite of the implications
arising when there are eight
billion different variations

on a theme. No, we are not
drinking but digging—
for common ground beyond
this irksome, windblown

sand slipping from the top
glass to the bottom without
a nod of confirmation, some
stuff that will hold a stake
for a garden or some other sort
of permanence because there's
a reason Jell-O scares the hell
out of me. Each joke and smile

accessorize a uniform compiled
over years and worn in the belief
that just one can bare the color
of the soil uncovered when you

go deep with me. And if she left
me, there would be no one to fill
the void because there is no one
to carry my name past the stars

when we finally figure out a way
to colonize a new world where
we are not so damn temporary.
I am frightened, even more so

by the fact that she is not, for we
are wired through a different
harness. Her faith is steadfast
while mine resembles a Wallenda

cognizant of every fall. The seeds
lining my pockets feel misshapen
and useless, sprouted too soon
in the palms of my clammy hands.

I admire the sentiment and skill
it takes to pause and get comfortable,
to enjoy the company of friends
and not consider it an audition.

Perhaps there is too much to defend,
a fear of getting pushed to the back
of the herd while a lion is in pursuit,
the notion that anonymity makes one

a standard cog in a perpetual motion machine. She tells me I put too much pressure on myself. Fair enough—but there is a weight to low expectations.

Authors / Autores



José Oseguera (Los Angeles, 1985). Writer named one of the Sixty Four Best Poets of 2019 by the Black Mountain Press. His work won the Nancy Dew Taylor Award and was nominated for the Best of the Net award, the Pushcart award and Forward prizes. He is the author of the poetry collection *The Milk of Your Blood* (available through Kelsay Books and Amazon).

Luz Adriana Pérez-Morales (Ciudad de México, 1992) es escritora y guionista de cine, televisión y podcasts. Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana. Produce, escribe y dirige aunque sea en la imaginación. Le encantan los crucigramas, tomar fotos, leer, ir al cine y tomar café.

Kelly Talbot (Indianapolis, United States) has been an editor for Wiley, Macmillan, Oxford, Pearson Education and other major publishers. His writing has appeared in dozens of magazines and anthologies. He divides his time between Indianapolis, Indiana, and Timisoara, Romania.

Yeni Zulena Millán Velásquez (Quindío, Colombia, 1984). Docente universitaria, ensayista, poeta y narradora. Sus textos han sido publicados en revistas, diarios y antologías nacionales e internacionales. Recientemente publicó el poemario *Alba atroz/ El día en caída* con Nueve Editores.

D. E. Kern (Toms River, N.J., 1972) is an author and educator from Bethlehem, Pa. A 1995 graduate of Syracuse University, he earned his MFA in Creative Writing from San José State University in 2011. His poems and stories have appeared in *Appalachian Heritage*, *Limestone*, *Owen Wister Review*, *Sierra Nevada Review* and *Reed Magazine*. He teaches English at Arizona Western College.

To foster the appreciation and practice of writing,

THE DEPARTMENT
OF CREATIVE WRITING
ANNOUNCES THE

2020 BILINGUAL CREATIVE WRITING AWARDS

The competition, open to all graduate students,
will accept original, unpublished work.

The prizes will include
a monetary award,
an award letter,
and publication

IN THE FOLLOWING CATEGORIES

POETRY

- 5 poems either in Spanish or English
- The committee will award the following prizes:

Place	Award
First Place	letter + \$1,000
Second Place	letter + \$500
Honorary Mention	letter

FICTION

- One self-contained piece of about 10 pages (approx. 3,000 words) in Spanish or English
- The committee will award the following prizes:

Place	Award
First Place	letter + \$1,000
Second Place	letter + \$500
Honorary Mention	letter

NON-FICTION

- One self-contained piece of about 10 pages (approx. 3,000 words) in Spanish or English
- The committee will award the following prizes:

Place	Award
First Place	letter + \$1,000
Second Place	letter + \$500
Honorary Mention	letter

SUBMISSIONS:

THROUGH ELECTRONIC MAIL

- To the following address: writingawards@utep.edu
- Send your submission as two (2) PDF files.
- The first PDF file should be your submission without the author's name. Submissions with the author's name will not be considered. This PDF file should be named after your submission's title. For instance, if your submission is called "Winter in El Paso," this document should be named: Winter in El Paso.PDF
- The second PDF file should include your name and contact information. This PDF file should use the following name: Submission's name- author's last name.pdf. For instance, if your last name is Perez and your submission is Winter in El Paso, this document should be named: Winter in El Paso--Perez.PDF

PUBLICATION:

- The winners will be published in Fall issue of The Rio Grande Review

DEADLINE

**APRIL 30,
2020**

WRITE ON THE BORDER

2020 Bilingual Creative Writing Awards

Departamento de Escritura Creativa
Universidad de Texas en El Paso

Estábamos encerrados, aterrados y con el futuro tan reducido como el horizonte al mirarlo por la ventana. Con todas las circunstancias adversas, y a pesar del covid, los escritores seguíamos escribiendo, los lectores seguíamos leyendo, y las historias seguían creándose. Algunas, para reflejar la incertidumbre de los días. Otras, como mecanismos para escapar a universos más habitables, ya fueran pasados, futuros o presentes paralelos.

El Departamento de Creative Writing de la Universidad de Texas en El Paso convocó a un concurso para darle salida a algunos relatos que surgieron durante aquellos primeros meses. A continuación presentamos la primera selección de textos premiados.

Lily Andrews

Things That Should Be Buried: Vignettes

Happy 69th Birthday

I have a beautiful and sense-driven mother. One whom I fear I will not live up to. I see her in photographs and realize how much beauty she has; sometimes, I think how much more beauty she has than me. It's like looking at a popular, cool girl at a bar. I feel intimidated. When it comes to my appearance, I am attractive, but I am not quite "done:" I don't do my hair, or my makeup, or my clothes the way that I'm supposed to. Mostly, she claims me anyway. [But right now, when I am writing this, I feel more like a casualty than a daughter].

My mother dedicated her life to defiance and dance. She still moves like I imagine she did 40 years ago, when she was my age - but already well on her way to a well-defined and well-developed career. This year, the year she's turning 69, she will officially lose the manifestation of her dance vision, which was also the creative, energetic result of her defiance. She will be left with the practical side -- a 90's era dance studio in the heart of a gentrification problem in downtown Minneapolis, or a different location intended to escape the same. And yet her success can not be understated, printed or forgotten on a faded Jazz Dance t-shirt, one of few that remains and has been claimed by my sister.

As a child, I was dragged along as she conducted herself flawlessly, but I felt as though I didn't learn, or that she didn't teach me. I came to wherever she went and remember refusing to change out of a bathing suit in Saipan. When she crossed into foreign countries to build relationships with interesting dance companies and movements and people, all of

which still intimidate me, professionally and personally, I am unsure of how they made her feel. The feeling was that of being her shadow. And aren't shadows afraid?

When we went to visit her family, like the time that is featured in a Christmas photograph on my desktop, she would shine like my older cousin who sat in her lap and I wouldn't know the kinds of problems she had with her mother. Her father, yes, she would talk about him and his dominating personality and I remember chewing over the problem of her not eating the wild game. I couldn't say I was on her side with the issue. At the time, I believed that I didn't have well defined principles at the outset of my life like she seemed to. But I only caught on to the greater silence betraying her mother issues later on, when she said the word "mother" with a mouthful of disapproval and Grandma didn't protest. I learned in the heart of my I won't be like my mother escape route that she didn't want to be like hers. That she said no to sex at a young age because she felt that her mother was too generous. Boy crazy. Sneaking out all of the time. I guess she heard that from her grandmother. Or, it was enough for her to see how her mom acted: passive. That was a dirty yet unexamined word.

Zenon vs. Me

Growing up, instead of mandatory church on Sundays, I was required to attend dance performances (at least two shows per season) and offer my articulate and well-informed thoughts on all of the pieces immediately afterward. Take Your Child to Work Day often looked like being pulled out of school for two to three weeks in a row to travel the world with a modern dance company. And unlike my friends in the suburbs, we knew a lot of gay people and were not discouraged from going downtown.

My mom is Linda Andrews; her company Zenon Dance; and right now, despite myself, I'm back home in Minneapolis, fulfilling a child-of-the-artistic-director requirement: I am attending the final season, the summer intensive, the last show.

Everyone from choreographers to dancers to dedicated students who have known me since I was small looks me in the eye and tells me how good it is that I travelled here to support my mother. I look back at them and think how I didn't have a choice.

As I sit in the audience on the night of the premiere, my mind races. It is not that the dance isn't captivating. My favorite feminist piece is being performed, as well as the work of Wynn Fricke, a beloved choreographer. But I am here in the audience for the last time. My mom's career is actually ending. Finally, I think, mine might be able to begin! -- and I take off.

I spend all of the weekend obsessing over this idea -- and trying to control it. I've found it hard to exist as my own person in my mom's formidable shadow. It feels as though if she or anyone else has hers, I can't have mine. Through friends of Zenon, I sometimes find validation for this. One man gave a speech describing my mom before Saturday's show. Everyone who has met Linda knows her for her red lipstick and unshrinking gaze, he said. Yes, I think, I grew up under that gaze. I know it well. That was the gaze that met me after every show and asked me, Well? What did you think, Lily? Regardless of my age, I would hold myself to the question as if I had been asked to give a speech, or answer the final test question in school. Looking back, I'm not sure it was worth so much of my energy.

One day later: I am standing in the kitchen and telling my mom not to write a memoir. It just comes out. I tell her I want to be the first one in our family to publish. It is 10:30 am in the morning. I have read several Star Tribune articles the night before, and found a quotation from her, saying that her daughter wants her to write a memoir. I know she was talking about me and I have to take it back, although I don't remember saying it. All that energy comes out when we collide in her kitchen. "Yes, you wanted me to write a memoir," she said. I tell her no. I do not want you to do that. Writing is my thing. I'm the writer in the family.

Now, we're off to the races.

Does writing it make it more concrete?

She is 5'4" but seems much taller. When you stand right in front of her, there is a sensation that she is very close. Her nose is long and pointy and looks like the beak of a bird. She wears red lipstick on her lips, which I know extend into a smile that is wide and even, unlike mine, which is so tight. Her teeth are straight and square, polished around the edges -- not small, nor yellow. Sometimes, when she holds it in, her mouth looks mean. Her shoulders sit back and her chest radiates outward in the way of a person with excellent posture. Her breasts are petite, round and perky. Her hair is like a giant halo and it's hard to tell, from any angle, where her scalp is located, and where the hair begins. Lifted away from her scalp, curled in places, with bumble & bumble sprays and blow curling irons. She says doesn't have much of it, lifting up her bangs to reveal a sharply receding hairline, like dragging back the corner of a blanket with your pointer finger. She tells me that, insofar as my hair, I am like my Grandmother: "You have so much hair, Lily," and rolls her eyes when I try to complain, too, about so many strands falling out in the shower, about the stress I feel, about my hormones, about how it all has changed...

There are times that, when you focus on it, her figure is striking, in that she still has a womanly shape at 68 years old. She often wears long, loose dresses in bright blues and greens -- sea-themed patterns. They are sleeveless and flow slightly outward. They don't conceal her waist, which is still puckered, either from good genes or years and years of modern and jazz dance. That is often how I introduce myself when someone says that I am in shape, or I seem fit, or I look balanced. My mom was a dancer, I say, proudly. Or, more to the point, I am the daughter of a dancer. Part of what fuels these comments is that our behinds are prominent. I'm not sure where we get it from. "Bop-um!" She says -- one of her many made up words. She calls us a family of butts, and talks often about the largeness and roundness of them -- usually hers, in a slew

of self-deprecation centering around her weight, or, when they were married, his.

When I was five, I remember looking up. Up into the fridge. Up at the counter, to the faces that received my parents at the clinic. Up at my mom's face, which was at times stricken by short-lived whimpers or sobs. Something I've assumed or sensed, if you want to give me that much credit, is that my mom's tears aren't real. That she is not a crier. I was, and still am. At a certain point, the energy was just too much for me. There was too much hurt. Too much anger. Too much going on. But she is like a spinning top, acquiring energy as she goes, faster and faster and faster, radiating that energy outward, outward, outward, not stopping. She traverses the room, spinning, energy enough to generate Zenon, to generate herself, her character -- the life of Zenon -- me, my sister. Sometimes, I wish it could finally stop, explode!, drop, fall to the floor and reckon with, reckon with and realize, the great, great weight of her great, great life, her actions and her father, her mother, the cause of so much of her grief.

When my mom talks, it is for herself. Yes, she is a performer, and your reaction matters, but only when she solicits it, and usually by then, your comment is/has arrived too late. When she talks, it is to take up space and create herself, weaving the story of who she is and what others mean around her. This story becomes big and cloudy, and like a cloud, pushes against you with hot or cool air, pushing on the tender parts, the parts you wish would remain unseen, that would best be discussed behind closed doors, or in a whisper. When you go to speak, then, you have to first dismantle this cloud before you can begin to construct your own web, silky-like, not made out of the same burgeoning, growing, pushing, crashing, thundering, expanding material. Your story tends not to be able to exist next to hers.

I could not utter one word of this until much later, in angry, angry fits of rage, but the truth didn't come out to her, specifically. I remember talking to her on the phone when the request for the trip was being made, her words taking up

all the space. They were clogging the wire and pushing out on my side of the receiver, into my mouth and then into my consciousness. I could not but swallow her words, her pleas, as mine were shoved down, down to sit and be stored within my uterus, radiating fury from my navel outward, from behind the walls of life itself.

When I went home -- “without a choice,” I said, echoing my own abortion decision -- she was in the process of becoming her company. She was transitioning from talking about Zenon to saying, I am Zenon. What does her voice sound like on the page? “You know, this is the last time we’re going to perform, Lily. It is our final, farewell season. I just really want you to be there. I need my family. I need my support network around me.” These words stabbed me in the heart when she spoke. Support - network. A phrase and concept I felt she took from me. A phrase and concept that I grasped onto and referenced, again and again, during my pregnancy. Something I needed so dearly that I could not even speak it, couldn’t ask for it, I was so completely choked by the deep realization that it was not there. Now, she stood right in front of me (or so I felt), across the eerie frequency of the phone, and declared that this was something that she needed, that she was requesting, as if my pregnancy and abortion had not happened, as if I did not need exactly the same thing, at exactly the same time of the year, and that something that had been deeply a part of me -- that had radiated out from my navel, creating from within -- something or someone that I had deeply loved -- had been torn away because the circumstances were wary and uneasy and I / she / we simply could not find a way to make it work.

That was my mother in June 2019.

My Mother’s House

The structure that contains her has 32 rooms, including hallways and closets. Any place that you could hide yourself or stand should count, and new spaces (if open to the

previous space) are clearly demarcated as such by the overlay of the floor or the shape of the walls. However, this number does not include the basement, which has 14 rooms, a garage, a cupboard under the stairs, and a crawl space, not to mention an extra secret closet off to the side of the back furnace. She lives in this house, but really she practices moving through the areas that once belonged to her two children and husband, also, with the air of a woman who merits a lot of space. I have imagined the structure crumbling or falling down around her while she persists: a loose doorknob here, cracked brick and overgrowth in the walkway. She doesn't want to ever leave this house, claiming a special attachment greater than the rest of us, and it is a rapid, shocking process when she finally does / does at the last minute / too soon / or suddenly.

The interesting thing about this house is that I also claim a special attachment (to it). Consciously, the house reminds me of all the things I've done wrong. I remember (easily) only painful stories and caustic renderings of who I am.

That is, until we begin to pack the house up.

Wait! Stop! Listen!

When I come home again in August, it is different than it was in June. The house is changing -- there is movement in the house. We are packing up the house -- and when we pack up the house -- interact with the house -- it speaks to me. The house tells me who I am:

Instead of saying, how dare you slam the doors! Shame on you for hiding in cupboards! You terrible girl -- who taught you to talk to your mother that way! Instead of saying any of this, the house says, Look at who you are. Look at what you have written, how you love to write. She says, Do you see here the building blocks of yourself, who you want to become? She tells me, I don't hold shame for you here. I hold truth. Saved up for when you look and see clearly.

And for the first time, that weekend, I do.

The Ways that We Remember

We were sitting, standing, crouching in the space of the hallway outside of the kitchen. Looking back, I realize that this is my favorite space. The lighting is warm and yellow. There used to be a rug, which I sat on while sorting and labeling family photographs from countless vacations into plastic boxes. In these memories, I am around nine. Craving connection with my mother, I worked on this activity outside of the kitchen while she worked on preparing dinner, not accepting my help, occasionally becoming irritated at the interruption.

That weekend, we were sorting through the contents of an antique chest of drawers that is also like an ancient desk. What we found were unsorted contents of twenty-plus years. The most memorable, we found suddenly and without trying. My sister was to the right of me, often the first to pull something out of the drawer. My mom was in and out, but would come by in the moments of our excitement, wanting to be first to see and know, sort and decide what was to go or to store, without putting in the work of unearthing it. She had very little presence until we found the pictures, which were able to transport her. First, there was the one with her eyes closed. An expression I had not seen before. Happy. Relaxed. “An art shot,” she said, recounting the jealous response of her friend as if in complaint rather than self-esteem. And the second (my favorite): the negatives of my parents’ wedding photos. I had not seen these before. In fact, up until that moment, I had believed that they had no wedding photos. I was struck by how my mother looked in them. She wore a flower crown on her head, like a hippy. I knew from my own records that she was lightly pregnant, probably not enough to show through the loosely hanging dress, but surely enough to poke through the leanness of her body, just like me, only 10 or 12 weeks along.

She looked at my father like a child looks up to theirs. All awe, big eyes, complete vulnerability and protected / projected / desired embrace. Her heels were old-fashioned, like those of a 1960’s secretary, but the year was probably 1981.

Her mother and father were there, in the miniature photographs, talking and smiling in her direction. It was her second marriage.

My dad's hair was dark -- so black, in fact, that I am surprised each time I see it. Even his mustache was full and dark -- a stark contrast in a family of brunettes and blondes. He did not look at her, not in the same way. He was shy around vulnerability. My mother was sensual and emotional, open, vulnerable and child-like. He did not know what to do with this posture. I remember how he recounted their first date, when she cried about her father. She was his mother, he was her father -- they filled each other's missing pieces, corrected the crooked, jagged edges of their traumatic puzzles. I had not gazed upon their love like this before.

We took a deep breath as the final drawer was opened: pamphlets, receipts, endless school photographs. You can throw that away. We discovered that rain-barrels were a thing in the 1990's, and I saved a blueprint of our expanding house. Now tucked away in cardboard and plastic boxes, our moment of togetherness fizzled away into memory, like dissolving magnesium, like the pixelation of an image -- we broke apart from our huddle, like the pieces of paper worth saving, worth throwing away, worth donating, each to its own separate location.

Author's Note:

The original text was written in 2019. It has been edited for definitive words such as always and never, and contextualized within its living past. As with any story, there is always more than one truth. This is my attempt at being both fair and honest.



Laura Andrea Vázquez López

Desapariciones

Desde que el huracán se llevó las verjas del cementerio los espíritus andan revueltos en Barrio Cola. Ni tan siquiera los cantazos secos del aire de mar los han podido calmar. El primero que vi fue una chamaca más o menos de mi edad, pero vestida con uniforme de elemental. El jumper de cuadritos le caía tres cuartos de pierna, el bordado descosido. Se reía, parada encima del muro de cemento donde se supone que descansaran las verjas. Cuando me le acerqué comenzó a llorar a tó pulmón y se esfumó. Han pasado dos semanas desde ese encuentro.

Comencé a ver otros por el barrio. Un albañil bajando la cuesta hacia la panadería. Una doña sentada en un pastisaje mientras cantaba villancicos. Un bebé gateando por la costa de la playa, el oleaje lavándole los piecitos cada vez que intentaba de caminar. Le dije a mi hermana Beby y me dijo que dejara el pasto. Le dije a mi hermana Lucia y me dijo que buscara de dios. Le dije a mi hermana Regina y me dijo que ya era hora.

Ya los consideraba como elementos permanentes en mi cabeza cuando de la fila de la gasolina escuché a unos vecinos detrás de mi discutirlos. Le habían preguntado al albañil a donde se dirigía, que no hay nada construyéndose todavía. Él contestó que acababa de empezar en el proyecto del centro comunal, que iba ser horas largas pero pagaban decente, y siguió andando. Al virar para decirle que el centro comunal ya tenía 15 años de construido, ya no estaba. Los rumores fueron aumentando y ya no quedaba como la loca. Todos éramos los locos. Barrio Cola siempre atrás. Eso de los fantasmas es cosa de antes y exclusivas de intervenciones divinas merecidas. Que en ese barrio lo que hay es mucho tráfala y vagonete. Que se

den un baño en el mar a ver si el agua salada los descongestiona. Que le paramos de comprar en los chinchorros de la costa a ver si se dejan de juegos.

Las amenazas cayeron al vacío pues todavía la señal de teléfono era inconsistente, y del internet ni se diga. Los fantasmas se amontonaron en la conciencia del barrio. Sólo se hablaba de ellos, por no hablar del huracán. Algunos chamacos se pasaban gritando cada dos calles que había alguno sangriento y asesino. La broma se descubría rápido pero el miedo no disipaba. Pal de padres en el barrio se juntaron y subieron una verja de alambre en las brechas del cementerio. Era un trabajo de parcho bien ajorao, pero logró disminuir las apariciones, legítimas y no.

Con dos firmes patadas de los tenis de la escuela se cae un canto de la verja en la parte de atrás del cementerio. Está debajo de un roble que perdió la mitad de sus ramas y anda casi acostado del muro de cemento que logró sobrevivir los vientos. Agarro la linterna de la rama en que la encajé y entro. Todo el suelo es ramas y hojas, más verja que la que acabo de tumbar. Navego los vacíos entre los racimos hasta adentrarme más. Ya al acercarme al centro se despeja el camino y me sorprende lo similar que se ve todo bajo la luna que al sol. Lo visitaba casi todas las tardes después de la escuela. Era el único lugar donde podía tener privacidad con Bianca. Nos llegamos a aprender los horarios de visita de los familiares de los difuntos para que no nos cogieran besándonos recostadas de sus lápidas. Mis dedos memorizaron cada inscripción en esas piedras tan bien como los lunares en su hombro izquierdo. En el silencio entre los muertos cobraba vida nuestros cariños. Bianca chisteaba que nuestras pieles se mancharían de cuadritos de tanto tiempo que pasaban envueltas en las faldas de la otra. En los portones se dejaba todo tema relacionado al futuro cercano, universidades y carreras, que si no nos separa, nos condena a estar siempre juntas pero no juntas. Era suficiente y necesaria esa separación de escuela y cementerio. Cuando bajaba el sol y tocaban las campanas de la iglesia era hora de volver a nuestras casas, asignaciones sin completar y abrochando botones a la prisa.

Intentamos encontrarnos aquí después del huracán. La tierra estaba demasiada enfangada y no había manera de entrar al cementerio. Entre las ramas dejé una nota que la lluvia de esa noche se llevó. Mami me regañó esa noche porque llegué tarde a la fila del hielo y nos quedamos sin qué enfriar las pocas carnes que quedaban en la nevera. Pasé toda la madrugada trazando las gotas en la ventana. No pude darme la vuelta por el cementerio hasta que el vecino consiguió una planta eléctrica clandestina y nos guardó lo poco que quedaba en la nevera. Desconecté por un rato la extensión que nos tiró para conectar la neverita y cargué mi celular. Me fui de la casa antes de que mami se levantara y descubriera que las botellas de agua que quedaban estaban tibias.

Me dirijo al mausoleo de un alcalde de hace cuatro generaciones que vivió en Cola hasta que lo aceptaron en San Ignacio. Era nuestro spot favorito. A Bianca le gustaba treparse en la tumba y pisotiarle, llamando a todos las energías del universo a que interviniera en nuestro sacrilegio. Le pedía que parara, que con eso de los espectros no se juega. Entonces ella le añadía que si de paso también podían arreglar los cráteres en las calles y sellaba la oración con un beso. Chisteábamos que los machitos se revolvían en sus tumbas al igual que nosotras encima de ellas.

Las manchas marrones en las paredes de mármol llegan hasta mi cadera, hojas de todos los tamaños y colores tapan los nombres en las placas. Nos gustaba inventarnos chismes sobre los nombres en esas paredes, crear testigos para nuestra relación que pudiéramos controlar. Frente a ellos, una tarde que nos cogió una de esas lluvias playeras fugaces, le dije que la quería por primera vez.

Veo a esa nena de nuevo, la del uniforme de elemental, parada en la entrada del mausoleo. Esta vez tiene el jumper de cuadritos enfangao. No está llorando, pero en la cara se le nota que está acabá. Doy unos pasos hacia ella, procurando no asustarla. Estrecha el brazo y me llama con la mano entera. Tomo otro paso hacia ella y comienza a caminar hacia la costa. El camino hacia la orilla es el área más fangosa del cemente-

rio, teniendo que aguantar golpes de cielo y mar. Mis tenis se hunden en ciertas partes y siento el fango metiéndose en mis medias, entre mis dedos.

Llegamos hasta el muro que separa el cementerio de la playa. Nadie se molestó en averjar ese canto. Los escombros en la arena no se quejan de fantasmas; ya son cadáveres. La nena se para en el muro, como aquella primera vez que la vi, pero no me mira. Tiene los ojos al horizonte, el azul todavía sucio y alterado que extiende hasta más no poder. Me trepo en el muro al lado de ella, una ráfaga de sal cruzando por mis brechas. A la distancia está Caja de Muertos. La pequeña isla rompe la superficie del mar, un ataúd ahogado.

El celular me suena en el bolsillo. Lo seguía cargando encima por costumbre y esperanza pues no había logrado conseguir señal desde que empezaron los vientos. Lo abro y veo que es un mensaje de texto de Bianca:

No sé cuándo te llegue esto, pero mi tía logró conseguir pasajes pa mi y mis hermanas a su casa en Orlando. Mami nos empaquetó y nos envió sin darnos break de despedirnos. Me metí al internet en cuanto llegamos y la cosa se ve fea. No sé si vuelva, Mami no nos quiere allá.

Te amo Yosely.

Aprieto el teléfono en mis manos intentando exprimirle más al mensaje. Entonces explota con el resto de las notificaciones. Lo tiro contra la arena, las vibraciones enterrándolo más.

Me viro hacia la nena. Me mira, todavía triste, todavía atrapada en un uniforme que ya no le queda, todavía enfangada. No sé cómo ayudarla, y se le nota lo mismo en su cara. Dirige la mirada a Caja De Muertos. Extiende un pie para pisar la playa y se esfuma.

Em J. Parsley

the same God who told me being gay was a sin when I was eight
sold me T on the down low ten years later

tell me it was gentle,

like when my mother brushed

the hair from my forehead and said,

if God wanted you to fly, He would have called you Icarus

and with her feverish fingertips

running through my roots I asked,

do you want to be Daedalus?

[name added to “when I transition” list: Icarus]

—

I wanted to give you

a single, easy command, like so:

Love your neighbor as yourself, except for that kid in third grade who called you a Dyke

which you thought was a man’s name so you

said, actually, my dad’s name is Eddie

it’s not that I wanted you

to love me less, of course.

it’s that your lips were melted

butter, dripping

down my cheeks without ever reaching my mouth

[name added: “Actually, It’s Eddie”]

—
when you say,

golden

wounded

light

I see the puddle of blood in the back
corner of the wheelbarrow, sloshing,
gathering ice, moving to rigor
mortis before her body can catch up

[name added: frost-bitten. 7 am. sunrise.]

—
I don't know why I
expected

you to know my name
when you
had never seen the
orderly, headless
bodies of harvested corn
stalks like
terracotta soldiers protecting
the bones of deer and

I don't know why I
couldn't hold a knife
the way that's needed in
order to gut
a doe proper, or why my
cloudy breath moved
constant in front of
my mouth, insisted I was
still alive, why
I could kiss everything
but your lips, crystalized

[name added: empty air above the rows where the corn cobs used to breathe]
[name added: red stain of cardinal against brown december landscape as my
fingers turn purple]

[name added: Abel. Hebrew.

meaning breath

meaning son

meaning I flew until the fever caught fire in every one of my bones, and
then I fell]

regarding the shoelace you hung yourself on

I am the perfect daughter
I make breakfast on
china plates in gentle
swaying rows along the roof ridge

I am the perfect daughter
sweep your sweat from
the cracks in the sofa
mingle with dead skin and
a stale 1963 penny

I am the perfect daughter
find a paperclip on the floor, unfurl
it into one long skewer, stab
a hole through my thigh

the perfect daughter
dissecting a sparrow's chest
cavity for a sign of your love

perfect daughter
nails too short scraping against bedrock
peeling palms pressed flat on clay
forehead on train tracks praying

perfect
weaving barb wire in-between ribs
rending snail's slime from skin
store it in a jar
for you

a tissue
folded limping crane
hung from ceiling fan
orbit--
languid
 just like you
 for you

your perfect daughter

when I discovered the word *all*

I shaped it like a prayer: is that all
you see? is that all you know?
all & all & all

all like always &
all like almost &
all like alright &

all right &
in all my days—
what days?

days haven't happened
since I saw my naked
13 year old body in the mirror

with all my bones—
hips, jutting out
of my control

I read in *Seventeen* that
not all boys like hourglass
shapes & I was relieved

even though I didn't
want boys—not all? no,
not any—because surely

not every body needs
to be claimed
surely this body

doesn't need me &
surely when you told me
you knew all of me

you didn't mean *this*
—you didn't mean *all*—
how could you, when

I, 13, all-wise &
full of alleluia, did not?

I read in *Seventeen* that

if I could've only broken
all my bones again & again
& always that my hips would recall

a shape they never knew & you
would say it's alright & I
would be all right

condition of a body in paralysis

when the single, amber-
like drop
of honey on the outer
lip of my bowl of oatmeal-
gone-cold seduces
the sun, I—with all the jealousy
of a homeless ornithologist watching
an osprey build its nest—observe and
imagine myself suspended

in the droplet's center, gorging
on the 8:17 a.m. sunlight—
the best and most filling of all
sunlights—small enough to splay
my shrouded limbs, christ-
like in martyr-ish indignity, small
enough to feel the unnecessary
glory of bodily sacrifice, the shape

my torso takes when I believe
myself capable of hoarding
unfathomable things like
homes unmoving or
the forgiveness of humanity or
the paralysis of 8:17 a.m. and
an unwashed bowl of oatmeal

I am trying now to imagine myself as a spouse

What does one normally picture?

Fresh-baked bread and
pouring smooth red wine?

Mastering the art of stacking
plates without them
clashing like symbols?

I've already done those things
for my grandmother
and my father. It's not hard.

Is it the whisper of rags
running over dusty blinds?
The neat tuck of fresh-set sheets?

I once compulsively cleaned
my little sister's room while
she slept & told her when she awoke
that if she's good
the cleaning fairies come to help

"Like Mr. Clean," she said
and now I imagine myself as Mr. Clean, housewife extraordinaire

Is spousehood taking a slow
moment to ignore their dangerous short temper or
refusal to remember things as they happened?
I've already *done* that. It's *easy*.

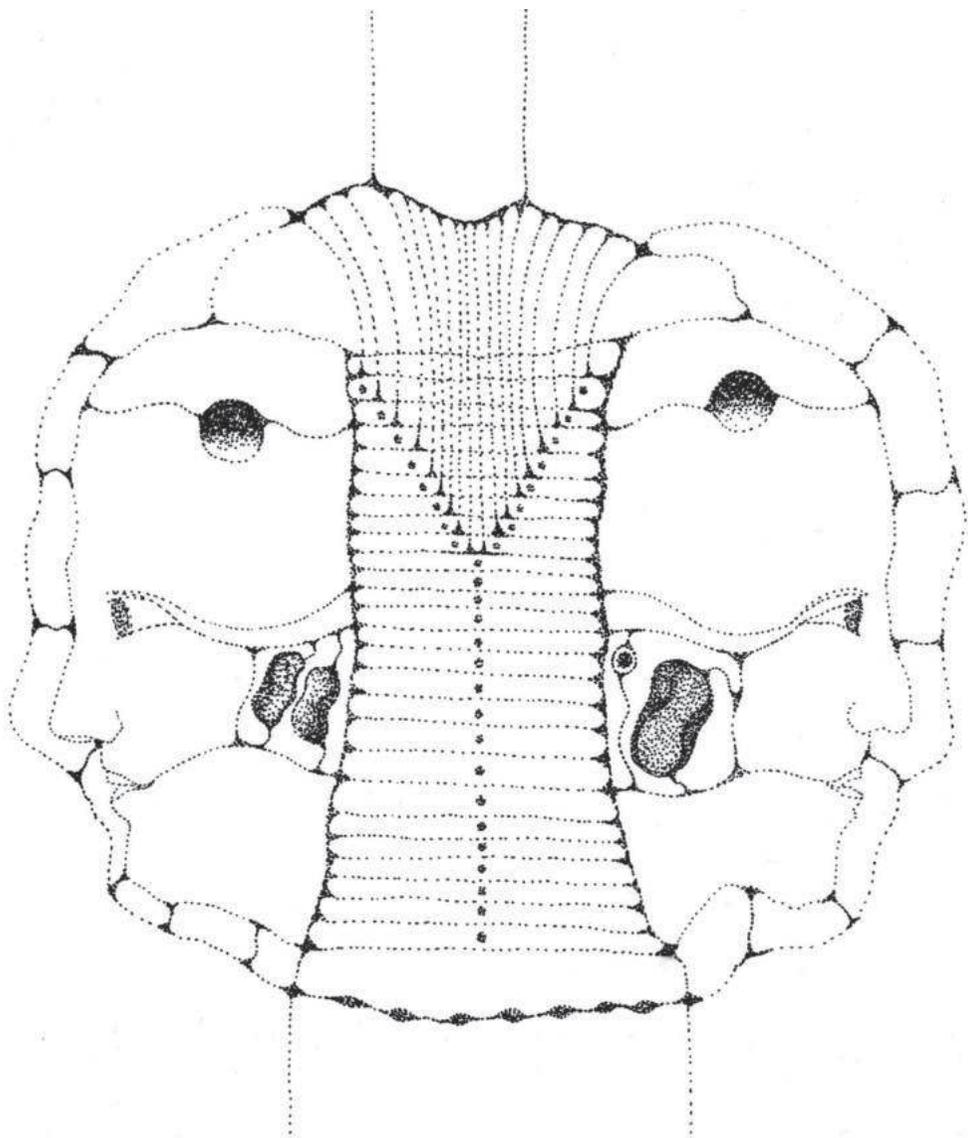
It's easy, really, to pick up meds
at the pharmacy and wipe
up vomit and take the dog out
and wipe up more vomit, the cat's
this time, take Scraps to the vet, where's
your mom, she's with my dad

It's easy to sit by your fourteen-year-old
sister in the hospital and feel every one of your
seventeen years so fully
that the nurse thinks you're her
mom; all of this is easy, so

Spousehood must be
an afternoon kiss that doesn't mean
anything, forgiveness of coffee gone
cold, accepting that you can't
uncry tears of anger

It must be (must it be?)
a contract that promises the will to be
soft, like this question: does the powder
on a moth's wing hold on after the moth is behind
glass? And if

it does, will the museum let me,
the moth's spouse, stay behind to study and
remember which is dust and which is
powder so that I may, with loving care,
brush the dust from those fragile wings and
leave the powder to its papery expanse?



Nicolás Rodríguez Sanabria

To Make an Appearance

I recently attended an online funeral. The father of a friend. We attended in forty different cameras. One showed the priest in what looked like a private sanctuary. Another showed my friend, independent and alone, in his apartment. Another, his mother and sister, and, next to them, the coffin. The funeral home employee directed the event from her own camera. The pianist and the singer shared one. The violinist did not live with them and played separately. I was here, in the same place where I'm writing this, and also there, at the funeral. Among the remaining thirty-three cameras, several were turned off and instead of a face there was only a black screen with the name of the missing person in white. The priest finished the mass and, as a coda, he said something like “the dead never leave, they remain in our hearts.”

A ghost is, above all, a matter of touch. This is what we find terrifying: what has no body is capable of touching, of leaving vaporous traces on the windows, of sinking the hand in a bowl of flour, of misplacing keys and toothbrushes, of cracking a mirror, of breathing on the nape of the neck, of turning light switches on and off, of removing the blankets with a tug, of stomping down the stairs, of slamming doors or—if it's not violent—knocking on them. A ghost is the horror of a joke without punchline: Knock, knock. Who is it?

When someone distant dies, my father and mother throw a coin to decide who will be in charge of making an appearance at the funeral. The one who loses has to attend, excuse the other, and then give an account of what happened, which usually implies telling who else was there, or in other words, telling who is still alive. Isn't that the meaning behind making an

appearance at a funeral? To say: the one you love is no longer, but I'm still here, even if you don't love me the same.

Before starting the mass, the priest asked us to turn off the microphones, but he never asked us to turn on the camera. The latter seemed more pressing to me: a black screen does not count as making an appearance; it looks too much like death. Then I noticed the name of the deceased in one of the turned off cameras. My friend's family is one of those in which, by tradition, almost all men carry the same name. But when the priest said his coda, it occurred to me that the deceased was hiding behind one of the dark screens and that this online funeral—with its forty chambers—was our heart. My friend's father witnessed his farewell, he was there and yonder, just as I was there and here.

As soon as we invented cameras, we began to portray our dead. We had to find some way to lock them up, to prevent them from leaving this world. This, of course, is the expression of a desire, an act of make-believe. Barthes, lucid as always, writes—as if he were actually talking about ghosts—that “Photography is a kind of primitive theater, a kind of Tableau Vivant, a figuration of the motionless and made-up face beneath which we see the dead.” Perhaps is only by desire, by staging, that we can access the overwhelming misunderstanding that is death.

Behind my grandparents' old country house stood a heavy cross made out of stone in commemoration of my great-grandmother. It was never clear to me if her body

was buried underneath it. There were times at night when we heard the door of the pantry creaking and my aunts and uncles joked: “Aunt Lucas is hungry” (perhaps to slow down death, my great-grandmother forced her grandchildren and great-grandchildren to call her “aunt”. One might say it worked: she died a centenarian). For a child, this small joke turned what could have been a haunted mansion into a warm and familiar house. It now makes me think that it is also through desire—for food, in this case—that the dead regain access to life (which must seem like and overwhelming misunderstanding from that other side).

It is well known that, no matter where we stand, there are human bones six feet below. The question is: over which deceased are we standing on? When it's ours, when it's loved ones, we imagine a solid home like the one Elena Garro's wrote: a familial crypt where old allies await. We even come to feel protected by them, as if they were bodyguards from the underworld. On the contrary, if the deceased do not belong to us, if they're strangers, we begin to feel haunted. The dead become lurking enemies that will inevitably take revenge on incidents for which we do not know how guilty we are. When does a deceased stop being ours? Perhaps the horror we feel when we see one comes from that doubt.

When I found out about the funeral I was jogging near my neighborhood's primary school. It was the time when children usually played in the yard, filling the afternoon with their shouts. At least, that's what I had seen a month before at that same time. I had also seen the flight of doves rushing through the quite air, flapping their wings as if they were detaching themselves from the day... I lie. No doves there, but —according to Juan Preciado— there were in Sayula: they flew over and perched on the rooftops, while the shouts of the children fluttered and seemed to keep the sky blue. The moment for Joan Didion's famous quote has arrived: "we tell ourselves stories in order to live." I do not know if I imagine that my town is the ghost town of Comala to lighten reality, to convince myself that the tragedy is partly fictitious; or if I do it to get involved in the drama, so that the weight of the situation presses upon my shoulders.

The last time my friend and I saw each other was at another friend's wedding, almost four years ago. Before that, another four or more years had passed since we had seen each other, but it felt as if not a day had passed. This is what we usually say about an intact friendship, but now I realize that the only ones who do not suffer the passage of time are the deceased. Does this mean that my friend and I were dead and rose when we saw each other again? Are funerals an occasion

for others to come back to life? A death in exchange for many lives, but only if we make an appearance.

One might think that the eeriness of a ghost town resides in its emptiness: there is no one where once were crowds. But a photograph where we see streets without traffic, or empty sidewalks and parks, might make us feel calm, as if it were a sight of nature. But what might seem like a haven of peace, safe from any nuisance, quickly becomes eerie when we are—or picture ourselves—in the middle of its silence. Like Juan Preciado, we are not used to it, our mind is full of noise and voices.

There's a suitable phrase for when the joke has no punchline or when a dead person assumes the form of a ghost. There are several, but the one I'm referring to is don't leave me hanging. If dying is falling into an obscure abyss, a ghost is the deceased whom a living person grasps by the hand to prevent it from leaving. Or is it the living who is hanging by the hand of the dead? Whose unfinished business is hidden under the sheets of the ghost?

A few years ago, I read that Mapuche funeral rituals are a form of counterinscription. Community members do what they can to let the spirit of the deceased go: their possessions are destroyed, their animals are sacrificed, the location of their house is changed, any relationship with them must be severed and it is prohibited to remember them, mourn them or continue to pronounce their name. In the funeral prayers the spirit is frightened away: do not come back, you are an outsider, a stranger, this is not your home, this is not your family.

My grandparents sold the old country house to a hotel conglomerate. Someone is submerging in a pool where a cross used to stand. I still wonder: was my great-grandmother buried there? And if so, has her ghost moved or is it still there? Perhaps, in the face of abandonment, of that gesture that seems to say "you are no longer a dead of mine", Aunt Lucas's ghost became a curse, and for generations my family will hear the creaking of a door, until a descendant removes the earth under the new pool to retrieve the forgotten bones. Or maybe she's still there and every night, when she gets hungry, she loots the

pantry of some unsuspecting guest. What might have been a warm, family-friendly hotel is now a haunted tower.

How much does a ghost depend on its past body? The cemetery is the territory of the phantasmagoric: what remains of the bodies is there, and tied to them, the specters, or at least we suppose so. If it's not the cemetery, it's the haunted house. Not because the corpses are hidden in the basement –although sometimes it is so– but because death, the definite separation of soul and body, occurs between those four walls. In both cases it could be said that ghosts are sentenced to house arrest.

In *Wuthering Heights*, as it happens in all ghost stories, there is a prisoner, although it's never clear whether it's the living or the dead. After Catherine dies, Edgar spends his days next to the coffin as a sleepless guardian. Outside, in secret, Heathcliff also watches. Finally, Edgar leaves the room and Nelly, the housekeeper, opens the window to let Heathcliff in. When she returns, she discovers that Heathcliff has replaced the curl of Edgar's hair that Catherine kept in her locket with one of his, as if claiming body with body: you are only mine and you must stay.

In *Hamlet* it is the ghost who claims the living: the king, reduced to a shadow, asks his son for revenge and says goodbye: “adieu, adieu, adieu, remember me”. Does this count as haunting? Catherine haunts Mr. Lockwood when she knocks on the window and asks him to let her in, but for Heathcliff, who screams out the window and asks her to please come in, Catherine is just an elusive ghost. We have no problem with the shadows of the dead as long as we are the ones who need them. Once the situation is reversed, suddenly, they become frightening.

Someone with a knack for the melodramatic, filled with anger and sadness, might say to a friend: “you are dead to me”. At best, this means turning the friend into a ghost, into a distant presence that we can turn to in case of an emergency. At worst, the friend seeks forgiveness insistently and haunts us, floats over our heads to make us doubt (maybe we were too harsh), causing even more anger. But, above all, the gesture is

a gesture of love, it's like saying: "for me you were too alive". Perhaps this hurtful melodrama, this wishful murder, is better than the languid and bland fading of a forgotten friendship that dies without anyone claiming it.

That day, during the funeral, my friend and I did not speak. He knew that I was there, but the microphones were off, which implies a profound silence: not the lack of sound, but its impossibility. He was just a rectangular photograph among many others, and I was the same to him. That the photograph was moving did not infuse it with life, it only exacerbated its insufficiency. The priest was the only one who seemed to be really present, as were the musicians –when they played–, the funeral home employee –when she gave directions–, and the widow –when she spoke about her husband–. The image alone is not enough to make an appearance. I couldn't figure out if our friendship was still intact.

In every episode of Scooby-Doo the five members of Mystery Incorporated face a new case. The crime is usually filled with supernatural overtones in which the victim suspects of a monster or a ghost. Despite the fact that everything seems to be inexplicable and macabre, in the end, without fail, the gang finds the criminal and reveals the truth: the monster is a costume, and the ghost, a simple trick. Even so, I remember wishing as a child: this episode there will be a ghost, this time there will be no explanation. I'm not sure if I kept watching the series because I was hoping this would happen or because it never did.

In the 1950s, in New York, the following joke became popular: An elephant and a hippo are taking a bath, the elephant says to the hippo: "Please pass the soap," and the hippo replies: "No soap, radio." Everyone laughed. But there was always one who did not and confessed: I do not understand. So it became necessary to explain it to him: the hippo responds, "there is no soap, radio." Everyone laughed again, and usually the one who didn't understand before would laugh too. The hippo's response, however, it's not humorous at all. This, in fact, is a joke without punchline that was used to deceive a

friend in a group: someone made the joke, the conspirators laughed, and together they waited for the reaction of the unsuspecting friend who, sooner or later—whether to convince himself that he understood or simply to not feel alone—, ended up simulating laughter.

It seems to me that we have turned social media into our way of praying. We type messages with no clear addressee and then wait for someone to make an appearance: a like, a thumbs up or, hopefully, a message in return. Many times, especially late at night, these messages become variants of the question “is anyone there?” In some cases, people bare their soul and confess not feeling well. Those of us who don’t have the courage to expose our loneliness read the unheeded prayers, like digital gods. No, if we were gods we would answer all of them, but we don’t. We respond—if at all—to those our closest friends typed; we are mere ghosts and we only take care of our living. The others do not concern us.

In the issue #75 of *The Sandman*, Neil Gaiman’s immense graphic novel, Shakespeare confesses to Morpheus, Lord of Dreams, that he has watched his life as if it were happening to someone else: “My son died. And I was hurt; but I watched my hurt, and even relished it, a little, for now I could write a real death, a true loss.” This is my confession: I started to come up with this essay, not after, but during the funeral of my friend’s father. Are we always waiting for a tragedy—a plague, for example—so we can write? Sometimes I suspect that the only thing writers can write are ghost stories.

A ghost walks into a bar. The waitress pours him a glass of water, but the ghost smashes it on the floor and leaves. The next night he comes back and the waitress serves him a whiskey neat. The ghost throws it off the table and leaves. This goes on for several nights: brandy, wine, tequila, brandy, gin, vodka, rum, they all end up on the floor. One night a regular customer intervenes and says to the waitress: “No one should have to endure such torture. If he doesn’t tell you what he wants, I’ll kick him out.” “Don’t worry,” she says, “I know that

he wants a beer”. “So,” asks the client, “why don’t you serve him one?” And she replies: “Because then he won’t return.”

A book came in the mail today: Adrienne Rich’s *Collected Poems*. I opened it, checked the enormous table of contents and found that the fifth poem of the whole collection is titled “What Ghosts Can Say” (this seems unlikely, I know, but then again, I’m writing about ghosts). The poem is about a young man who sees his father’s ghost, an imposing and violent man who used to hit him at night. The young man never understood, nor does he understand now, why the punishment. The poem ends with a question: “What ghosts can say comes obscurely. What if the terror stays without the meaning?”

The priest had ordered the microphones to be turned off so that the ceremony would go smoothly. But life is made up of nuisance and noise: the crying child, the coughing old man, the barking dog, the missed friend. Without them, a dark and oppressive thing reaches into us. At least that’s what I felt during the funeral, but it wasn’t the mourning that corresponded to the occasion. From time to time I would watch my friend’s camera. Maybe I wanted to discern exactly how he felt. Maybe I wanted our eyes to meet, but you never look directly at the camera, you look at the screen. Maybe I wanted to discover a small gesture of friendship, something that would let me know he was also watching me. I had a secret desire: I wanted his gaze to search among the forty cameras, not for his dead father, but for me.

How many family commitments did we avoid, how many gatherings of friends. How many birthdays, baptisms and first communions. How many funerals. There are those who see a fallacious gesture in making an appearance, a bland formality, but what is more generous than bestowing the body, even if it is for a few minutes? “It’s just a mere compliance,” someone will say, as if complying wasn’t the fulfillment of a desire. The day will come—maybe it already came—in which we will no longer have a body to give up, and life, from afar, will seem like a joke without a punchline.

Awarded Authors / Autores premiados



Lilly Andrews (Minneapolis, USA, 1991) is a graduate student at the Sarah Lawrence College creative writing program. She is from Minneapolis, MN. She currently lives in New York City where she longs for the ground.

Laura Andrea Vázquez López (Carolina, Puerto Rico, 1994) es una escritora de poesía y ficciones en inglés y español. Se graduó del MFA en Creative Writing de la Universidad de Texas en El Paso y actualmente da clases en la Universidad del Sagrado Corazón en San Juan. Su trabajo se puede encontrar en Pussy Magic y Acentos Review, entre otros.

Em J. Parsley is an assistant editor at Juke Joint Magazine and a recent MFA graduate from University of Texas at El Paso. Their work has appeared or is upcoming in Birdcoat Quarterly, After the Pause, Vagabond City Lit, Every Day Fiction, New Flash Fiction Review, and various other publications. They live in rural Kentucky where they take care of chickens.

Nicolás Rodríguez Sanabria (Bogotá, Colombia, 1991) ha publicado en Cartel Urbano, Bacánika y El Malpensante. Su trabajo ha sido premiado por el Instituto Caro y Cuervo, la Universidad de San Buenaventura, la Universidad de los Andes, la Universidad de Texas en El Paso, la Casa de Poesía Silva y la destilería Cardenal Mendoza.



EXCUSE ME WHILE I KISS THE SKY



Illustrators / Ilustradores



Alexandra Canto (Yucatán, México, 1993) Collagista mexicana. Su obra aparece en Por Esto, Pliego 16, Punto en Línea, Fémica Fanzine y en las antologías Relatos de la Cuarentena. Obtuvo Mención de Honor en el Concurso de Punto Partida 52 en la categoría de gráfica. Participó en la exposición virtual Collage en cuarentena de Mujeres que cortan y pegan.

Camila Casadiego (Bogotá, 1993) es arquitecta interiorista de profesión, pero su verdadera pasión es la ilustración. Es una asidua observadora y dibujante de lugares rolos y situaciones comunes. En redes sociales se encuentra como @laroladechia.

César Cabrera Sánchez (Chihuahua, México, 1958). Docente de profesión, director de escena y escenógrafo. Ocasionalmente también actúa. Estudió y ha trabajado en la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro fundador de la reconocida compañía Telón de Arena A. C.

Julio César Pérez (Córdoba, Colombia, 1975). Arquitecto de profesión, egresado del MFA en Escritura Creativa (UTEP), tiene un Ph.D en Literatura Española e Hispanoamericana por la Texas Tech University. Autor de la novela Cenotafios (Lugar Común, 2015).

Dilan Aldhair González Torres (Ciudad de México, 1996) Estudiante de la licenciatura en Artes Visuales en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM. Ha participado en diversas exposiciones colectivas y en una exposición individual (Hospital Nacional 20 de noviembre, CDMX).

Paul Estévez (Ciudad de México, 1972). Licenciado en artes visuales y plásticas por la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda" del Instituto Nacional de Bellas Artes de México. En 2020, Lomography Magazine lo entrevistó por su serie fotográfica La Historia de J. Su portafolio cuenta con 36 fotografías de Vogue Italia.

Fausto Padilla (Guayaquil, Ecuador, 2003). Cuenta con un posgrado en Creación Literaria por la Escuela Europea Versailles en España. Estudiante becado de la Universidad de Navarra. Ha sido premiado en concursos literarios como el concurso internacional “Qué Estás Leyendo” organizado por la OEI y la ONU y “Video Poemas de Esneca Business School” en España.

Luis Ignacio Cárdenas (Táchira, Venezuela, 1984). Diseñador gráfico, editor y artista plástico. Licenciado en educación con mención en Lengua y Literatura por la Universidad Católica Cecilio Acosta. Actualmente diseña para Ediciones Azalea. Asimismo, es un incansable promotor de la lectura en escuelas, comunidades, cárceles y otros espacios.

Camila Melo (Buenos Aires, 1988). Publicista y dibujante. Estudió Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Dibuja a partir de lo que observa bajo un microscopio.

Despedida editorial

Creemos que la última página de un libro que atesoramos leer es la culminación o cierre de un universo posiblemente construido. Pero no solo es eso, es un espacio suspendido para rememorar las anteriores páginas y hacer un balance de ellas. Esta misma sensación es la que tenemos al escribir esta página, reflexionamos tanto de las etapas de nuestra edición pandémica de Rio Grande Review como del germen que motivó su alumbramiento: el blackout.

Esta versión blackout (aludiendo a una suerte de apagón) es un quiebre en la línea de nuestra editorial. Una interrupción episódica a raíz de una pandemia que asola el mundo entero. Nosotros lo experimentamos como un abrupto corte de luz, tras lo cual era necesario aprender a ver en las sombras y encontrar aquella lámpara que nos ayude. En Rio Grande Review aquella lámpara fue la escritura, sin lugar a dudas. No hay mejor manera de ver en medio de las tinieblas que a partir del libre ejercicio del quehacer literario. Por tanto, este blackout no solo significa interrupción, sino también transformación.

Fue así como nuestros escritores se adaptaron y continuaron escribiendo desde sus propias experiencias, puntos de vistas, sensibilidades, cuerpos, ciudades, imaginarios. Les agradecemos por sus distintas voces y talento al retratar este periodo de incertidumbre y caos. Creemos que en cada uno de nuestros colaboradores primó el afán de hacer arte: la composición del caos a pesar del excesivo caos, tanto externo como interno, como bien lo insinuó Deleuze.

A ellos nuestras gracias infinitas.

Nos despedimos y aprovechamos también este espacio para agradecer a Carla González, Rosa Alcalá y Daniel Chacón, personas sin las cuales no habría sido posible esta edición.

Las editoras.